



SS

**SERVICIO
SECRETO**

F. P. DUKE

**EL SECRETO
DEL TRATADO
DE QUIMICA**

Ralph Tyndale penetró silbando alegremente por el inmenso salón de redacción del New York Times a cuya plantilla pertenecía, y, con una mezcla de paso marcial y tiempo de fox, avanzó bordeando la doble fila de mesitas en las que las mecanógrafas, a una velocidad de vértigo, ponían en limpio las rotas de los redactores, para ser entregadas a las linotipias.

Ralph era un muchacho fino y espigado, rubio de pelo, sonrosado de cutis, con la nariz afilada, los ojos grandes un poco azules, y la barbilla prominente. Bastante bien parecido, acentuaba su buena presencia con una sonrisa alegre y simpática, que muy pocas veces desaparecía de sus labios. Era una sonrisa con guantes amarillos, según expresión gráfica de una de las mecanógrafas de la redacción.



F. P. Duke

El secreto del tratado de química

Bolsilibros - Servicio Secreto - 43

ePub r1.0

Lds 11.12.18



Título original: *El secreto del tratado de química*

F. P. Duke, 1951

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





F. D. DUKE

El secreto del tratado de química

1.^a EDICION
MARZO - 1931

EDITORIAL

Proyecto, 2 T. 284/53



BRUGUERA

BARCELONA (6)

Colección SERVICIO SECRETO

Obras publicadas del mismo autor:

Una mano en la sombra.

Con pasaporte robado.

Héroes anónimos.

Reservados los derechos
para la presente edición

IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA

EL SECRETO DEL TRATADO DE QUINICA

Por FRODO



CAPÍTULO PRIMERO

RALPH TYNDALE, REPORTERO CRIMINAL

Ralph Tyndale penetró silbando alegremente por el inmenso salón de redacción del New York Times a cuya plantilla pertenecía, y, con una mezcla de paso marcial y tiempo de fox, avanzó bordeando la doble fila de mesitas en las que las mecanógrafas, a una velocidad de vértigo, ponían en limpio las rotas de los redactores, para ser entregadas a las linotipias.

Ralph era un muchacho fino y espigado, rubio de pelo, sonrosado de cutis, con la nariz afilada, los ojos grandes un poco azules, y la barbilla prominente. Bastante bien parecido, acentuaba su buena presencia con una sonrisa alegre y simpática, que muy pocas veces desaparecía de sus labios. Era una sonrisa con guantes amarillos, según expresión gráfica de una de las mecanógrafas de la redacción.

Este detalle de los guantes de cabritilla amarillos era una monomanía especial en él. Poseía una docena de pares en todos los tonos que el amarillo podía dar, y nunca se separaba de ellos, aunque por regla general jamás se los calzaba. Los llevaba siempre en la mano izquierda, y parecía que la misión de dichos adminículos consistía en espantarse las moscas o sacudir las motas de tabaco que caían sobre sus pantalones.

Vestía con elegancia, y como su tipo se prestaba a lucir la ropa, se le podía confiar la misión de asistir a cualquier acto donde la elegancia en el vestir fuese cosa obligada.

Las notas silbadas de su canción favorita ¡Oh, bella Martha!, eran como un clarín de guerra anunciando su entrada en la

redacción. Poseía un buen fiato para silbar, y desde que salía del ascensor entonándola, todo el personal se sentía avisado de su presencia.

La sala parecía una inmensa colmena. El tecleo de las máquinas ponía en ella una nota zumbante y monorrítmica que mareaba a los no acostumbrados a escucharlo sin sentirlo, y sobre el terrible zumbido se captaba el vibrar de los timbres o las voces de los jefes de sección dando órdenes tajantes.

Cuando el joven reportero penetró en la sala, cien pares de ojos se elevaron para converger en él, pero en particular, la mitad de ellos, pertenecientes al elemento femenino, lo hicieron con más interés y curiosidad que los restantes.

Porque Ralph, con sus bromas, con su simpatía, con sus invitaciones y requiebros a las muchachas, las traía de cabeza, y todas suspiraban por él, aunque ninguna se sentía tan afortunada que hubiese conseguido sujetarle a su lado unos minutos más que otra cualquiera.

Conforme iba cruzando, por delante de las mesas, prodigaba sus sonrisas o sus requiebros. Siempre tenía una frase, halagadora u oportuna, para cada muchacha, y, por el momento, la favorecida se sentía orgullosa de la distinción.

—Hola, Angélica —dijo, deteniéndose un momento delante de una rubia soñadora que le miraba con ojos de carnero a medio morir—. No me mires así, ricura, que no te olvido. Haces la quinta para bailar conmigo una noche en una *boite* nueva que acabo de descubrir, y que es algo serio.

Ella sonrió, y le siguió con la vista. Más adelante, se detuvo nuevamente ante una morena garrida, diciendo:

—Buenos días, Esther. Recuérdate luego que te diga dónde nos veremos mañana para cenar juntos. Te llevaré después al boxeo, y terminaremos emborrachándonos en «Cyrus» o en el «Majestic».

El jefe de redacción le salió al paso, gruñendo:

—Oiga, Ralph, maldito sea su bonito esqueleto. ¿Dónde se mete usted?

—En ningún lado, jefe. He estado en el parque intentando entenderme con una linda escocesa que está aquí de turista. Un verdadero galimatías, del que sólo he podido entender una frase muy poética. ¿A que no sabe usted lo que me ha dicho?

—¡Yo, qué diablos sé!

—Pues que los besos son el lenguaje del amor.

—Muy lindo. Y usted, ¿qué le ha contestado?

—Que estaba dispuesto a estar hablando con ella todo el día en dicho lenguaje.

—Es usted un cínico, Ralph, pero ahora va a escuchar un lenguaje menos florido, que no le va a gustar. Desde las siete de la mañana estamos tratando de localizarle, sin conseguirlo. Son las diez y media, y el director está furioso contra usted.

—¡Diablo! ¿Qué le sucede a *Mr. Chapman*? No irá a suponer que me voy a pasar la noche en vela, con el teléfono pegado a la oreja esperando que él tenga interés en conversar conmigo...

—Eso se lo dice ahora, cuando vaya a su despacho.

—Eso se lo diría... si no fuese el director.

Se sacudió el pantalón con los guantes y siguió adelante, atravesando todo el salón, hasta empujar una puerta de cristales esmerilados, donde la secretaria del director tenía su despacho.

Carrie, que tal era su nombre, era una muchacha de unos veintisiete años, alta y esbelta, muy linda de rostro y con un cuerpo bien torneado. Ralph la había piropeado muchas veces intentando sumarla a su lista de adoradas circunstanciales, pero Carrie, bien informada de la poca formalidad del joven reportero, jamás había hecho caso de sus insinuaciones.

Cuando le vio entrar, despreocupado y silbador, le lanzó una mirada fulminante, y le espetó:

—Merecería usted que le diesen de baja en la nómina ahora mismo. A otros más guapos les dejaron cesantes por mucho menos.

—Bueno, pero no se llamarían Ralph Tyndale, como yo.

—No creo que el nombre tenga nada que ver con la obligación.

—Según. Mi nombre es un fetiche, ¿no lo sabe usted, ricura? Bueno, no se ponga así, y deme un beso de reconciliación. Prometo no enfadarle más, si es que he hecho algo para merecer su enojo.

—Me tiene usted toda la mañana con el brazo cansado de darle al disco del teléfono, intentando localizarle.

—Pero, vida de mi vida, si eso es lo más fácil del mundo. Cuando me necesite otra vez, llámeme a donde menos suponga que puedo estar, y acertará. ¿Llamó usted a la casa de fieras?

—¿Por qué tenía que llamar allí?

—Por nada. A veces siento la nostalgia de conversar con el león, y voy a verle. Hoy no me tocaba.

—Bueno, no gaste saliva y entre. *Mr. Chapman* está que echa las muelas con usted.

—Las echará solo; yo ya las eché hace tiempo.

—Pase, y él se lo dirá.

—Bueno; pero no lo haré sin que antes me diga qué noche nos corresponde cenar juntos.

—Soy menor de edad, y mis papás no me dejan salir de noche.

—¡Qué pena! Puedo raptarla, si usted quiere.

—Pero no quiero.

—Puedo pedir permiso a papá...

—Puede usted... pasar a ver al director, que le está esperando.

—Ya me lo ha dicho; lo que no me ha dicho aún es cuándo cenamos juntos.

—Ni se lo diré nunca. Con tipos como usted no quiero alternar para nada.

—¿De verdad? Pues no sabe lo que se pierde. En fin, mañana volveré a preguntarle, a ver si ha variado de opinión.

Se inclinó violentamente sobre la mesa, y, cogiendo desprevenida a la muchacha, le dio un beso, diciendo:

—Como presea de paz.

Una carpeta de cartón y piel, llena de papeles, voló hacia la cabeza del reportero. Éste sorteó graciosamente el proyectil, y empujó con desenfado la puerta del despacho, penetrando en la estancia.

Chapman, el director de tan importante diario, era un hombre grueso y fornido, de abultada barriga, rostro apoplético y corto cuello. Se hallaba en mangas de camisa, y sobre sus hombros se marcaban las gomas de los tirantes, hundiéndolos por la presión. Entre los dientes tenía una apagada pipa.

Ralph, sin dar mucha importancia a los avisos que le habían sido dados sobre el enojo del temido director, exclamó:

—¡Buenos días, jefe! Parece que se suda...

Chapman emitió un bufido que provocó una terrible revolución entre los papeles que se amontonaban sobre la mesa, y rugió:

—¡Ralph, es usted el reportero más idiota y más fresco que ha figurado en la plantilla de este diario, y estoy dispuesto a eliminar

de ella los bloques de hielo!

—Pero, señor Chapman —objetó el reportero, un poco amedrentado por la amenaza—, ¿qué he hecho yo para merecer ese trato?

—¿Qué ha hecho? ¿Dónde diablos, ha estado usted metido toda la mañana, que desde las siete trae de cabeza a mi personal, buscándole?

—Pues... olvida usted que yo terminé anoche mi misión a las tres de la mañana. Me achicharré un traje en el incendio de los almacenes de lana de la «Baltimore and Company» y envié un bonito reportaje hasta con la interviú a un moribundo. ¿Es que no tenía derecho a descansar?

—¿Dónde?

—Diablo, eso pertenece al secreto del sumario.

—Conozco el secreto. En alguna *boite* o *cabaret* nocturno, bailando con alguna tanguista barata de esos lugares, y pervirtiéndose burdamente en lugar de cuidarse, como es su obligación. Usted olvida que un buen reportero que está en camino de la celebridad tiene que velar por ella y estar al pie del cañón como lo está un policía, para quien no hay horas reglamentarias de descanso.

—Sí, un bonito panorama; pero la caja, a la hora de pasar el recibo, me paga como si realizase la jornada legal.

—¿Y la gloria?

—No me gusta la metafísica. ¿Sucedre algo?

—Claro que sucede, y le voy a advertir una cosa. Le traje aquí desde Chicago, donde trabajaba usted en La Tribuna, porque las referencias que poseía acerca de su dinamismo, frescura para el oficio y acometividad, así como dotes periodísticas, le hacían acreedor a figurar en este diario, donde reúno los mejores hombres del periodismo; pero si cree que le voy a dejar vivir de la renta de sus laureles, está equivocado. Por no localizarle esta mañana temprano, es posible que el New York se pierda una de las informaciones más sensacionales del año, y, si así es, prepárese a buscarse otro periódico, porque su baja en éste será definitiva. Nuestro crédito no puede quebrantarse permitiendo que los rivales nos pisen lo más sensacional para el lector. Y ahora que está impuesto de lo que puede suceder, le diré de lo que se trata. Esta

mañana, la policía ha descubierto que el profesor de inventos de guerra Car Engel ha muerto, asesinado en su domicilio de la calle Dieciséis, Oeste.

—¿Car Engel? —preguntó el joven, encogiéndose de hombros—. Es la primera noticia que tengo de ese caballero.

—Claro, es la primera noticia que tiene de eso, como de otras muchas cosas, aunque luego la suerte le ayude a descubrir facetas que otros ignoran. Para su gobierno, le diré que Engel trabajaba para los laboratorios de guerra, y se supone que lo hacía en algo trascendental. Yo no puedo saber en qué, ni cómo ha sido muerto, pero hay que pensar que su muerte esté relacionada con el trabajo que traía entre manos. A usted le corresponde averiguar en qué trabajaba, y seguir la pista para descubrir al autor de la muerte.

—Ya. Y que dejen cesantes a todos los policías del Departamento de Investigación Criminal o del F. B. I.,

y me nombren a mí director, porque, si yo he de hacer ese trabajo, ¿qué les queda a ellos? ¿Escribir mi crónica para el periódico?

—Eso no me importa a mí. Yo quiero noticias nuevas y sensacionales, y la policía me tiene sin cuidado. Si mis periodistas son más listos que la autoridad, mejor para el diario, para ellos y para mí.

—Bien; después de esas manifestaciones, sólo me toca salir dando voces preguntando quién ha matado a Engel, y cogerle de los calzones para que me explique por qué y cómo. Un bonito trabajo.

—Tómelo como quiera, pero debe hacerlo. Si averigua algo sensacional, le prometo quince días de vacaciones para que se sacie de *boites* y de tanguistas, y quinientos dólares para que se compre otro par de guantes más vistosos, porque éstos están ya, muy vistos. Pero habrá de cambiar de color, porque ya padezco de ictericia de tanto contemplarlos.

—Pero, señor Chapman, si los he estrenado hace tres días...

—Pues cualquiera lo diría. Juraría que hace ocho meses que los estoy viendo. Bien, lárguese, y no vuelva si no es para traerme algo importante. Ah; puesto que es un maldito ignorante que no sabe nada de nada ni conoce a nadie, pásese por el archivo, donde habrá alguna foto de Engel con sus correspondientes datos. Al menos que no demuestre usted su supina ignorancia ante sus rivales,

preguntándoles quién era el muerto y a qué se dedicaba.

Ralph abandonó el despacho del director silbando como de costumbre. Su intuición le decía que aquél podía ser un buen trabajo, y aunque sus compañeros llevaban la ventaja de cerca de cuatro horas investigando el caso, nada le importaba esto. Confiaba en su suerte, en su talento natural, en su intuición y en su osadía, así como en ciertas relaciones que poseía en los centros oficiales, relaciones exóticas que no vestían pantalones ni se afeitaban a diario, pero que para él resultaban más valiosas e interesantes.

Cuando apareció en el antedespacho, Carrie le miró interrogativamente, y preguntó, irónica:

—¿Ha llegado la hora de que perdamos de vista su magnífica efigie?

—¿Por qué, monada?

—Porque oí decir a *Mr.* Chapman que, en cuanto viniese, le iba a dar el cese.

—¿El cese? Pero, ricura, si me ha dado un vale para que cobre en caja quinientos dólares destinados a llevarla a cenar esta noche, en cuanto ultime un trabajo que me ha confiado.

—No me cuente cuentos, Ralph.

—¿Quiere comprobarlo? Dígame dónde nos citamos esta noche, a la hora que usted quiera.

—Quisiera verlo.

—Dígame dónde...

—Pues..., si es cierto que no le han despedido, yo vivo en la calle Cuarenta y Dos, Este, frente al «Chrysler Building».

—¡Magnífico! Iré a buscarla. ¿A qué hora?

—Las nueve es bastante buena.

—Pues vaya escogiendo menú. Hasta quinientos dólares puede disponer.

Saludó, dándole un golpecito con los guantes en el rostro. Ella salió corriendo a la puerta, para advertir:

—Por favor, Ralph, no lleve esos guantes. Los conoce todo Nueva York.

—Y dale con los guantes... Pero si los estrené hace tres días...

—No importa. Para usted han pasado de moda.

Él lanzó un silbido, arrojó los guantes al aire, y se dirigió directamente al archivo.

El archivero le recibió hoscamente:

—No venga a perturbarme contándome sus conquistas amorosas, Ralph. Tengo mucho trabajo.

—Oiga, Charles; no divague. Vengo a cumplir mis compromisos profesionales. Haga el favor de buscar el retrato de una momia que se llamó en vida Car Engel.

—¿Engel? Parece que me suena ese nombre.

—Pues ya es usted más afortunado que yo. En mi vida lo he oído.

—Bien; espere, que consulto el registro.

Abrió un libro enorme, y recorrió con su huesudo dedo la «E». Por fin se detuvo, diciendo:

—Aquí está. Car Engel jugador profesional de pelota base. De veintidós años de edad. Nació en Charleston el día... Bueno, estante 190, casillero décimo, carpeta 87...

—No se moleste, Charles —interrumpió Ralph—; ése no me sirve por hoy. Le asesinaremos mañana, y así podré aprovechar los datos que me da. Busco otro un poco más granado.

—¿Otro? Espere, sí; aquí hay otro Car Engel. Profesor de Química y Física; nació en Overland el 17 de enero de 1889. Estudió en Filadelfia, fue profesor de la Universidad de...

—Siga; eso no me importa ahora.

—Después de concluida la última guerra mundial, pasó a los laboratorios de guerra de la nación, a investigar sobre inventos relacionados con la Química. Soltero, alto, delgado; de nariz aguileña...

—Basta. Deme su foto. Quiero conocer esa carroña.

El archivero rebuscó en la carpeta enunciada, y le mostró una foto en la que, en un grupo de diez personas, había una señalada con una cruz blanca.

—Este de la cruz es su hombre, Ralph.

—Bien; ahora se ha ganado otra negra, y con una dedicatoria expresiva: «Falleció en Nueva York a tantos de tantos, asesinado por X. Descanse en paz...».

El reportero le echó un vistazo profundo para quedarse con la imagen en la retina. Se trataba de un tipo esquelético —apenas si debía pesar en vida cien libras—, de rostro alargado, con las quijadas muy hundidas; sus ojos eran pequeños, pero de mirar duro,

y su nariz parecía un gancho agudo. Vestía una raída levita muy ajustada al esqueleto, y un cuello flácido, con una corbata que parecía querer escapar de su prisión.

Ralph arrojó con desprecio la foto, diciendo:

—¿Y por esta birria tengo que molestarme esta mañana? ¿Qué diablos habrá sido capaz de inventar este loro, y por qué le habrán mandado al depósito de huesos?

Apuntó en su carnet los datos que había oído de labios del archivero, y volvió a la redacción. Todos le miraron con asombro al descubrir que su mano izquierda aparecía desprovista de su eterno par de fundas manuales.

—Oiga, Ralph —preguntó el redactor jefe— ¿no se ha olvidado de algo?

—¿Se refiere usted a que no debo irme sin dar un beso a cada una de estas preciosidades? Espere, aun no me fui.

—Me refiero a algo más personal... Sus guantes...

—¿Mis guantes? Ah, se los he arrojado a la cara de todos mis rivales en la prensa. Voy a realizar la información más sensacional del año, y les he retado a que igualen mi trabajo.

Y silbando su cancioncilla de ¡Oh, bella Martha!, abandonó la sala de redacción, repartiendo sonrisas y barbilleando los rostros femeninos que se le ponían al alcance de la mano.

CAPÍTULO II

UN REPORTERO OSADO

Ralph salió a la calle, y tomo un autobús en Times Square que le dejó en el cruce de la calle Dieciocho. Las señas que había apuntado caían al final de dicha vía, casi en Riverside Drive, trayecto que hizo a pie, reflexionando sobre el encargo que acababa de recibir.

Al parecer, dada la acusada personalidad del muerto, no se trataba de un crimen vulgar. Un sabio que trabajaba en secretos físico químicos de guerra, en aquellos momentos de tensión mundial y que, por añadidura, era viejo, feo, retraído y, al parecer, entregado solamente a su trabajo, resultaba una excelente presa para los espías universales, sobre todo si se ocupaba en algo sobresaliente que podía constituir un peligro para sus presuntos enemigos.

La cosa andaba un poco revuelta en el mundillo de los sabios. Recientemente se había descubierto una filtración comunista en ciertos laboratorios. Dos sabios de segundo orden estaban procesados por acusárseles de haber facilitado ciertos informes secretos a una potencia asiática muy peligrosa; por dos veces se había intentado robar los domicilios de otros dos químicos muy nombrados; misteriosamente había desaparecido el profesor de investigaciones nucleares H. Gibbs, y todo esto hacía presumir que una poderosa garra oculta andaba mezclada en aquel asunto.

Ralph se temía que, por tratarse de una persona tan destacada, los trabajos de la policía serían severos como nunca, y, ante el temor de indiscreciones, no dejaría meter la nariz a los periodistas más allá de donde a ellos les conviniese, y mucho más a él, cuya

fama bien ganada de entrometido, buen sabueso y poco escrupuloso en sus investigaciones, y en cuanto a callarse nada que pudiese decir si constituía un éxito periodístico para él, eran hartó conocidas.

Y en Chicago, cuando trabajaba para La Tribuna, había traído de cabeza a la policía con sus trabajos sensacionales. Algunas veces habían solicitado su ayuda valiosa, pero otros le repudiaron por haberse adelantado a ellos descubriendo cosas que ignoraban y lanzándolas a la publicidad antes de ser conocidas en los centros policiales.

Pero esta oposición era para Ralph como un acicate que le impulsaba a excederse en su labor. Habitualmente era abúlico, descuidado, dado a la molicie y la diversión; pero cuando se dejaba vencer por el estímulo profesional, y adivinaba que el éxito podía corresponderle sobre los demás, se transfiguraba, dejaba de ser quien era de ordinario, y su voluntad y capacidad de trabajo eran extraordinarias.

Esto le había metido en líos terribles, de los que salió con vida por casualidad, pero en su cuerpo ostentaba, como dos condecoraciones gloriosas, dos cicatrices de bala, recuerdo de una banda de *gangsters* descubierta por él cuando la policía estaba más que desorientada.

Él llevó a los agentes a la guarida, y entró con ellos pistola en mano, recibiendo dos caricias de bala.

Sumido en estas reflexiones alcanzó la casa del crimen, una finca de dos pisos aislada por medio de un tapial encalado con una puerta de hierro que daba acceso al pequeño jardín.

La finca era de ladrillo rojo, un poco antigua ya, pero bien conservada. Se entraba a ella por una puerta en forma de arco, un tanto elevada a causa de media docena de escalones que la separaban del suelo algo más de media yarda, y provista de ventanas cerradas con persianas metálicas.

A la espalda, un amplio balcón sobresalía de la fachada, sesenta centímetros. Era el balcón del gabinete de trabajo del sabio.

Se detuvo a la entrada, porque un agente le cerraba el paso.

—Hola, pollo —dijo el agente, sonriendo irónicamente—. Lo siento, pero tengo orden de no dejar entrar a nadie.

—Pertenezco al New York Times —repuso Ralph con orgullo,

como si la palabra fuese un «ábrete, sésamo».

Pero el policía, sonriente, repuso:

—¿Cree que no le conozco? La información de prensa la recibirá en el Departamento de Investigación Criminal.

—Gracias; pero esa información la sé por adelantado. Es otra la que deseo.

—No puede ser.

—¿Quién investiga el caso?

—El capitán Mahaffey.

—Excelente persona. Anoche alternamos juntos en un incendio, chamuscándonos el traje en las mismas llamas. ¿Quiere decirle que estoy yo aquí?

—No. La orden es terminante para todos.

—Muy rígido. ¿Quiere contestar a una pregunta?

—Si puedo...

—¿Se han llevado ya el cadáver?

El policía dudó un momento, pero, seguidamente, contestó:

—Creo que sí.

—Gracias: Iré al Departamento, en busca de informes.

Ralph se separó, sonriendo. En aquella breve duda había adivinado que el Cadáver de Engel seguía en la finca. Y como era hombre para el que los obstáculos no existían, decidió hacer caso omiso de la oposición del agente.

La puerta estaba bloqueada, pero la casa no era un fanal. Si no se podía entrar por la puerta, se entraba por donde se podía, y asunto resuelto.

Dio la vuelta a la finca, y a uno de los lados descubrió un auto policial. El, que había conducido, sin duda, al capitán Mahaffey.

El auto estaba abandonado. Ralph tomó asiento en el *baquet*, lo puso en marcha, arrimándolo a la tapia, y lo detuvo. Luego, se encaramó al techo del auto, alcanzó el borde de la tapia, y desde él saltó al jardín.

Con un solo gesto había anulado la oposición de la policía a penetrar en terreno vedado. Estaba seguro de que era el único periodista que se hallaba en las avanzadas, y que de su sagacidad dependía que su información fuese más eficaz que la de ningún otro compañero de prensa.

Por un momento tuvo la intención de entrar por la vía ordinaria

en la pequeña casa y presentarse al capitán Mahaffey, pero lo pensó mejor. Si el asunto poseía matices delicados, lo más seguro sería que volviese a ponerle en la calzada, cosa que no estaba dispuesto a admitir. Lo prudente era obrar con cautela, y escamotear su persona a la vista de los policías.

Pegado a la tapia, dio la vuelta al edificio hasta situarse debajo del balcón volado; a su derecha, captaba rumor de voces que indicaban dónde la policía trabajaba, y, sin vacilar, tomó una escalera de mano que encontró apoyada en el tapial, la pegó a la fachada y ascendió por ella, hasta asomar con cautela la cabeza por el reborde del balcón.

Desde aquel observatorio descubrió el despacho, modesto, y de muebles antiguos de pesada madera. Había a la derecha una gran biblioteca con puertas de cristales, que se abrían corriéndose a los lados. Estaban abiertas, y algunos libros en desorden. También se destacaban diversos tomos en el suelo y sobre la mesa.

Ésta aparecía repleta de papeles amontonados de un modo absurdo; los cajones estaban abiertos, y todo denunciaba que se había verificado una requisita veloz y despiadada, sin respeto al contenido.

En un rasgo de audacia ganó el interior del balcón, y, aprovechando el espléndido sol que entraba por el hueco, sacó de su bolsillo la pequeña máquina fotográfica que siempre llevaba encima, y tiró dos placas del interior del despacho. Un documento gráfico de su paso por el lugar del crimen.

Cuando se retiraba, captó la voz ruda pero bien timbrada del capitán, que, sin duda en el pasillo, decía, dirigiéndose al despacho:

—Hay que recoger todos estos papeles, atarlos con cuidado y trasladarlos al Departamento.

Ralph había retrocedido, y, montando sobre la balaustrada, se agazapó debajo del balcón para no ser visto. Corría el peligro de que alguien se asomase y le descubriese en aquel lugar, pero este riesgo era el menor que podía sufrir si quería obtener algún dato valioso para su información.

Desde su escondite, captó varias voces conocidas. La del doctor Poppe, el forense; la del teniente Hawley, y algunas otras que de momento no pudo identificar.

El capitán hizo una pregunta:

—¿Cuál es su opinión, doctor?

—Un poco confusa, capitán. Como usted ha podido observar, el lecho estaba revuelto, señal de que el profesor debió acostarse antes de morir. Después, no se puede precisar si se levantó, porque captara algún ruido sospechoso o porque le sorprendieran en el lecho, obligándole a salir de él. La muerte ha sido producida por un estilete que ha penetrado unos quince centímetros en el pecho del muerto, traspasando el corazón. Es de forma triangular y muy agudo, pero sospecho que, antes de darle muerte, han debido amenazarle con darle tortura. Presenta algunas señales de haberle pinchado en lugares sensibles, quizá para obligarle a hablar. Quizá, si se asustó y reveló lo que querían sacarle, después, para asegurar el silencio, le asesinaron.

—¿Puede establecer la hora?

—Aproximadamente, sobre las doce de la noche.

—Bien; veamos qué revelan los aparatos de huellas. Este asunto va a ser complicado, doctor. El Departamento de Guerra, apenas tuvo noticias del suceso, se apresuró a telefonar instándonos a que extrememos nuestro celo. Al parecer, Engel trabajaba en algo terrible que debía revolucionar la industria de guerra en el terreno químico-bacteriológico, y temen que el crimen se haya producido para robar el secreto de su invento. Sería terrible que se tratase de un arma decisiva que pudiese volverse contra nosotros.

—¿No hay más informes?

—De momento, no. Hemos de someter todos esos papeles y apuntes al examen de los técnicos, para que ellos dictaminen qué contienen y lo que han podido llevarse, si se han llevado algo.

—¿Qué dice la servidumbre?

—Nada útil. Tenía a su servicio un jardinero que venía por la mañana y se iba a las siete de la tarde, y una cocinera que cuidaba de su persona. La tengo abajo recluida en una habitación, pero del interrogatorio preliminar no he sacado nada en limpio. Parece ser que ayer una tía suya le regaló una entrada para un cine, y la muchacha pidió permiso a Engel para asistir al espectáculo. Obtenido el permiso, salió a las diez, dejándole en su despacho trabajando, y cuando vino a la una, como no había luz en ninguna estancia, supuso que se había acostado. Ella se encaminó al lecho, y esta mañana, sobre las siete, como de ordinario, se levantó a

preparar el desayuno. Engel tenía costumbre de madrugar mucho y trabajar un rato en su despacho. A las siete y media desayunaba, y a las ocho se iba a los laboratorios, donde realizaba sus investigaciones. Como a las siete y media no le sintiese andar por la casa, se extrañó, y llamó a su alcoba para anunciarle que era tarde y tenía el desayuno servido. Como no le contestase, llamó con más fuerza, y, asustada ante el silencio, empujó la puerta, que cedió. Al entrar, le descubrió en el suelo, con el pijama puesto y bañado en sangre. Aterrada, se apresuró a llamar por teléfono, y acudimos. Esto es cuanto puede decir.

—¿Ha comprobado usted si, en efecto, estuvo en el cine?

—Sí. Conservaba la entrada en el bolso, y, además, me ha dado detalles de la película. Precisamente porque se proyectaba anoche por primera vez, no caben sospechas.

Nuevos personajes entraron en el despacho. Mahaffey, preguntó:

—¿Todo listo?

—Todo, jefe. Hemos descubierto algunas huellas, que no sé qué utilidad podrán tener.

—Bien; vamos, abajo a tomar las de la cocinera, para comprobarlas después.

El rumor de voces cesó al ausentarse todos, y Ralph, que había oído cuanto podía oírse sobre el asunto, descendió del balcón, y con la escalera a cuestas se corrió hacia otra ventana, más a su izquierda.

Volvió a ascender, y se asomó. La suerte le había llevado al dormitorio del asesinado, donde éste, tendido en el suelo, aparecía encogido y con una mueca de alucinante pánico reflejada en su anguloso rostro.

—¡Peste, qué feo está! —masculó el periodista.

Rápidamente preparó su máquina y tomó un par de fotos del muerto. Luego, descendió apresuradamente de la escalera al jardín.

De momento, no podía hacer más. Hasta que la policía no abandonase el edificio y la ambulancia se llevase al muerto, la casa estaría ocupada por la policía.

Discretamente se retiró tras un montón de leña apilado al fondo del jardín, y se sentó, ocultándose a cualquier mirada indiscreta. Tenía un gran interés en hacer un registro en la casa, pero cuando no sufriese el temor de verse sorprendido.

Desde su escondite abarcaba la entrada a la finca, y poco después vio entrar la camilla y salir con el cuerpo de la víctima.

Aún tuvo que esperar un buen rato hasta que Mahaffey y el resto de sus compañeros abandonaron la finca. Sólo cuando captó el zumbido del motor del auto, se decidió a abandonar su refugio.

Le habían dejado como dueño y señor de la casa. Aprovecharía la coyuntura para, hacer una requisa por su cuenta, y ya vería si descubriría algo que hubiese pasado desapercibido a los ojos del capitán, aunque lo dudaba. Mahaffey tenía fama de ser uno de los policías más sagaces del Departamento de Investigación Criminal.

Al cruzar el jardín observó una sombra en la entrada, y se retiró discretamente. Se dio cuenta de que habían dejado un policía vigilándolo.

Aquello no le preocupaba. Ciertamente que no podía pasar por la puerta sin ser visto, pero allí estaba la escalera, que le serviría de mucho.

Y, usándola de nuevo, alcanzó el balcón y penetró en el despacho.

Todos los papeles de la mesa habían desaparecido, así como los que contenían los cajones, y en cuanto a los libros, habían sido colocados de nuevo en la biblioteca, para dar una aparente sensación de normalidad a la estancia.

El periodista se acercó a la biblioteca, y echó un vistazo a los títulos de los tomos más a su alcance. Casi todos trataban de materias químicas, cosa muy lógica tratándose de un especialista en la materia.

Pero, de repente, recordó que algunos de aquellos tomos habían sido sacados de los estantes y se hallaban en el suelo. ¿Por qué? No era normal que el profesor tratase así sus libros de estudio, tan valiosos para él, ya que aparecían perfectamente encuadernados.

Ralph sospechó que habían sido movidos y maltratados por la mano del asesino o de los asesinos. ¿Por qué? Otro interrogante que se abrió en su memoria.

Forzando la imaginación, recordó que, al tomar la foto del despacho, se había fijado en uno bastante voluminoso, con pastas verdes. Lo buscó con la vista, y, al descubrirlo, tomó su pañuelo, lo extrajo con sumo cuidado de no tocar en las tapas, y lo examinó.

Estaba escrito por un alemán y traducido al inglés. Su título era

influencia de ciertas drogas en los órganos mentales.

Un enunciado bastante prometedor. Si lo relacionaba con los trabajos de Engel, cabía suponer que su posible invento se relacionase con ciertos rumores que corrían sobre experimentos de ciertas sustancias para producir un estado de locura en los ejércitos enemigos.

Ralph se estremeció al pensarlo, y silbó de un modo peculiar. Acaso en aquel libro estuviese una parte del secreto motivo que había llevado a la tumba al exótico sabio.

Aun más, observó ciertas notas marginales en algunas páginas y signos y cifras. Fórmulas de sabio, que sólo un técnico en la materia podía traducir.

Con mucho cuidado dejó el libro sobre la mesa, cubierto con el pañuelo, y siguió buscando. Todo lo que pudo aún encontrar, medio oculto entre el papel secante de la carpeta, fue una tarjeta de visita que decía:

SOLOMÓN STEELE

Pero sin indicación de domicilio ni profesión. Un nombre y un apellido entre ocho millones de habitantes que poseía Nueva York.

Guardó la tarjeta en su cartera, y, convencido de que en el despacho no había más que buscar, pasó al dormitorio del muerto.

Examinó el pasamanos. La puerta no se cerraba por dentro, lo que facilitaba la entrada a cualquiera, y pensó que aquel tirador de la puerta no habría pasado desapercibido para los del gabinete de huellas.

La policía, sin duda para mejor fotografiar el cadáver, le había despojado del pijama, que yacía tirado en un rincón. Lo tomó, sujetándole con los nudillos para no dejar en él sus propias huellas, y lo registró sin resultado; pero, al intentar dejarlo, observó un cabello rubio junto a la manga. Un solitario cabello de unos tres centímetros de largo, que recogió en un papel y se lo guardó.

CAPÍTULO III

RALPH HACE ALGUNOS DESCUBRIMIENTOS

En aquel momento, se abrió la puerta del dormitorio, y Ralph captó un pequeño chillido, que lo mismo podía ser de sorpresa que de miedo.

Se volvió, descubriendo en el vano la silueta de una joven no mal parecida, que con los ojos muy abiertos y el semblante pálido le miraba con recelo.

Ralph sonrió simpáticamente, con aquella sonrisa sana y atractiva que era su mejor arma, e indicó:

—Pase, joven, y no se asuste. El muerto ya no puede hacer nada, y yo..., soy de fiar.

Ella, tomándole por uno de los policías que habían estado investigando, declaró, más serena:

—Me ha dado usted un susto terrible. Creí que se habían ido todos.

Él no trató de sacarle de su error, y repuso:

—Menos yo, claro está. Me he quedado para ultimar ciertos detalles de la encuesta. Usted es Mónica, la cocinera del señor Engel, ¿eh?

—Lucile, señor agente; no Mónica.

—¡Oh, sí! Perdóneme ¡lo había olvidado! Me alegro que haya venido, porque quiero hacerle algunas preguntas.

—¿Otras más? Ya el capitán...

—Sí, sí; pero mi capitán es un poco distraído, y como no apunta lo que oye, suele olvidar algunos detalles. Espero que no le sirva de molestia.

—No, señor; si con ellos puedo contribuir a descubrir al que mató a mi señor, me alegraré mucho. Era un hombre muy raro, pero conmigo se portó siempre bien.

—¿Llevaba usted mucho tiempo a su servicio?

—Año y medio.

Ralph preguntó, bruscamente:

—¿Tiene usted novio, Lucile?

—No señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada; pero me pregunto cómo una chica tan simpática y atrayente carece de novio. Eso es imperdonable... ¿Le gusta el baile?

—Sí, señor.

—Algo magnifico. A mí también, y no crea..., a pesar de que trabajo mucho, me queda tiempo para frecuentar algunas *boites* y esparcirme un rato... ¿Le parecería bien que una noche saliéramos juntos? Iríamos a bailar, y nos divertiríamos. Honestamente, claro está. Yo soy un caballero y me gusta la distracción, sobre todo cuando encuentro muchachas tan seductoras como usted. Hacía tiempo que no tropezaba con una tan sugestiva, y... también me gusta mucho el cine.

—Y a mí.

Ella le miraba entre sorprendida y halagada. No concebía que un policía en funciones de servicio se distrajese en su misión para requebrar a una muchacha en tales circunstancias.

—Muy agradecida a su invitación, señor, pero yo soy una modesta cocinera, y usted...

—¡Oh, no diga simplezas! Yo soy..., bueno, un chico joven, dicen que no mal parecido, y con ganas de divertirme. ¿Es que no es compatible eso con el trabajo?

—Claro que sí, pero la diferencia...

—Déjese de bobadas. Escuche, esta noche...

—Su jefe me ha prohibido salir de aquí hasta que él me autorice. No me gusta quedarme sola en esta casa, y...

—No pase miedo. Se quedará un agente vigilando. Ahora es cuando menos tiene que temer nada. ¿A qué iban a volver, si ya han hecho lo que querían? Bueno, si no es esta noche, será mañana. Ya nos pondremos de acuerdo.

—Bien; si usted tiene tanto interés..., aunque mi trabajo aquí ha

terminado, y habré de volver a casa de mi tía.

—Ya me dará sus señas. ¿Dónde está?

—En la calle de los Napolitanos, 5, en el barrio latino.

—¡Ah, sí! Lo tendré en cuenta...

Luego, recordando que estaba allí para algo más que para cortejar a la muchacha, dijo:

—Escuche, Lucile: ayúdeme a sacar algo en limpio de este desbarajuste. ¿Su señor era desordenado?

—No. Salvo en los papeles de su mesa. No permitía que nadie los tocara.

—Entonces, los libros de la biblioteca...

—Los cuidaba mucho, y mi deber era pasarles el plumero todos los días.

—¿Sin sacarlos de sus lugares?

—Nada más que pasar el plumero.

—¿Sabe usted si el señor Engel tenía familia?

—Nunca me habló de ella.

—¿Y amigos?

—¿Amigos? Le han visitado, aunque muy pocas veces, algunos compañeros de laboratorio nada más, pero muy de tarde en tarde.

—¿Usted sabe de un tal Solomon Steele?

—¿Solomon?... Pues... ¡Ah, sí: ahora recuerdo ese nombre tan raro! Fue un individuo que vino hace un par de semanas, preguntando por el profesor. Dijo que traía unos libros recién publicados que podían interesarle, y el señor Engel le recibió. No sé más.

—¿Puede darme sus señas?

—Pues si..., se trataba de un tipo alto y delgado, muy rubio, con un cabello largo muy bien peinado. Tenía los ojos grises y la nariz afilada. Vestía con cierto desaliño, y daba la impresión de ser extranjero.

—Extranjero, ¿de qué tipo?

—No sé, no puedo precisar, porque conozco pocos, pero no me pareció lo que se llama un yanqui. No sé si me entenderá.

—Quiero entenderla. ¿No volvió?

—No, señor.

—¿Sabe si le vendió algún libro?

—Lo ignoro. Estuvo una media hora en el despacho del señor, y

se fue. Es cuanto le puedo decir.

—¿Nada más?

—Pues..., bueno, algo más. Al salir, me dio un dólar, y me preguntó muy amable cómo me llamaba.

—Muy interesante. Bien, vamos a otra cosa. ¿Usted no sospechó nada de lo ocurrido anoche, cuando vino?

—¿Por qué iba a sospechar?

—Es cierto. ¿Tampoco observó nada extraño?

—Nada.

—¿La puerta de la cerca estaba cerrada?

—Sí, señor. Yo tengo una llave para mi uso.

—Muéstremela.

La joven le enseñó la llave: una llave de regulares dimensiones perteneciente a una cerradura vulgar, que no debía presentar resistencia a una buena ganzúa.

—Muy bien. Creo que estuvo usted en el cine.

—Sí, ya se lo he dicho al capitán, y le enseñé la entrada, que guardaba por casualidad. Estrenaban una película de Jeanette MacDonald y Nelson Eddy que se titula Los granaderos de Su Majestad.

—¿Bonita?

—Preciosa. Ella es una princesa, y él un teniente de granaderos que se enamora de ella y sacrifica su vida en una guerra ante el amor imposible. Algo enternecedor.

—Creo que le regalaron a usted la entrada.

—Sí, mi tía Esther.

—¿Acostumbra a invitarla?

—No. Fue para mí una sorpresa.

—¿Cómo fue el que lo hiciera?

—Me la mandó con un recadero, quien me dijo que era de parte de mi tía Esther para que fuese aquella noche a ver dicho estreno. Dijo que se la había regalado una amiga que no podía ir, y como ella no anda bien de las piernas para salir de noche, me la enviaba.

—Muy interesante. Su tía Esther, que vive en la calle de los Napolitanos...

—Justamente. Es con quien vivo cuando no trabajo. Me quedé huérfana de niña, y ella me recogió.

—Muy bien. ¿Usted no ha notado estos días nada sospechoso, ni

ha visto nadie que rondase por aquí, ni siquiera ha venido nadie extraño a la casa?

—No, señor; absolutamente nadie.

—¿Qué clase de trabajos practicaba el profesor? ¿Hacia una vida sosegada, o salía a menudo?

—Sus trabajos, los desconozco. Sólo puedo decirle que, algunos ratos, se encerraba en un cobertizo donde guarda conejos, y pasaba allí grandes ratos. Él mismo cuidaba de ellos, y no me permitía que entrase allí.

—Muy interesante. ¿Dónde está el cobertizo?

—Al fondo del jardín.

—Bien; pero, ahora, habrá de ocuparse de ellos o darles libertad.

—Sí; lo había olvidado. Si me marchó, como es lógico, algo habrá que hacer con esos pobres animales.

—¿Dijo usted algo de eso al capitán Mahaffey?

—No; no me preguntó nada sobre los trabajos del señor.

—Muy bien; pues ahora vamos a hacer una visita a la conejera. Ha sido un olvido imperdonable del capitán.

—¿Usted cree que eso tiene importancia?

—No puedo saberlo, pero un buen policía no debe desdeñar nada aprovechable. ¿Quiere conducirme a las jaulas?

Ella se prestó a ello, y como había una puerta trasera que daba al jardín, salieron por ella sin necesidad de exponerse a ser vistos por el policía que guardaba la entrada.

Al fondo del patio, que podía llamarse jardín por algunas zonas verdes que conservaba, había una especie de cobertizo de sólida madera, cerrado con un candado. Nada se podía ver a través de las tablas, pero Ralph calculó que los conejos debían recibir aire por el techo, que era de enrejado alambre a juzgar por la parte que sobresalía.

El candado era un inconveniente, pues les privaba de entrar libremente en el cobertizo.

—¿No sabe usted qué es de la llave?

—La guardaba el señor Engel en su llavero.

—Bien; veamos qué se puede intentar.

Giró la vista alrededor, hasta descubrir, apoyada en la pared, una sólida barra de hierro. También descubrió un hacha, pero desdeñó ésta, pues produciría ruido, y no quería llamar la atención

del policía.

Usando la barra con fuerza, pues era hombro musculoso que había practicado diversos deportes, consiguió desquiciar las anillas que sujetaban el candado, agrietando la madera hasta hacerlas saltar.

Ya libre el paso, penetraron en el cobertizo. Un espacio de unos tres metros de largo por dos de fondo, en el que había dos jaulas separadas.

En una, una docena de rollizos conejos se revolvían husmeando entre briznas de hierba seca, y en la otra, sólo había una pareja solitaria.

A Ralph le llamó extraordinariamente la atención esta pareja, que parecían macho y hembra. Uno de ellos aparecía estático, con los ojos muy abiertos, sentado a cuatro patas, y, dada su inmovilidad, diríase que se hallaba sin vida; en tanto que el otro, como si fuese víctima de un ataque de locura, daba unos saltos fantásticos en la jaula, golpeándose contra las paredes con furia inusitada, y a causa de los golpes presentaba señales de sangre.

La presencia de Ralph y Lucile pareció enfurecerle aún más, porque sus saltos se multiplicaron, y varias veces, al caer, lo hizo sobre su compañero, que se inclinaba a los golpes y volvía a recobrar su posición normal sin otra indicación de vida que ponerse de nuevo a cuatro manos.

—¿Qué les sucede a estos bichos? —preguntó, extrañada, la joven.

—No sé. Parecen excitados, y quizá sea debido al hambre. ¿Tiene hierba para ellos?

—Siempre había repuesto.

—Traiga unas brazadas.

La muchacha obedeció, y Ralph la repartió, pero, así como los que estaban encerrados en montón se apresuraron a hociocar en su alimento, la pareja lo desdeñó, y el conejo saltarín la arañaba con sus patas ferozmente, como si fuese algo que odiase ver cerca.

Ralph quedó envarado. Para la joven, aquello carecía de explicación, pero para él la tenía. Era indudable que el profesor había estado realizando experimentos con la pareja, y que ésta, a causa de ellos, sentía trastornos cerebrales que manifestaban en forma distinta.

Muy preocupado, pues aquello parecía indicar que los trabajos de Engel estaban relacionados con alguna materia que atacaba al cerebro, dijo:

—Vamos a dejarles tranquilos. Le ruego que no los toque, por si el capitán se enfada. Yo le daré cuenta de esto.

Encajó como pudo la puerta, y agregó:

—Bien; creo que por el momento no tengo más que preguntarle. Quedamos en que nos veremos mañana por la noche.

—¿Irá usted, de verdad, a buscarme?

—Yo no falto nunca a una cita con una muchacha linda y atrayente. Póngase sus mejores galas, que la voy a llevar adonde mejor luzca su hermosura. Las nueve, creo que será una buena hora para cenar.

—Si usted lo cree...

—Ya lo creo, y vaya escogiendo menú. Habrá espárragos con mayonesa, macarrones, a la italiana, lenguado al horno, un *tutti frutti* especial de la casa, y luego... baile hasta el amanecer. Todo un programa.

Volvió al despacho en busca del libro que no quería tocar con las manos.

—¿Me presta usted un pañuelo un poco grande, monada? Mañana se lo devolveré.

—¿Para qué lo quiere?

—Para envolver este libro. Puede rozarse con las manos y quebrarse el dorado de las tapas. No puedo consentirlo.

Ella le entregó un amplio pañuelo de su propiedad, y Ralph envolvió el libro de forma que atando las cuatro puntas pudiese llevarle como si fuese una bolsa.

—Muy agradecido, monada. ¿Me permite que vea qué es lo que tiene en ese ojo?

Ella, extrañada, le permitió acercarse. Él le tomó la barbilla con las puntas de los dedos de la mano derecha y fingió mirarla a los ojos.

—A ver, ciérrelos un poco.

Lucile, ingenua, los cerró. Él aprovechó el momento para darle un beso.

—¡Ea! —dijo—, ya se curó. Soy un gran médico oculista.

Y, dejando a la muchacha toda confusa y arrebolada, salió de la

estancia, indicando:

—No lo olvide, monada. Mañana por la noche, a las nueve... Las flores corren de mi cuenta. No salga de aquí.

Y con aquel paso suyo característico, que no se sabía si era marcial o reminiscencias de un tiempo de fox, salió al pasillo, lo atravesó y descendió al piso inferior, para salir por la puerta principal.

Cuando la alcanzó, el policía que custodiaba la finca, y que era el mismo que le negó la entrada, le miró como si estuviese viendo visiones, y le atenazó por un brazo, diciendo:

—Oiga, oiga, Tyndale: ¿por dónde diablos ha entrado usted?

—Por la puerta.

—No es cierto. Yo no me he movido de aquí, y no le he visto.

—Ha sido por la otra.

—¿Por qué otra?

—Por la puerta de atrás.

—Pero si no hay más que ésta...

—Usted ha mirado mal. Hay otra.

—¿Y le han dejado entrar?

—En cuanto dieron aviso al capitán Mahaffey de que deseaba verle...

—¡Hum!... ¿Y el capitán le dejó ahí después de marcharse?

—Le diré. Me, pidió que esperase sentado en un diván a que él terminase su trabajo. Cumplí su deseo, y me tumbé en un cómodo sofá, donde me quedé dormido. El capitán debió olvidarse de mí, y ahora, al despertar, me he dado cuenta de que estaba solo.

—No es posible. El capitán no es tan distraído que se deje olvidado un peso muerto como el suyo.

—¿Lo duda?

—Claro que sí.

—En ese caso, sólo tiene que tomar el teléfono, llamarle al

D. I. C.

y preguntarle.

—Claro que lo haré, pero usted no saldrá de aquí mientras él no me dé permiso para soltarle. Sígame.

Ralph le siguió. El policía miró el atado pañuelo.

—¿Qué lleva ahí?

—La merienda. Me la traje en previsión de tener que trabajar

mucho, y aún no he tenido tiempo de comérmela.

El teléfono estaba en el despacho. Ralph se había fijado en ello, así como en que la puerta tenía la llave por el lado de fuera.

Dejó pasar al policía por delante, y se quedó retrasado cerca de la salida. El agente marcó el disco, y preguntó:

—¿El Departamento de Investigación? Díganle al capitán Mahaffey que...

Sintió un portazo y un clic. Soltando el teléfono, corrió hacia la puerta, bramando:

—¡Oiga, Ralph, no juegue porque...!

Tiró de la puerta, pero no se abrió. Le contestó la voz burlona del periodista, al despedirse:

—Hasta que volvamos a vernos, amigo. Recuerdos al capitán de mi parte.

El policía, furioso, volvió a tomar el teléfono para dar cuenta a su superior de lo que sucedía. No sólo se le había escapado el audaz periodista, sino que le había dejado encerrado en el despacho como a un colegial a quien se le castiga metiéndole en el cuarto oscuro.

CAPÍTULO IV

TYNDALE MUESTRA SUS TRIUNFOS

Ya lejos de la intromisión del policía, Ralph tomó un taxi y se dirigió velozmente a la redacción del periódico. Eran las doce y media, y quería llegar a tiempo también de pasar por el Departamento de Investigación, pero no sin antes hablar con su director.

Pasó como una tromba por la sala de redacción, esta vez sin detenerse a chicolear a las mecanógrafas, cosa que alarmó a todas. Algo muy grave debía suceder al audaz reportero, cuando faltaba a su habitual costumbre.

Carrie, al verle, quiso detenerle, pero él se excusó.

—Unos minutos, monada. Me estoy jugando quinientos dólares y quince días de vacaciones, y no puedo. Enseguida salgo.

Empujó con energía la puerta del despacho de Chapman. Éste, al verle, sonrió.

—¿Qué sucede, Ralph?

—Muchas cosas, jefe... Sospecho que estamos frente a un asunto de gran envergadura.

—Supongo que no habrá corrido tanto para decirme eso. Fue algo que ya le advertí.

—Que sospechó usted, si quiere, pero que no presumió con seguridad.

—¿Qué trae ahí, en ese pañuelo?

—Un libro. Trata de la influencia de ciertas drogas en el organismo humano, sobre todo en los nervios cerebrales.

—¿Va a estudiar Medicina legal?

—Es posible. De momento, voy a buscar en él algunas huellas digitales y a echar un vistazo al contenido. ¡Ah! Aquí traigo unas fotos para que sean reveladas. Dos del despacho del muerto y dos del cadáver de Engel.

—¿Le han dejado tomarlas?

—No. Ni siquiera me dejaron pasar de la puerta de la cerca. Las he tomado por televisión.

El director le miró con extrañeza; pero luego, conociéndole, sonrió.

—¿Algún truco? —preguntó.

—Sí. Uno: que en cuanto el capitán Mahaffey lo sepa —a estas horas debe saberlo ya—, se va a poner por las nubes. He campado por la casa como he querido, he tomado estas fotos, me he traído este libro, y he dejado encerrado en el despacho a un agente puesto para evitar que nadie entrase en la casa. Una faena que a Mahaffey le habrá gustado muy poco.

—Bien, dese prisa, Ralph. Hay que aprovechar el tiempo, y las linotipias le esperan.

—Tendrán que esperar, señor Chapman. No he averiguado aún todo lo que puedo conocer, ni creo prudente decir todo lo que sé.

—¡Cómo! Un buen periodista no se detiene...

—Según los casos. Si revelas lo descubierto, podría poner en peligro el final. Considere que no se sabe quién mató a Engel, ni por qué, y si yo digo que sé por qué y apunto alguna pista, malogrará el final, que es lo interesante.

—Bien. Cuénteme lo averiguado, y yo le diré si comparto su opinión.

Pulsó un timbre, y entregó la máquina a un ordenanza para que revelasen la película. Luego, escuchó a Ralph, quien le dio cuenta de todo lo que había hecho y descubierto.

Chapman le escuchó atentamente, y, cuando el joven terminó su relato, sonrió, diciendo:

—Bien. Ralph; creo que puedo perdonarle el retraso en intervenir en este asunto. Tiene usted suerte, pero también espíritu de reportero. ¿Cuál es su idea?

—Desde luego, publicar las fotos y dar un relato superficial, a tono con la nota que seguramente dará el Departamento de Investigación. Estoy seguro de que ellos no saben algo de lo que yo

sé, pero sospechan o saben algo que yo ignoro y que me interesa descubrir por mis propios medios. No quiero darles la impresión de que sé algo, aparte de que, para no malograr las investigaciones, no conviene echar las campanas al vuelo. Ignoro quién puede ser este Solomon Steele, ni a quién pertenece este rubio cabello que encontré en el pijama, pero puede ser una pista que yo quiero aprovechar. Presumo que lo que buscaban era alguna fórmula relacionada con sustancias para producir la locura, y me lo demuestra el estado de aquellos dos conejos. Lo que hace falta es averiguar si la encontraron, y quién la robó. Yo estoy seguro de que torturaron a Engel para que descubriese su secreto, y que él... debió ceder ante el tormento, aunque de nada le sirvió.

—Creo que tiene usted razón. En fin, como veo que lleva bien enfocado el asunto, dejo a su discreción decir lo que crea más conveniente.

—Es preferible, porque al final podemos ser los dueños de la información más sensacional del año.

En aquel momento, vibró el timbre del teléfono. Llamaban de la centralilla.

—¿Qué sucede? —preguntó el director.

—El capitán Mahaffey desea hablar con usted.

Ralph se apresuró a indicar:

—Si pregunta si he venido, dígame que no. Que he telefonado manifestando que voy por informes al Departamento.

El director pidió le pusiesen al habla con el policía, y éste, enojadísimo, inquirió, a través del hilo:

—Señor Chapman: ¿ha ido ya por ahí su reportero Tyndale?

—No, capitán. Me telefoneó hace un poco, anunciando que iba a su departamento.

—¿Sí? Pues que venga, que me va a oír. Escuche, tiene usted el reportero más fresco de toda la Unión, y me parece que le voy a privar de figurar en su plantilla.

—Pues ¿qué ha hecho?

—Muchas cosas que no estoy dispuesto a tolerar. Como él va a Venir, ya se lo diré en persona; pero, de todas formas, quiero advertirle a usted una cosa. En bien de la justicia, y aún más, en bien de la seguridad del Estado, le ruego que no le deje decir en su información más que lo que se refiera a la vulgaridad del crimen.

Ignoro lo que puede haber averiguado, que no será mucho, pero sí calculo lo que sospecha, que es grave, y esto es lo que le ruego se guarde. Se trata de un valiosísimo secreto del Departamento de Guerra, y en estos momentos el señor secretario está interesado en que se soslaye toda indicación sobre los móviles del crimen. ¿Me entiende?

—Le entiendo, y si es un ruego, yo sabré ser discreto, siempre que los demás periódicos lo sean. Si así no fuese, le advierto que publicaré todo lo que me entregue.

—Los demás solo dirán lo que yo quiera, porque en el lugar del crimen sólo ha conseguido entrar Tyndale, y no sé cómo lo hizo.

—Bueno; pues, si va, como supongo, él se lo dirá.

Colgó el aparato y miró a Ralph, que había oído la voz chillona del capitán.

—¿Se ha percatado de lo que dice?

—Exactamente lo que yo había anticipado, pero si Mahaffey cree que me va a tratar a mí como a los demás reporteros, se equivoca. O me dice más que a ellos, o le amenazo con decir más que los demás. Tengo algunos triunfos en la mano, y voy a jugarlos.

—Bien; no se entretenga, que el tiempo vuela.

—Perfectamente. Deje este libro como está en su caja, y, cuando vuelva, me ocuparé de las posibles huellas. Voy a ver con qué cara me recibe el Capitán Fantasma.

Salió silbando del despacho. Carrie le detuvo, comentando:

—Demasiado alegre, Ralph.

—¿Usted cree, monada? ¿Por qué no me da un beso para celebrarlo? He asegurado el menú de esta noche, y eso...

—No corra tanto. Una langosta en salsa no vale tan alto precio.

—Eso lo discutiremos esta noche, delante de dos botellas de champaña.

—¿A las nueve?

—A las nueve.

Salió más que aprisa de la redacción, y en un taxi se dirigió al Departamento de Investigación. Cuando llegó, ya el capitán había celebrado una conferencia con los periodistas, y éstos, no muy satisfechos de las trabas que les habían impuesto no permitiéndoles entrar en la casa del crimen, se habían, retirado a hilvanar sus informaciones demasiado ambiguas.

Cuando uno de los policías le vio entrar, le aferró por un brazo, diciendo:

—Venga. El capitán Mahaffey le está esperando.

—¡Cuánto honor para este pobre periodista!

—Un honor que acaso no le agrade, Ralph prepárese, por si desde su despacho sale camino de un calabozo.

—¿Yo? ¿Se apuesta usted algo a que de aquí salgo del brazo del capitán, a tomar el vermut?

—No lo diría tan seguro.

—A la salida lo veremos.

Y, sin pedir permiso, empujó la puerta del despacho de Mahaffey, penetrando en él.

Éste emitió un bufido al verle, y gritó:

—¡Ralph, es usted el hombre más cínico y desaprensivo que he conocido en mi vida!

—Eso lo ha leído en mi biografía de: ¿Quién es quién? ¿No tiene algo más nuevo que decirme?

—Sí; que le voy a meter un mes en un calabozo, acusado de atentado contra mis agentes.

—Permítame, entonces, que llame a mi abogado. No admito acusaciones sin tenerle delante, y sin pruebas.

—Se ha burlado usted de uno de mis agentes, penetrando en la casa del crimen de una manera ilegal, y le ha dejado encerrado en el despacho.

—Presente testigos.

—Basta con su palabra.

—Igual que con la mía. No sea absurdo, capitán. Deje eso, y hablemos de lo que interesa más. ¿Qué información tiene para mí?

—Ninguna. Muy al contrario; soy yo quien tiene que preguntarle qué información tiene preparada para el periódico.

—Eso va a depender de muchas cosas. Nada de lo que pueda saber me lo ha facilitado usted, y, por lo tanto, gozo de libertad de decir lo que sepa.

—Se lo va a creer. Este asunto es demasiado delicado para que cualquier chisgarabís emborronador de cuartillas ponga en peligro un servicio que puede resultar un secreto de Estado.

—Eso ya es algo. Dígame todo lo que sepa.

—¿Yo? Primero, dígame usted cómo entró allí y qué descubrió.

—Entré gracias a un magnífico par de alas que Dios me ha dado, y que sólo las uso en misión periodística. De lo demás, no sé nada.

—Es usted un embustero.

—Un elogio que, viniendo de labios de un policía, me enorgullece, Deme su información o publicaré la mía.

—Mi información es parca. Han matado a Engel y se ignora por qué y quiénes son los asesinos. Como ya conoce usted la personalidad del muerto, es cuanto tengo que decir.

—¿Sí? En ese caso, yo le diré en mi reportaje algunas cosas que le van a colocar en situación muy poco airosa, señor Mahaffey. Acepto que ignore quién asesinó a Engel, pero usted sabe por qué, y qué es lo que buscaban o se han llevado.

—¿Cómo puede asegurarlo?

—Eso pertenece al secreto del sumario.

El capitán, conociéndole, y, temiendo sus intemperancias, exclamó:

—¡Ralph, es usted un demonio! Demasiado listo para periodista y demasiado tonto por no haberse hecho policía. Cuénteme lo que sepa, y acaso pueda yo revelarle algo de lo que sé.

—Dígame antes qué se han llevado.

—Le juro que lo ignoro. Tengo la convicción de que le han asesinado para robarle alguna de las fórmulas en que trabajaba, pero hasta ahora el Departamento de Guerra no ha podido o querido decirme de qué se trata.

—¿Me lo jura?

—Se lo juro.

—Pues yo se lo diré, entonces. Engel trabajaba en una fórmula para producir un bacilo que encendiese la locura en los ejércitos contrarios. Un invento terrible, que, si lo tenía concluido y se han apoderado de él, va a producir un trastorno enorme en el mundo, y un perjuicio irreparable para nuestra investigación.

—No me asuste, Ralph. ¿Cómo lo sabe?

—Porque he descubierto en la casa algo que usted no vio.

—No es posible.

—Yo le demostraré que sí. Quiero advertirle que he estado en la casa desde que el forense examinó el cadáver, y he oído todo lo que ustedes hablaron en el despacho.

—No es posible. Allí no había nadie.

—Mi pobre espíritu sentía demasiada curiosidad para perderse tan interesantes datos. Pues bien; después que ustedes se fueron descubrí algunas cosas muy interesantes. Una, que el profesor era aficionado a la cría de conejos.

—¿Eso tiene mucho valor? —preguntó, irónico, el capitán.

—Para usted, que es un policía rutinario, no; para mí, sí, porque examiné la conejera, y descubrí apartada una pareja que está más loca que una gavia.

—¿Qué quiere decir?

—Que por informes que me dio la cocinera, tomándome por un policía más, supe que Engel era aficionado a criar conejos, que tenía un cobertizo a ellos destinado, al que no permitía a Lucile acercarse, y que dos de ellos están trastornados. Me bastó observar esto para comprender que le servían para ensayar sus experimentos, y que, a juzgar por el resultado, el invento lo llevaba muy adelantado.

El capitán quedó tenso al oírlo. Era aquél un detalle que él ignoraba.

—Cuando yo digo que es usted un demonio... Tendré que enviar en busca de esos animalitos.

—Lo que tendrá que hacer es avisar para que algún técnico del laboratorio donde Engel trabajaba se haga cargo de ellos. Sería un peligro que anduviesen sueltos en ese estado.

—Tiene razón. Así lo haré. ¿Qué más?

—Pues... puedo indicarle que el asesino es rubio, muy rubio: alto, delgado, con los ojos grises y la nariz afilada. Viste con bastante desaliño y da la impresión de ser extranjero.

Mahaffey le miró con ojos dilatados, y luego, rompiendo a reír, exclamó:

—¡Bravo! Ya no le falta decirme más que cómo se llama, dónde vive, qué le gusta para comer y el número del calzado que gasta.

Ralph, sin hacerle caso, sacó el papel del bolsillo donde había guardado el cabello, y, mostrándoselo, replicó:

—Ahí tiene una de las pruebas.

—Esto, ¿qué significa?

—Lo encontré adherido al pijama del muerto, que ustedes abandonaron. Engel tenía el cabello gris y corto, y este pelo aparecía en la manga del pijama.

El capitán se envaró al oírle, y examinó el cabello. No había duda alguna sobre su afirmación, si en realidad lo había encontrado en la prenda.

—¡Por todos los diablos del infierno, Ralph! Me obligará usted a que presente la dimisión.

—No pretendo tanto, pero si demostrarle que yo no soy un periodista vulgar, y que hay que contar conmigo, porque valgo más como aliado que como enemigo.

—Bueno; pero eso no dice mucho. Acaba de darme las señas personales, del asesino, y no creo que un cabello —suponiendo que sea suyo— baste para tal afirmación.

—Claro que no: pero yo también me reservo mis triunfos para jugarlos en favor de mi empleo. Le he dicho lo que sé, aunque calle cómo lo he sabido. Busquen alrededor de esas señas, y acertarán.

—Lo tendré en cuenta, pero no me fío mucho de ellas. Dígame algo más.

—Simplemente, que deseo saber qué huellas han encontrado, y si pertenecen a alguien conocido.

—Las que hemos encontrado, las están estudiando, pero no sirven para nada, de momento.

—No soy de su opinión: de todos modos, necesito una copia de ellas.

—¿Usted?... ¿Para qué?

—Para compararlas con otras que voy a tener dentro de poco.

—¿También eso?... Bien, si usted me trae esas huellas, haremos un cambio.

—De acuerdo. Esta tarde las tendré listas.

—Bien. Escuche ahora: ya he hablado con su director sobre lo que se debe y no se debe decir. Tratándose de algo que pertenece al Departamento de Guerra, hay que orillar cuanto pueda servir a los asesinos para ponerse en guardia.

—Comprendo. Me guardaré el motivo del asesinato y el descubrimiento de los conejos, así como mis sospechas de que se trata del robo de una fórmula de ese calibre. A cambio, daré lo que nadie podrá dar.

—¿El qué?

—Dos fotos que tomé del despacho y del muerto.

—¡Vaya actividad!

—Yo no hago mi trabajo a medias. Si le parece bien, de acuerdo, y si no..., diré todo lo que sepa. Podría ofrecer una información sensacional, y la sacrifico, pero no quiero quedar a la misma altura que mis compañeros. He de sobresalir de ellos, porque para eso soy quien soy.

—Bien, tendré que resignarme, aunque van a llover sobre mí multitud de quejas. No dejé tomar fotos a nadie...

—Diga que no sabe cómo me las procuré...

—Tendrá que ser así. No sé, un día voy a intentar que le den un buen empleo en Florida o en Texas, para quitármelo de en medio. Usted es mi pesadilla.

—Cumpló con mi deber y les ayudo muchas veces. Presiento que en esta ocasión vamos a trabajar juntos, y bien, pero sin que me haga trampas. Si me las hace, me reservaré toda la gloria para mí y el fracaso para ustedes.

—No hable tanto. Reconozco que tiene usted espíritu policíaco e iniciativas, pero no iré a decirme que puede hacer más que toda la policía junta de Nueva York.

—Yo no digo nada; me remitiré a las pruebas.

—Bien. Venga esta tarde con esas huellas, y las cotejaremos.

—De acuerdo. ¿Ha concluido usted ya su misión por el momento?

—Sí, y me voy a comer. Tengo mucho trabajo por delante para hoy. Esta tarde me esperan en el Departamento de Guerra.

—En ese caso, le invito a un vermut.

—Lo acepto, y pediré que le pongan en el suyo un poco de arsénico, a ver si me deja descansar alguna vez.

Se puso el sombrero, y salió al pasillo. Ralph le tomó del brazo, y dijo, en voz alta:

—En el «Empire» dan unos vermouths magníficos, capitán. Le podemos tomar allí, que está cerca.

—Como quiera, Ralph.

Éste miró con burla al agente que le había amenazado momentos antes, y del brazo del policía salió a la calle, silbando su canción favorita.

Y, después de tomar el aperitivo, se despidió del capitán, dirigiéndose al restaurante donde solía almorzar.

CAPÍTULO V

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS

Eligió un menú ligero, y, mientras le servían, se entregó a meditar sobre el asunto que traía entre manos. Había logrado algunos descubrimientos que podían serle muy útiles, pero sólo eran pequeñas pistas que tenía que completar, y aun no sabía cómo.

Tenía el móvil del crimen, pero le faltaba averiguar quién lo hizo y cómo. Para él, no existían dudas de que quien lo realizó sabía a fondo en qué trabajaba Engel, sus costumbres y la posibilidad de asaltar la finca y sorprenderle; pero...

Había una incógnita. ¿Cómo, quien fuera, había escogido precisamente aquella noche en que la cocinera, que salía poco, no se hallaba en la finca?

Y de repente, una sospecha iluminó sus ideas. Tomando un trozo de solomillo que acababan de servirle, abrió el pan, que de ordinario no probaba, lo metió dentro, y abonando la cuenta sin terminar de almorzar, salió a la calle dando mordiscos al extraño emparedado que acababa de preparar.

Paró el primer taxi que cruzó ante él, ordenando:

—Calle de los Napolitanos, número 5, en el barrio latino.

El taxi partió velozmente hacia el norte, y Ralph, tranquilamente, se entregó a la tarea de acabar con su sabroso bocadillo.

Cuando el taxi se detuvo en una calleja estrecha y tortuosa del barrio italiano, Ralph abonó la carrera y no se le ocurrió pedir al taxista que le esperase. Sabía del carácter de los conductores neoyorkinos, que no gustaban de esperar a nadie ni un solo minuto,

porque entendían que tales esperas les perjudicaban en sus intereses.

La casa donde habitaba la tía de Lucile era un viejo caserón destartado y medio resquebrajado en su triste fachada. Una de aquellas primitivas y pobres casucas de los tiempos sin gloria de Manhattan, llamadas a desaparecer un día en bloques, pero que nadie se atrevía aún a meterles la piqueta por el conflicto urbano que se podía armar al dejar sin vivienda a miles de pobres obreros.

Atravesó un largo portal y salió a un patio. Una vieja que tomaba agua de una fuente le miró.

—¿Puede decirme dónde vive una señora que se llama Esther?

—¿Esther?

—Sí. Tiene una sobrina llamada Lucile.

—¡Ah, sí! Suba por esa escalera, y, al final del corredor, la encontrará.

Siguió la indicación, y, poco después, llamaba a una puerta carcomida. Salió a abrirle una anciana de pelo que asemejaba a copos de algodón sucio. Su rostro estaba arrugado, y sus manos, encarnadas de la faena.

—¿Qué deseaba, señor?

—Simplemente, hacerle una pregunta, señora. Soy amigo de su sobrina Lucile, y...

—¡Oh, Lucile!... Una ingrata, a pesar de lo que he hecho por ella. Lleva más de dos meses sin venir por aquí.

—Mañana vendrá, señora.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque he estado esta mañana con ella. Me había dado un encargo para usted, y aprovecho la ocasión para decirle que vendrá a quedarse aquí, porque su señor se ha ido inopinadamente a un lugar del que no piensa volver, y se ha quedado sin empleo.

—¡Vaya por Dios, tan buena casa como era aquélla! Pero dice que le dio un encargo...

—Sí, simplemente darle las gracias por la entrada que le envió ayer para asistir al estreno de Los granaderos de Su Majestad. Le gustó mucho.

—¿Que yo le mandé una entrada para un cine?... Esa chica está loca.

—¿Cómo? ¿Que no fue usted?

—¿Yo? Dios me libre. No tengo para mí, e iba a tener para comprar entradas de cine.

—Pues alguien se la envió, diciendo que era de parte de usted.

—¡A ver si fue de algún pretendiente que quería verla en el cine!

—Pues no sé. Ella no ha dicho nada, y sólo me encargó que le diese las gracias. Tenía que venir aquí cerca, y aproveché para cumplir el encargo.

—Pues siento la molestia, pero yo no se la envié.

—Bien, se lo diré así, y usted perdone.

—De nada, joven. Lo que siento es que se haya molestado para eso.

Él se despidió, alegando que tenía prisa, y después de salir a lugares más espaciosos, encontró otro taxi que le llevó a Times Square.

Llegó a la redacción, muy satisfecho. Las cosas iban por buen camino, y los descubrimientos, aunque pequeños, empezaban a formar una cadena.

Antes de ponerse a trabajar, pues tenía que escribir el reportaje del suceso, llamó por teléfono al Departamento de Investigación.

—¿El capitán Mahaffey?

Éste se puso al aparato.

—¿Quién llama?

—Ralph al habla.

—Perdone, pero ahora mismo voy a ver al Secretario de Guerra. Venga dentro de un par de horas.

—Gracias. Le llamo para pedirle que averigüe quién envió la entrada a Lucile para ir al cine.

—Ya está averiguado. Fue su tía.

—La del pueblo... Su tía no envió tal entrada.

—¿Es posible?

—Vengo ahora mismo de allí de comprobarlo. Era mucha coincidencia ésta para admitirla. Quien mató a Engel envió la entrada para alejarla de allí y maniobrar con más libertad, porque sospecho que el asesino temía que la muchacha pudiese reconocerle.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye. Hará bien en tratar de descubrir quién tomó la entrada. Si la conserva, acaso en taquilla recuerden algo sobre el

cliente.

—Bien. Gracias, Ralph; es usted muy listo. Daré orden para que investiguen, y no deje de venir sobre las cinco.

—Así lo haré; hasta luego.

Febrilmente se entregó a la tarea de redactar el reportaje para el periódico.

Procurando no dar más que lo puramente espectacular para interesar al público, procuró orillar lo que no convenía que se supiese, pero no se guardó el descubrimiento de que no había sido la tía de Lucile quien enviase las entradas para el cine, con lo que se intrigaba al público, pues se hacía sospechar con aquel dato que el envío lo hizo el asesino para alejar a la cocinera y operar con absoluta libertad.

Pero tampoco dio su opinión de que lo hizo por temor a ser reconocido por la joven. Aquél era un dato que debía reservar para investigaciones ulteriores.

Cuando terminó de teclear, pasó con las cuartillas al director, quien las aprobó, felicitándole por el último descubrimiento. Su información, aunque pobre, sería más interesante que la de los demás diarios.

Claro era que, siendo el diario matutino, ya no se publicaría hasta el siguiente día, pero ellos no podían evitar que los diarios de la tarde diesen la información por adelantado.

El director le mostró las dos fotos que había tomado. Siendo como era su máquina una de las mejores en su clase, las fotos habían salido nítidas y precisas.

Ralph las examinó con atención. La del despacho mostraba claramente el desorden de la biblioteca, los libros caídos en el suelo, y, por pura coincidencia, en primer plano se destacaba aquel libro de tapas verdes que él había recogido para buscar huellas. Hasta se podía leer con claridad el título del volumen.

Se mostró satisfecho de sus dotes de fotógrafo, y satisfecho del éxito que había de obtener dando aquellas fotos que nadie había obtenido.

Tras entregar todo el material a las linotipias y platina, reclamó el famoso libro de verdes tapas, y vertiendo unos polvos sobre ellas, las cepilló cuidadosamente con un cepillo de pelo de camello. Pronto destacaron varias huellas bastante claras. Se imponía

tomarlas antes de que desapareciesen, y empleando magnesio para más seguridad, las fotografió.

Luego, como no tenía tiempo de examinar el contenido del libro, lo guardó de nuevo en la caja fuerte del director, y marchó con la película a revelarla.

Cuando terminó, era la hora de visitar al capitán Mahaffey, y apresuradamente se encaminó a su despacho.

Mahaffey acababa de llegar del Departamento de Guerra, y, a juzgar por su rostro, bastante nervioso e intranquilo, no regresaba contento. Ralph lo adivinó al verle, porque comentó:

—No parece haber pasado usted buena noche, Mahaffey. ¿Por qué no se purga para echar un poco de bilis?

—No se burle, Ralph; el asunto es demasiado serio para tomarlo a chacota.



Uno de aquellos conejos parecía extático, con los ojos muy abiertos, sin dar señales de vida.

—Me lo figuro. El Secretario les habrá conminado a descubrir en fecha breve al asesino de Engel y el producto del robo. Todo un panorama lleno de árboles para poder apreciarlo.

—Así es. Se ordena muy bien desde una mesa de despacho.

—Igual que se dirigen las batallas desde las mesas de los cafés. Él, como militar, está obligado a ganar las batallas, y usted, como

policía, a descubrir a los asesinos.

—Con la diferencia de que, en las batallas, el enemigo está a la vista, y aquí no.

—Pero el peligro es mayor, y nunca se sabe cómo va a maniobrar... Resígnese y trabaje. ¿Qué robaron, al fin?

—No lo sé.

—No juegue con trampa, Mahaffey, sino...

—Le digo que no lo sé. Se ha limitado a decirme que «teme» que hayan robado un importante secreto de guerra, pero que no podía decirme si así era ni en qué consistía. Carecía de autoridad para revelarlo.

—Ya lo dirá, aunque no hace falta. Apuesto a que se trata de lo que le he dicho. ¿Qué más noticias puede darme?

—He mandado recoger los conejos, y ya están en el laboratorio de ensayos, para su estudio.

—¿Y de la entrada del cine?

—No han conseguido nada en limpio. La taquillera se muestra incapaz de recordar a los dos mil espectadores que sacaron entradas para a ver, por la noche, mucho más, siendo estreno, al que acude más público.

—Lo comprendo. Una pista que hay que olvidar. ¿Tiene usted las huellas?

—Sí, pero carecen de antecedentes en nuestros archivos.

—Lo cual indica que el asesino no es un criminal de profesión. Esto evita ocuparse de los delincuentes profesionales. Por mi parte, aquí están las ofrecidas, pero hay que sacar copias. Sólo tuve tiempo de revelar la película.

—¿De dónde las sacó?

—De un archivo especial que poseo para mí solo. No sea curioso en cosas de poca monta. Si ustedes las encontraron en la finca, ¿por qué no podía yo encontrarlas también?

—Bien, no insisto. Deme eso.

Entregó la película a un agente para que en el gabinete sacasen copias de ella, y continuó su charla con el periodista.

—Esto es desorientador —comentó el capitán—. Matan por sorpresa a un sabio que trabaja en asuntos de guerra, y no se encuentra un hilo conductor que nos lleve a ninguna parte. Sólo unas huellas dactilares que, por pertenecer a persona que no está

fichada, son como buscar un grano de arena en una playa.

—¿Qué se le ocurre sospechar, capitán?

—Lo que a cualquiera. Esto es obra del espionaje. Así ha sido posible que dos técnicos vendiesen cobardemente secretos atómicos a una nación enemiga, que se haya intentado asaltar domicilios de otros y que alguno haya desaparecido sin dejar rastros. Es muy lamentable...

—Volvamos al asunto. ¿De quién sospecha usted?

—¿De quién voy a sospechar? De todos; tal como están las cosas, nadie está libre de pecado. Se han dado casos de traición interna, y no debemos desdeñar que se repitan.

Un ordenanza, se presentó con las pruebas de la película aún húmedas. Al comprobarlas, no hubo duda alguna, pues ambas eran idénticas.

—Hemos bebido en la misma fuente —indicó Ralph—, aunque el caso no sea el mismo, porque cada uno las hemos tomado de un sitio distinto.

El policía examinó atentamente la prueba, y fue cuando descubrió que, sobre las huellas, o, mejor dicho, por debajo de ellas, se veía, borroso, el título de un libro.

—¿De dónde las tomó usted?

—De un libro que había tirado. Supuse que cuando estaba en el suelo y fuera de la biblioteca, era porque habían manipulado con él, y esto me llevó a buscar las huellas en las tapas.

—Muy intuitivo, pero me pregunto qué buscarían en la biblioteca, y por qué medio la desmantelaron.

—Pues porque era allí donde debía, estar lo que buscaban, o, al menos, sospechaban que sería así.

—Es muy posible. De todas formas, estamos caminando un poco a ciegas. Es necesario que se sepa qué se han llevado, para saber qué hay que buscar. Así no puedo trabajar.

—Eso opino yo, aunque sabemos casi seguro de lo que se trata. Por cierto que... perdone un momento, y déjeme la guía de teléfonos.

El capitán, intrigado, se la cedió. Ralph la abrió por la S, y empezó a buscar.

El apellido Steele, unido al nombre Solomon, era el que le interesaba. No confiaba mucho en encontrarlo, pero no debía

desperdiciar posibilidad alguna.

No apareció, y con un gesto de contrariedad, preguntó:

—¿No hay aquí una guía comercial?

—Sí. ¿Para qué la quiere?

—Si encuentro lo que busco, se lo diré.

Mahaffey pidió la guía comercial, que fue recabada con todo, cuidado, pero infructuosamente. El apellido Steele figuraba en dos comerciantes que nada tenían que ver con el nombre de Solomon ni con el ramo de librería.

—Falló —dijo, cerrando el libro.

—¿De qué se trata, Ralph?

—Se lo voy a decir, pero con una condición.

—Venga.

—Que, así como yo pongo en sus manos todos los triunfos que tengo, usted ha de darme el mismo trato de favor. Cualquier información interesante debo saberla yo con veinticuatro horas de anticipación sobre mis compañeros.

—De acuerdo, si lo que me diga es útil.

—Lo es, hasta cierto punto. Vea esta tarjeta.

Se la mostró, y luego le explicó cómo la había encontrado entre el secante de la carpeta.

—¿Qué conexión aprecia entre esta tarjeta y el crimen?

Él amplió los detalles que la cocinera le había facilitado, y agregó:

—Si nos atenemos a ese pelo encontrado en el pijama, el asesino es rubio, y el hombre de la tarjeta, también. Pudo ser un pretexto ofrecerle los libros para frecuentar la casa, conocer sus costumbres y tener en sus manos datos que les facilitasen la labor de atacar con garantías al profesor.

—Es muy posible. Difícil encontrar al tipo, sobre todo si esta tarjeta es falsa y sólo se ha usado para facilitar la entrada en la finca, pero, déjemela. Voy a lanzar docenas de policías por las imprentas, a ver quién las ha impreso, y si pueden facilitar algún dato que nos lleve hasta ese misterioso corredor de libros. ¿No le queda nada más guardado, Ralph?

—Le juro que no. De momento, es cuanto sé.

—Bien: es posible que su ayuda me haya sido muy valiosa. Siga trabajando, si puede, y comuníqueme lo que sepa. Yo le prometo

que, en cualquier caso, usted será el que dé la primera información, y la más sensacional.

—Pues no se hable más, hasta que tenga algo que comunicarle o usted me necesite. En cualquier caso, llámeme al periódico.

Se despidieron con un recio apretón de manos, y Ralph salió silbando el «¡Oh, bella Martha!», marcando el ritmo con su acostumbrado modo de andar.

Estaba relativamente satisfecho de su actuación, aunque no todo lo que él deseaba.

CAPÍTULO VI

UNA LLAMADA INOPORTUNA

Eran las nueve menos diez. Ralph, en su pequeño departamento de la Calle 56 esquina a la Décima Avenida, se contemplaba al espejo, recreándose en el nudo de su corbata. Poseía una habilidad extraordinaria para hacerse aquel nudo complicado y estético, y jamás descuidaba detalle de tan buen gusto.

Se había embutido en un terno marrón de espiguilla, muy bien confeccionado, y sus zapatos acharolados relucían como espejos. Buscó el frasco de la esencia, vertió unas gotas en el pañuelo de bolsillo, se lustró el pelo con las manos mojadas en la esencia y, satisfecho, giró la vista en torno.

«¡Ah, sí, los guantes!» Pero un gesto de contrariedad plegó sus labios. Con el jaleó de aquel día había olvidado comprar unos nuevos, y no tendría más remedio que tomar otros de la gama amarilla que poseía. Un color que no parecía agradar a Carrie, pero por aquella noche debía aceptarlos así.

Buscó en una caja, y eligió los más oscuros. Cuando los plegaba con negligencia en sus manos y se disponía a abandonar el departamento para ir en busca de la joven, vibró insistente el timbre del teléfono.

Ralph gruñó, malhumorado, y dudó en tomar el receptor. Sólo le faltaba que su director saliese con alguna otra pejiquera que le estropease la buena noche que se había prometido.

Por fin descolgó. Si era *Mr.* Chapman, le mandaría al infierno, y

por nada del mundo renunciaría a sus planes.

—Tyndale al habla. ¿Quién es? —preguntó.

—Oiga, Ralph —contestó la conocida voz de Warren, el redactor jefe del periódico—. El capitán Mahaffey acaba de llamarle con urgencia.

—¡Que se vaya al infierno el capitán Mahaffey, el periódico y todo Nueva York! Tengo una cita muy importante y...

—Escuche, cabeza de pájaro. Ha pedido que le localicen como sea, y le diga que vaya a toda prisa a la finca del profesor Engel. La han asaltado al anochecer, y han asesinado al policía de servicio y a la cocinera.

Ralph se quedó pálido al oírle, y luego emitió una terrible maldición. El asunto era grave, y aunque se había propuesto no faltar a su cita con Carrie, aquello era superior a su voluntad.

—Está bien, aguafiestas —gruñó—; podía haber llamado cinco minutos más tarde.

—¿Por qué?

—Porque no me habría cogido aquí, y ojos que no ven, corazón que no siente. ¡Váyase al demonio!

Y colgó fieramente.

Por un momento quedó erguido en el centro de la estancia, balanceando el cuerpo y sacudiéndose los pantalones con los amarillos guantes. Por fin, los arrojó con rabia, y tomó el libro de teléfonos.

Buscó el número de la casa de Carrie y llamó.

—Al habla Ralph. ¿Está la señorita Carrie?

—Al aparato, señor tranquilo. Van a dar las nueve, y no es galante hacer esperar a las damas.

—Lo sé. Carrie; pero mi mala suerte me persigue. No puedo ir, y bien que lo lamento.

—Oiga, Ralph, bromas no. Yo no soy una mujer a la que se le puede tratar como a una cualquiera. Eso es indigno en un hombre que...

—Por favor, Carrie, escúcheme y comprenda. Cuando me disponía a salir, ha llamado Warren. Me busca el capitán Mahaffey para que vaya al lugar de la muerte del profesor Engel. Han asaltado la casa y matado a un policía y a la cocinera. Si el señor Chapman se enterara de que me han avisado y no he querido ir, me

pondría en la calle y con razón. Dese cuenta de que no es culpa mía.

—De acuerdo, pero si hubiese usted salido de ahí a su hora, no habría sucedido esto.

—He terminado muy tarde mi trabajo, Carrie, pero le prometo que nos desquitaremos. Yo lamento...

—¿Y ahora qué hago yo vestida?

—Si supiese que he de terminar pronto, la citaría en algún sitio para más tarde...

—¿Cree que voy a salir sola y a andar como un gusano perdida por los locales?

—Lo comprendo... En fin, perdone y resígnese. Yo lo siento tanto como usted, pero mañana, aunque se hunda el New Times, saldremos juntos. Adiós, que se hace tarde; ya nos veremos mañana.

Y sudando como un pollo, colgó el teléfono y se apresuró a salir, tomando el primer taxi que pasó por delante de él.

—A la Calle 18, oeste. Al final; yo le avisaré.

Y sumido en hoscas reflexiones, se recostó en el asiento, preguntándose qué podría haber sucedido y cómo podía haberse desarrollado tan sangriento suceso.

Cabía suponer que aquel asalto estuviese relacionado con el mismo motivo que produjo la muerte del profesor, y empezaba a sospechar que el propósito del asesino no se habría cumplido completamente con el asesinato de Engel, y que lo que buscaba no había sido encontrado, a pesar de todo.

Aquello abría un panorama de esperanzas futuras, a menos que en aquel segundo intento hubiesen encontrado la fórmula. Ahora se censuraba no haber sido más meticuloso registrando a fondo la casa, desdeñando el registro que por su cuenta había hecho la policía.

Ordenó al chófer detenerse algunas manzanas de casas antes de llegar al lugar del crimen, y se apeó. Como había supuesto, el suceso había trascendido ya, y un grupo de colegas se agolpaba ante la puerta, pugnando por entrar, pero media docena de robustos agentes lo impedía.

Ralph presumió que iba a tropezar con muchas dificultades para atravesar aquella barrera de periodistas, y más si recibía un trato de excepción, y queriendo evitar a Mahaffey la violencia de aquella situación de privilegio, rodeó la tapia y buscó el coche del policía.

El capitán lo había dejado en el mismo sitio que la vez anterior. Se puso al volante, lo arrimó a la tapia y saltó al otro lado de ella, usando el mismo procedimiento que horas antes.

Poco después, penetraba por la puerta principal de la casa.

Mahaffey daba órdenes tajantes a los fotógrafos del Departamento. Al enfrentarse con el reporter, exclamó:

—¿Le han dejado entrar? Lo siento; ahora me va a buscar complicaciones con sus compañeros.

—No tema, que nadie me ha visto entrar. He usado un procedimiento especial de mi invención, únicamente le diré que, si busca huellas y encuentra unas de la medida 30 en el techo de su auto, no se desoriente, que me pertenecen.

El policía sonrió, comentando:

—Cuando yo digo que es usted el demonio... Me alegro que haya obrado así, pues de esta manera me evita situaciones desairadas.

—Bien, dígame qué ha sucedido.

—¿Cree usted que lo sé? Pues no, señor. Estoy empezando a realizar indagaciones.

—Bien, pero cuénteme lo que sepa.

—Pues lo que sé es esto escuetamente.

»A las, ocho y media, debía ser relevado el policía que dejé custodiando esto. Cuando llegó, encontró la puerta de la cerca entornada y entró, extrañándole que no se hallase su compañero en su puesto. Al buscarlo, lo descubrió en el jardín, con la cabeza aplastada a causa de un golpe terrible que le habían administrado con un objeto contundente. Asustado, penetró, revólver en mano, en la casa, y la registró. Al llegar al despacho del profesor, su sorpresa aumentó al encontrar a la cocinera tendida en el suelo. Le habían asestado un golpe idéntico en la frente, y estaba muerta. Se apresuró a telefonar, y yo le llamé a usted antes de salir para aquí. Realizaba ahora una inspección mientras llega el forense.

Le llevó al jardín, donde, arrimado a la tapia, estaba el cadáver del policía. Ralph se horrorizó al verle.

Como ya era de noche, encendió la lámpara eléctrica que llevaba, en el bolsillo, y echó un vistazo. A simple vista se podía apreciar que el policía no había sido muerto allí. Había un rastro en la arena manchada de sangre denunciando que debieron matarle en

la misma puerta y después arrastrarle hasta allí.

—¿Ha observado esto? —preguntó Ralph.

—Sí, ya me he dado cuenta. Debieron llamar, y al salir a abrir, le sorprendieron con el golpe. Después, le arrastraron, dejándole ahí.

El capitán señaló con el brazo, y dijo:

—Venga, antes que llegue el forense.

Le llevó al despacho del muerto. Ralph entró con prevención, y lo primero que observó fue que el *stor* del balcón estaba corrido, y la luz del techo encendida. A un lado de la puerta vacía el cadáver de la infeliz Lucile. Tenía la cara teñida por la sangre que había brotado de la enorme herida que le abrieran en la frente.

—¡Sangre de Satanás! —bramó el periodista—. ¿Es posible que haya gente tan salvaje, capaz de cometer un crimen así, a sangre fría?

—Ya lo ve...

—Oiga, Mahaffey: ¿Encendió usted la luz y corrió esa cortina?

—No. Lo encontré todo tal como está.

Ralph giró la vista, descubriendo que la biblioteca se hallaba de nuevo en el más completo desorden. No había libro que no hubiese sido extraído de su lugar habitual y trasladado de estante.

—¿Se ha fijado en eso también?

—Me he fijado en todo, Ralph. Supongo que coincidiremos en la apreciación.

—Si así no fuese, seríamos un par de asnos. La cosa está clara. Algo debió funcionar mal anoche, y las cosas no se desarrollaron como creían. Lo que se llevaron, si se llevaron algo, no les satisfizo o no estaba completo, y no han vacilado en arriesgar cuanto podía arriesgarse para volver. Posiblemente, ignoraban que la cocinera estaba aquí todavía, y despachando al agente de guardia creyeron poder maniobrar a su gusto. Entonces, entraron aquí, corrieron el *stor* y encendieron la luz para trabajar con calma. Posiblemente produjeron ruido, y la muchacha, al oírles, les sorprendió. Entonces no vacilaron en suprimirla, porque viva podía ser un testigo de cargo muy peligroso.

—Poco más o menos es lo que yo he sospechado.

—Bien. Ahora veamos lo que sus hombres del gabinete de huellas descubren aquí. En esos libros tienen que haber quedado

impresas algunas, así es, que miren bien y no las dejen pasar por alto. Cuando hayan terminado, tenemos que dedicarnos a examinar la biblioteca a fondo, a ver qué nos dice. Todo esto es endemoniadamente complicado.

Un agente avisó que el médico forense acababa de llegar.

El doctor era un viejo gruñón, con una calva muy pronunciada. Mascando su pipa, refunfuñó:

—¿Qué clase de ergástula es este antro, capitán? Ayer un fiambre, hoy dos. ¿Hasta dónde va a seguir esta progresión en el aminoramiento del censo?

—Hasta que le llegue a usted el turno, doctor —replicó, sonriente, el capitán—. Me temo que a este paso nos tendrán que hacer la autopsia a los dos un día de éstos.

—¡Y un cuerno! Presentaré la dimisión por exceso de trabajo. Veamos esos fiambres.

Se inclinó sobre el cuerpo de la joven, y tras examinarla y palparla, rezongó:

—Muerte fulminante por golpe de brutal contundencia en la frente. Debieron golpearla con un rompecabezas estilo *gángster*. Vea estas rasgaduras profundas que presenta aquí. Debe ser un rompecabezas de púas de hierro, de los que nunca fallan.

—¿Murió hace mucho, doctor?

—No. Calculo que serían... —Consultó su reloj y añadió: —Serían las ocho, poco más o menos.

—¿Nada más?

—De momento no puedo decir más, salvo que la atacaron casi de frente, pero un poco a su derecha.

Ralph, señalando la puerta, indicó:

—Seguramente cuando abría la puerta y entraba.

—Bien, vea usted ahora a nuestro agente. Está en el jardín.

Le acompañaron al lugar donde yacía el muerto, y, a la luz de la linterna, lo examinó. El diagnóstico fue idéntico.

Cumplida su misión, el forense se despidió, y los fotógrafos y captadores de huellas se entregaron a la meticulosa tarea de buscar los rastros acusatorios. Fue una tarea pesada y larga, que ambos siguieron con impaciencia.

El capitán ordenó examinar bien los libros, donde, como Ralph supuso, se encontraron huellas dactilares, y cuando el trabajo quedó

concluido, los empleados de la ambulancia se dispusieron a llevarse los cadáveres.

—Un momento —dijo el periodista—. Recuerde, capitán, aquel pelo que yo descubrí. Veamos si hay algún nuevo indicio en las ropas de las víctimas.

En las de la joven no encontraron nada, ni en las del policía, pero al ser bien examinado éste, el reporter se fijó en su mano derecha contraída, y, tomándola, forcejeó para abrísela.

Un grito de triunfo salió de su garganta al observar, aprisionado en ella, un trozo de gemelo de puño.

Aplicó a él la linterna y lo examinó en compañía del capitán.

—Un buen rastro —indicó éste—. Veamos qué es.

El gemelo era ovalado, de metal fino, pero no de oro. Tenía un grabado en forma de rombo, y una pequeña piedra sin valor en el centro.

—Bisutería fina —afirmó Ralph—. No sé qué valor podrá tener más adelante. Por hoy, ninguno.

—Nos da una idea del asesino. Al menos de su posición: ni pobre ni rica.

—Se puede admitir tal deducción. Tome y guárdelo. Sin duda su agente, al verse atacado, pudo instintivamente, levantar el brazo para evitar el golpe, y sólo acertó a sujetar la manga y arrancar el trozo de gemelo.

—No sé —refunfuñó el capitán—; no me gusta la teoría.

—¿Por qué?

—Porque de haber conseguido sujetar el brazo golpeador, lo hubiese desviado seguramente, y como habrá apreciado, el golpe ha sido recto y contundente.

—Sí, pero hay más. Pruebe a intentar golpear a alguien en la cabeza. De modo involuntario levantará usted también el brazo izquierdo, en ademán de sujetar a la víctima. Quizá su hombre aferró el brazo contrario y no el que le golpeaba, y por ello no pudo evitar la caída recta del rompecabezas.

—Bien observado, Ralph. Esa teoría me satisface más.

—En ese caso, vamos a lo que importa. Hay que registrar la biblioteca.

Mahaffey ordenó que se llevasen los cadáveres, y, ya libres de aquel engorro, volvieron al despacho de Engel.

Ralph se entregó a un examen metódico de cada uno de los libros desparramados por todos los sitios. Leía los títulos, los abría, los sacudía para hacer caer cualquier papel que pudiera haber entre las hojas, y cuando se convencía de que no había nada dentro, lo apartaba.

Algo le llamó la atención, y fue, observar que, a un lado de la mesa, había seis libros bastante voluminosos apilados el uno sobre el otro, los seis escritos por el mismo autor. Un alemán especialista en enfermedades mentales, precisamente el autor del libro que el reporter se llevara a la redacción.

—¿No le extraña esta coincidencia? —preguntó.

—Pues..., puede ser eso, simplemente.

—¿Por qué? Han apilado aparte los libros de este autor, y da la casualidad de que el que yo tengo está firmado por el mismo. Esto quiere decir que, en estos libros, está o estaba el secreto que andaban buscando.

—¿Cómo cree que puede estar en ellos?

—Si lo supiese, sabría muchas cosas más, capitán, pero no desdeñe esta sugerencia.

—No desdeño nada, pero ya ve, en estos volúmenes no hay nada, ni siquiera una mala anotación al margen. ¿Qué contiene el que usted se llevó?

—No lo sé, porque aún no he tenido tiempo de examinarlo. Tomé las huellas y lo dejé en la caja fuerte de mi director. Mañana le echaré un vistazo.

—Hágalo, y comuníqueme enseguida lo que encuentre en él. Por si acaso, guárdelo bien.

—No hace falta el consejo. —Luego, comentó—: Yo no veo nada en este mueble, que no tiene cajones ni doubles fondos, ni nada apreciable. Esto me afianza en mi idea de que lo que buscaban está en los libros, y a estas horas, o lo poseen, o tienen que renunciar a poseerlo.

—Sí, porque estos libros me los voy a llevar yo.

—Lo que me pregunto es qué les diría Engel antes de morir para que se fuesen, al parecer, satisfechos, y luego volvieran a verificar el registro, sabiendo lo que exponían con ello.

—Es un misterio que sólo sabremos si tenemos la suerte de echar mano al asesino.

—Bueno, capitán, creo que aquí no nos queda más que hacer.

—No. Voy a dejar tres hombres para evita: que se repita este macabro suceso, jamás pude sospechar que volviesen, y menos que se atreviesen a enfrentarse con un policía.

—Lo cual demuestra que la gente con quien tenemos que vérnoslas carecen de escrúpulos y de miedo, y que son capaces de todo. Quizá el día que nos enfrentemos con ellos suframos la sorpresa de apreciar su carácter, aunque hasta el presente parezca tratarse de gente sin antecedentes penales.

—¿Cree usted que puedan ser más de uno?

—Me inclino a creerlo por lo de esta noche. Para un hombre solo, la empresa era temeraria y podía fallarle. Precisaría ayuda, y, cuando menos, han debido intervenir dos.

—Quizá las huellas obtenidas nos lo digan. Tengo deseos de comprobarlas.

Los periodistas seguían agolpados ávidamente a la puerta de la finca. Mahaffey, comentó:

—¿Y ahora? Tengo que darles alguna información, y no quisiera que le viesan.

—No se preocupe. Saldré por donde he venido. En su auto me encontrará cuando termine.

Se separó de él, buscó la escalera de mano y escaló la tapia para caer sobre el techo del auto. Luego, se introdujo en él, y esperó.

Media hora más tarde, el capitán, acompañado de un sargento y el agente conductor, ocupaban sus asientos en el vehículo.

—¿Dónde le dejo, Ralph?

—Ya, lléveme a mi casa. Me ha estropeado usted una magnífica conquista amorosa, y no se lo perdono.

CAPÍTULO VII

UN ASALTO INESPERADO

Al siguiente día, cuando salió a la calle el «New York Times», su información sobre el doble suceso de la finca de la calle 18 Oeste, produjo una enorme sensación en el público y un revuelo de protestas entre los reporteros de los demás diarios. Aquellas fotos publicadas en magnífica reproducción por el diario, fotos que nadie había conseguido, pues no se les permitió entrar en el lugar del crimen, revelaban la osadía y dinamismo del joven reporter, y continuaban colocándole a la cabeza de los de su oficio.

Ralph había escrito en su casa el reportaje de aquella noche, avisando al periódico para que fuesen a recogerlo, y así, los dos se habían unido en plana y media del popular diario, con unos titulares que agotaron los más grandes tipos de que disponían.

Pero fiel a la consigna, se abstuvo de revelar nada que pudiese ser sospechoso para el autor o autores del crimen. Aún más, apuntaba que la vuelta al hotelito debió ser motivada por la suposición de que Engel, como hombre parco y soltero, y gozando de un buen sueldo, escondería dinero en la casa.

Por la mañana entró más ufano que nunca en la redacción. Ya habían llovido sobre ellas las protestas de los colegas de información fotográfica y el papel de Ralph, en la casa, había subido muchos enteros. Todos le felicitaban cordialmente, ya que su éxito era el de todos, indirectamente, y hasta alguna mecanógrafa le gastó la broma de asegurar que desde que había prescindido de los guantes amarillos para cambiarlos por otros de color violeta que acababa de adquirir, la suerte le había dado la cara.

Él aprovechó la euforia para barbillear a las más efusivas, y hasta para concertar dos citas para las dos noches siguientes. Aquélla se la debía a Carrie, y estaba dispuesto a cumplir el ofrecimiento.

Quando penetró en el antedespacho del director, la joven secretaria, con un mohín muy serio, reprochó:

—Ya estará contento. Ha logrado un éxito apoteósico, en tanto que las demás nos hemos quedado compuestas y... sin ir a cenar.

—Tú sabes, monada, que la cuba no es mía, pero ahora mismo le voy a advertir seriamente al señor Chapman, que, desde las siete de la noche en adelante, aunque se hunda el Capitolio o vuelen los arsenales, no cuente conmigo. Esta noche... nos desquitaremos.

—Quisiera verlo.

—Pues si tú no te mueres, ni yo... esta noche será de fiesta grande para los dos.

La hizo una caricia que ella recibió arisca, y pasó al despacho del director.

Éste le sonrió cordialmente, exclamando:

—¡Bravo, Ralph! Se ha portado usted maravillosamente, Ya era hora que un día se le buscase por teléfono y se le localizase en un sitio decente. Si no es por eso... anoche nos perdemos el complemento de la información.

—¿Sí? Pues le diré una cosa. A partir de las siete de esta noche considéreme más muerto que las cenizas del general Washington, porque no me localizará nadie... ¿O es que yo no tengo derecho a disfrutar de algunas horas de libertad y asueto?

—¿No las está disfrutando ahora?

—No sea gafe, por si acaso. A lo mejor arde el Astoria o se hunde el Empire State, o vuela la estación central, y adiós mi descanso. No, señor director; no me obligue a que parodie a un poeta español que se lamentó en un verso, diciendo: «¡Ay, infeliz de la que nace hermosa...!». Yo soy un infeliz por haberme destacado en sucesos, y parece que en la plantilla no hay más reporteros que yo.

—Tengo que lamentar que así sea, pero como usted, ninguno. Para eso cobra más.

—Rebájeme el sueldo, y póngame en todo al nivel de los otros.

—Se moriría de melancolía si así lo hiciese. El día que salga uno

poniéndose delante de usted, ese día estalla como una traca.

—Y usted abusa de eso, pero ya le digo que esta noche, a partir de las siete, no me llame, o en ese momento presentaré mi dimisión.

—¿Qué tiene que hacer tan importante a esa hora?

—Leerle un tomo de versos muy bonitos que he compuesto, a una mujer más bonita que mi libro. ¿Quiere que le recite alguno?

—Hombre, me gustaría... No le sabía a usted un poeta de altura, aunque mida uno ochenta de estatura.

—Bien, pues voy a convencerle de su engaño. Escuche esta preciosa cuarteta, que he compuesto en honor de un director de periódicos, que es un ogro:

«Dirige el mejor diario;
exigente como nadie,
mas a la hora de pagar,
no conoce ni a su padre».

—Eso es pedestre como... Oiga, ¿por quién va eso?

—No sé. Es una semblanza general.

—¿General? El mejor diario es el «New York Times», y yo soy su director...

—Lo siento. Ha debido ser una pura coincidencia.

—Usted lo que es, es un fresco y...

—Perdone, señor Chapman, pero tengo todavía mucho que hacer. Hasta las ocho, todo lo más, le concedo la gracia de mi trabajo, pero desde esa hora me he muerto, y estoy putrefacto. Haga el favor de entregarme ese libro que le dejé.

—¿Qué va a hacer con él?

—Estudiar química. Será la única manera de librarme de la tiranía de un periódico, que no tiene entrañas para los redactores.

Chapman se lo entregó. Ralph se lo puso bajo el brazo, diciendo:

—Me voy a la biblioteca del periódico. Si llama el capitán Mahaffey, hasta las siete, avíseme; si me llama, después, dígame que he ido a Washington, llamado por el Presidente, para celebrar una conferencia muy importante sobre un invento para acabar con los mosquitos en las selvas vírgenes.

Y, silbando alegremente se encaminó a la amplia biblioteca del

diario, donde se encerró, dispuesto a examinar atentamente el libro.

El volumen constaba de unas cuatrocientas páginas en tamaño folio, y según pudo ir comprobando a medida que examinaba los títulos de los capítulos y echaba ojeadas a algunas páginas, el autor realizaba un profundo estudio de ciertos y determinados alcaloides con relación a su influencia en el cuerpo humano.

Luego, enunciaba determinadas materias y las alteraciones que producían, tanto en el organismo en general como en el sistema nervioso. También había un extenso capítulo dedicado al estudio de las células nerviosas del cráneo, su sensibilidad, sus trastornos en diversos sentidos, y acotaciones sobre experiencias referentes a ciertos síntomas de histerismo, neurosis, perturbaciones cerebrales, casos concretos de locura por ingestión de determinadas materias tóxicas... Algo demasiado profundo para sus conocimientos, aunque se trataba de un muchacho listo y comprensivo.

Grosso modo, se daba cuenta del significado de los estudios realizados por el sabio alemán, y buscaba un parangón entre éstos y los posibles trabajos de Engel. No le cabía duda de que, al menos, aquel libro —y quizá otros del mismo sabio— habían sido el arquitrabe donde debía descansar todo el trabajo del invento del muerto.

Pero pronto abandonó esta lectura para concentrar su atención en determinadas cifras que iba descubriendo en los estrechos márgenes de las páginas. Eran cifras que parecían carecer de sentido, pues todas se componían de tres cantidades, a este tono:

52-2-4.
75-1-16.
87-2-14.
99-1-36.
115,1,12...

Ralph quedó perplejo ante aquella extraña numeración. Era indudable que poseía un significado que debía tener una clave, pero ¿cuál y dónde estaba? Aquél era el misterio que no acertaba a comprender.

Por más que daba vueltas al libro, no encontraba en él más que lo que tenía a la vista. Toda la ciencia del autor vertida metódicamente en las páginas del libro, y aquellas triples cifras que

nada le decían.

Fue inútil cuantos esfuerzos realizó para extraer un significado lógico. Allí estaban bailando ante sus ojos como burlándose de él y de su ignorancia, pero nada le aclaraban.

Eran más de las siete, cuando con un fuerte dolor de cabeza cerró el libro con rabia, y volvió al despacho del director. Éste le miró a la cara y quedó sorprendido al observar que estaba pálido, con los ojos brillantes, y sudando como un condenado.

—¡Diablo, Ralph! —comentó—, parece usted uno de esos estudiantes remolones que están todo el curso sin abrir un libro, y luego en veinticuatro horas se obstinan en aprenderse todos los textos. No irá a decirme que ha deglutido todo ese tomo en tan poco tiempo.

—No, ¡maldita sea mi estampa! Ni lo he deglutido ni digerido. Estoy rabioso porque el sentido común me dice que tengo en la mano la clave de todo, y no soy capaz de dar con ella.

—¡No me diga! Un *reporter* tan listo...

—No gaste ironías, y si es usted capaz de demostrar que es más listo que yo en este sentido, tome y traduzca eso. Si lo hace, me retiro ahora mismo del periodismo.

El director, intrigado, tomó el libro, y lo abrió, Ralph le mostró las páginas con números marginales.

Chapman se afianzó las gafas en la nariz, y los examinó. Luego, dijo:

—Parecen fechas. Vea: 12,2,36. ¿No querrá decir esto día 12 de febrero de 1936?

—¿Sí? ¿Y ésta? ¿Quiere decir 87 de enero de 1912?

—¡Oh, no, claro; tiene usted razón! No me había dado cuenta. Desde luego, esto es una clave.

—Una bonita conclusión.

—Pero no acierto a definir qué significa.

—Menos mal que así estamos los dos iguales.

Consultó el reloj, y al observar que se aproximaban las ocho, repuso bruscamente:

—Tome, estúdielo si quiere, o guárdelo. Mañana seguiremos, porque van a dar las ocho y yo tengo el tiempo justo para lo que debo hacer ahora. Hasta mañana.

Y sin oír más razones, salió, tomó un taxi y se encaminó a su

departamento.

Nervioso, se rasuró, se dio una ducha, cambió su traje y se acicaló con todo refinamiento. Aquella noche, nadie ni nada podría evitar que llevase a Carrie a cenar, y pasase con ella una de las mejores noches de su vida. Eran las nueve menos cuarto en punto, cuando recogía sus guantes de color marrón y se clavaba una flor en la solapa de la bien cortada americana. Al mirarse al espejo, sonrió complacido.

—Bueno —murmuró—, si Carrie no se arrastra a mis pies cuando me vea, es que ha perdido ese órgano que tenemos en el lado izquierdo del pecho y no le late.

En aquel momento llamaron a la puerta. Ralph se estremeció al ponderar que un nuevo obstáculo tratase de interponerse en el camino de su asueto.

Estuvo por no abrir, pero ante la insistencia de la llamada y como no tenía más remedio que salir de modo inmediato franqueó la puerta, furioso, preguntando:

—¿Quién es?

La pregunta casi se estranguló en su garganta al verse frente a dos pistolas que le apuntaban al pecho, y oír una voz ronca que ordenaba:

—Las manos arriba, ¡pronto! Y retroceda con cuidado.

Ralph obedeció, mientras examinaba con más curiosidad que temor a los dos extraños visitantes, a los que en aquel momento se les habían unido otros dos más que debían estar ocultos a los lados de la puerta.

No tenía arma alguna a mano en aquel momento y nada podía hacer contra los cuatro visitantes, los cuales, bien armados, le apuntaban fieramente con sus pistolas. Mientras retrocedía por el pasillo, trataba de grabar en su retina los rostros de aquellos cuatro tipos. Hombre acostumbrado a debatirse en todos los ámbitos sociales de la ciudad, tanto en las alturas como en los bajos fondos, adivinó al primer golpe de vista que se trataba de «gangsters» de aspecto poco tranquilizador. Los cuatro eran hombres que rozaban los treinta o treinta y cinco años y que parecían cortados por un mismo patrón, pues todos eran ágiles de cintura, flexibles, anchos de hombros, con brazos musculosos, y vestían con relativa elegancia.

Realizando un esfuerzo para aparecer sereno, inquirió:

—¿Quieren hacer el favor de decir qué solicitan de mí tan amablemente? Dense prisa, porque a las nueve tengo una cita importante.

El primero que le había conminado a levantar los brazos, y que debía ser el jefe de la pequeña cuadrilla, replicó irónico:

—¿Una cita? ¿Acaso cuestión de faldas, amigo?

—Cuestión de túnicas. Estoy citado con una vestal del templo de la Diosa Kali, y se puede resfriar si la tengo mucho tiempo bailando con sólo un velo por combinación.

—Muy humorista. Vamos, amigo, siéntese ahí en ese sofá, y vamos al grano. Venimos en busca del libro.

—¿Qué libro?

—Usted lo sabe. Un libro que se llevó del despacho del profesor Engel.

—¿Yo? Están soñando.

Lo dijo con firmeza, pero intrigado. Aquel asalto audaz y aquella petición, le reafirmaban en su idea de que el libro del profesor alemán encerraba un valor enorme para aclarar aquel misterio.

—No se haga de nuevas, jovencito, o le estropearemos para siempre esas bacanales con bailarinas sagradas indias. Necesitamos ese libro y usted nos lo va a entregar.

—Les repito que ignoro de qué me hablan.

—¿Quiere que le halaguemos el oído? Usted lo sabe y lo tiene, y lo necesitamos.

—¿En qué diablos se fundan para decir eso?

—Muy sencillo. Usted ha publicado una foto en su diario, tomando el despacho de Engel. En esa foto aparece bien claro el volumen que buscamos, y al pie de la fotografía se indica: «Foto exclusiva de nuestro reporter Ralph Tyndale. Prohibida la reproducción».

—Muy bien, ¿y qué?

—Que cuando usted tomó la foto, el libro estaba allí, y anoche ya no estaba.

—¿Y eso qué quiere decir? Se lo habrá llevado la policía.

—No, amiguito, no se lo llevó la policía, sino usted. Sabemos mucho de su persona, y no es la policía la que nos preocupa, sino usted. Haga el favor de devolvernos ese libro, y le prometemos no

hacerle daño alguno. De lo contrario, lo pasará mal.

—Lo lamento, pero no sé de qué me hablan. Tomé la foto, es cierto, pero me limité a eso. Por otra parte, el capitán Mahaffey llevó el peso del registro.

—Menos conversación. Tenemos prisa, y necesitamos el libro.

—Pues registren si quieren, pero con rapidez. Les digo que no lo tengo, y no me hagan perder tiempo. Cuando se convenzan...

—¿Dónde lo ha dejado, entonces?

—Les digo que no sé nada de ese libro.

—Muchachos, registrad bien todo esto. El libro tiene que aparecer.

Se colocó frente a Ralph, mientras sus tres compañeros, sin consideración alguna al orden que reinaba en el departamento, se entregaron a una búsqueda feroz, en la que pusieron patas arriba cuanto había en las habitaciones. Cuando terminaron el infructuoso registro, parecía que Atila, con todas sus huestes, había pasado por allí.

—No hay nada —afirmó uno de, los gangsters, con rabia.

—Bueno, pero este pollo almibarado nos dirá dónde lo tiene. Nos lo dirá, si en algo estima su podrido pellejo. Si cree que nos va a privar de la bonita recompensa que nos han ofrecido por rescatarlo, se equivoca, porque soy capaz de dejarle clavado a tiros ahí mismo.

Lo dijo con tal ferocidad, que Ralph, a pesar de no ser un cobarde, se estremeció. Conocía de sobra a los componentes de los «gang» para saberlos despiadados, fríos e insensibles al asesinato.

Y se preparó para lo que pudiese sobrevenir. No estaba dispuesto a declarar dónde se hallaba el libro, y presentía que el final iba a ser catastrófico.

—Podéis hacer lo que queráis —repuso tenso—, pero no sé de lo que estáis hablando.

El *gángster* que llevaba la voz cantante se colocó frente a él, a un paso, y anunció fríamente:

—Te doy dos minutos para contestar.

El momento crucial había llegado Ralph, poseído de la rabia más exaltada por aquella estúpida celada que le ponía en tan dramático aprieto, sintió despertar en él todo su instinto de luchador. Podían matarle, pero no lo harían sin lucha y sin que tratase de cobrarse su

muerte, y sin reflexionar que era suicida lo que iba a intentar, no dudó un momento. Entre caer a sangre fría o morir peleando, prefería esto último.

De una flexión inesperada y violenta, su pie derecho se elevó, para golpear rudamente la mano del pistolero, cuya arma salió despedida al techo antes de que el *gángster* pudiese prevenirse contra una acción de aquel calibre.

Ralph, como impulsado por un resorte, saltó del sofá con el brazo extendido, y su cultivado puño pegó de lleno en el rostro del pistolero, mandándole como un muñeco contra otro de sus compañeros, que retrocedió con él, cayendo a tierra, pero cuando se disponía a seguir la lucha, los otros dos se lanzaban sobre él como fieras, golpeándole con las pistolas.

El hecho de que no las dispararan le dio a entender que o tenían orden de no hacerlo, o les daba miedo provocar la alarma con los tiros, exponiéndose a verse copados, y esto le animó a continuar luchando.

Era fuerte, duro y hábil, y aunque el enemigo resultaba excesivo para él, no se daría por vencido.

Pero desgraciadamente, uno de los pistoleros caídos se levantó con rapidez, y bramando de furor, se unió a sus compañeros, acosándole contra la pared, a la que se había acercado para proteger la espalda, mientras hacía cara a los tres que le atacaban con furor, propinándole golpes dolorosos.

El que había caído víctima del terrible puñetazo inicial, se revolvió trabajosamente en el suelo y luego se incorporó con los ojos inyectados en sangre. Turbiamente miró alrededor, abarcando la pelea, y luego, tomando un jarrón de bronce que había sobre un pequeño mueble, lo lanzó con terrible furia a la cabeza del periodista.

Éste, ocupado en hacer frente a los otros tres, no pudo prever aquel ataque inesperado, y recibió el impacto en plena frente. Emitió un aullido impresionante, y se desplomó, manando abundante sangre por la herida.

Los otros tres retrocedieron al verle caer, y uno comentó:

—Me parece que con eso ha tenido bastante, Ickes.

—Maldito emborronacuartillas. Me ha dado un golpe que me ha destrozado dos dientes. Si no ha muerto, juro que haré una criba

con su maldito pellejo.

—Bueno, va sabes que no hay que armar ruido. El libro les interesa, sobre todo, y si le matamos, jamás sabremos dónde lo guarda.

—Aquí no, desde luego —dijo el llamado Ickes—. Hemos registrado cuanto se puede registrar, y nos han dicho que el libro es abultado y grande.

—Bien, ¿y qué hacemos?

—Largarnos y dar cuenta de lo sucedido. Que indiquen otro procedimiento para encontrarlo.

Ickes miró a sus compañeros, que, como el, tenían las manos enguantadas, y preguntó:

—¿No os habréis quitado los guantes para tocar nada?

—No somos tontos, ya lo sabes.

—Bien, pues vámonos. Si mañana encuentran muerto a ese tipo, que averigüen quién le mandó al infierno.

Y entornando la puerta al salir, desaparecieron del piso.

Apenas habían salido, el teléfono empezó a vibrar con insistencia, pero inútilmente, Ralph no estaba en condiciones de atender a la llamada.

Y por segunda vez, la bella Carrie se iba a encontrar compuesta y sin pareja.

CAPÍTULO VIII

UN PARENTESIS FORZADO

Eran aproximadamente las cuatro y media de la mañana, cuando Ralph se agitó levemente en el suelo, y luego se retorció, emitiendo unos gemidos ahogados. Poco a poco abrió los ojos, pero al posarlos en la lámpara que seguía ardiendo, los cerró con fuerza. Sentía que la habitación le daba vueltas, produciéndole náuseas, y de un modo instintivo llevó las manos al lugar del golpe, profiriendo un gemido más ronco al sentir el dolor de la rozadura con las manos.

Sintió la viscosidad pegajosa de la sangre y volvió a abrir los ojos, mirándose las manos que parecían enfundadas en unos rojos guantes. Aquello pareció dar lucidez a su maltrecho cerebro, y recordó, aunque confusamente, algo de lo que le había sucedido.

El jarrón, cerca de él, acabó de aclarar su memoria, pero sentía un mareo tan grande y un dolor tan agudo en la cabeza, que, aunque trató de levantarse, le fue imposible. Pero algo tenía que hacer. La herida seguía arrojando sangre, aunque lentamente.

Sacó fuerzas de flaqueza, y, arrastrándose como un gusano, alcanzó el cuarto de baño. Aferrado a los bordes se incorporó, y abrió el grifo del agua fría. Luego adelantó la cabeza y sintió como si le clavasen puñales en la herida al golpear en ella el agua, pero al tiempo, notó una sensación de alivio y como si la ducha le devolviese parte de las energías perdidas.

Siguió aguantando aquel extraño dolor mientras le rechinaban los dientes, y por espacio de diez minutos siguió bajo el grifo. En algún momento sintió la sensación de que la cabeza y la nuca se le hablan acorchado, y que aquella sensación era más fuerte que el

dolor de la herida.

Por fin se sintió con fuerzas para ponerse en pie, y tomando la toalla se la arrolló con fuerza a la cabeza. Aquello le produjo cierto alivio, pero el mareo era terrible, y sólo aferrado a algo se mantenía en pie.

Como pudo volvió al pequeño despacho, y buscó la botella del *whisky*, tomando un largo trago. Bebía poco, pero algunas veces le servía de reconstituyente para sus fuerzas agotadas.

La reacción del alcohol le dio nuevos ánimos, aunque no muchos, y entonces decidió lo mejor que podía hacer. El reloj de la repisa marcaba las cinco menos cuarto. En el periódico, ya casi todos debían haberse marchado, pues las máquinas estarían en pleno funcionamiento, pero alguien debía quedar. Quizá Warren, el redactor jefe, aun continuase allí.

Marcó como pudo el número, y una voz le contestó:

—Al habla el «New York Times». ¿Quién es?

La voz ronca de Ralph repuso:

—¿Warren?

—Yo soy. Diga.

—Ralph al aparato.

—¿Usted, Ralph? ¿De qué calibre es hoy su borrachera, que no hay quien reconozca su preciosa voz?

—Escuche, Warren...; no estoy para hablar... Venga a mi casa enseguida... con un médico... Estoy malherido... Me atacaron anoche cuatro pistoleros, y me han partido la cabeza... No tarde, por favor.

El redactor jefe, incrédulo, replicó:

—Oiga, Ralph, no bromea, que no le admito una nueva chuscada. Ya otra vez, completamente bebido, me llamó para ir a tomar los informes de un incendio en Harlem, y me gastó una broma que no se la he perdonado aún.

—¡Por todos los santos, Warren, no me haga hablar mucho! Le digo que es verdad... Se trata del asunto Engel... Venga con el médico... por... favor...

Perdió ánimos, y se escurrió, soltando el aparato para caer de nuevo al suelo. La comunicación quedó abierta, y Warren, intrigado, trató de seguir hablando, mas nadie le contestaba.

Quedó un momento tenso sin saber qué hacer, pero temeroso de

cometer una imprudencia si no hacía caso a la llamada, se decidió.

Tomó el sombrero, pues ya nada tenía que hacer en el periódico a tales horas, y en un taxi fue en busca del médico que atendía al personal de la casa, levantándole de la cama para que le acompañase a casa de Ralph.

Eran casi las seis cuando llegaban a ella. La puerta entornada les advirtió que no había broma en el aviso, y cuando entraron en el despacho encontraron el cuerpo de Ralph, caído junto al teléfono, con la toalla liada a la cabeza y las ropas empapadas en sangre.

Apresuradamente le desnudaron, metiéndole en el lecho, y el médico se apresuró a descubrir la herida.

Por suerte para él, el jarrón lanzado desde el suelo en trayectoria oblicua le había alcanzado de manera ascendente, y por ello no le dio de plano, sino que le rozó hacia arriba produciéndole una larga y aparatosa fisura que empezaba en el nacimiento del pelo y alcanzaba la parte más alta del cráneo.

El doctor, al observar la herida y contemplar el jarrón manchado de sangre, indicó:

—Ha debido ser con ese bonito cacharro con el que le han dado. Ya puede decir que ha tenido suerte, pues si le cogen de plano le ponen los sesos en el techo.

—¿Grave? —preguntó, alarmado, Warren.

—No. Espectacular nada más. Unos puntos de sutura, y dentro de unos días, nuevo. Pero creo que debe aconsejarle que, en lugar de coleccionar cacharos de bronce, colecciona mariposas.

—No sé. Dijo que cuatro pistoleros que habían asaltado el departamento.

—Pues es extraño que, si eran pistoleros, no hayan usado sus armas favoritas... Y por lo que se observa, debió haber pelea. Vea esos muebles caídos.

Hizo intención de levantarlos para ponerlos en orden; pero Warren se lo impidió, diciendo:

—No toque nada, doctor. Si hay huellas, puede borrarlas, y debe recogerlas la policía. Cuando sea hora hábil llamaré al capitán Mahaffey, para informarle.

El doctor, una vez lavada y desinfectada la herida, le cosió ésta con varios puntos y le vendó bien, diciendo:

—Le conviene descansar. Habrá sufridos mareos terribles, y más

vale que con el reposo se le vayan pasando. En fin, yo ya nada tengo que hacer. ¿Se queda?

—No puedo hacer otra cosa. ¿Quién le deja solo en este estado? Cuando sea más tarde, llamaré al hospital solicitando una enfermera para que le cuide.

El médico se despidió, y Warren se dedicó a curiosear por el departamento.

Ralph poseía un pisito muy bien arreglado. Muchas veces en broma afirmaba que lo estaba preparando para cuando naciese la mujer capaz de convencerle de que la vida del hogar era la más apta para un hombre de su temperamento. Siempre había sido un carácter impulsivo tomando resoluciones, y aseguraba que cuando el hombre resuelve casarse, adopta la última decisión de su vida.

Eran las ocho cuando llamaron a la puerta. Warren salió a abrir, enfrentándose con una vieja pulcra y limpia.

—¿Qué deseaba, señora?

—Soy la asistente. ¿Es que no está el señor Tyndale?

—Como estar, ésta, pero... no en muy buenas condiciones.

—¿Cómo? ¿Es que... ha... bebido demasiado?

—Sí, señora, se ha tomado entero ese jarrón de bronce —afirmó, jocoso, el redactor jefe.

—Entero, ¿de qué?

—Entero simplemente, y se le ha subido tanto a la cabeza, que, le ha abierto una herida de diez centímetros. Ahí lo tiene usted.

—Dios santo, ¿es que le han querido robar? Veo esto...

—No toque nada, por favor, hasta que venga la Policía. En efecto, le atacaron anoche con ese jarrón, y por poco le matan. Por fortuna, no le alcanzaron bien, y la cosa no es grave. Señora, quédese aquí a su cuidado, hasta que yo mande una enfermera que le atienda.

—Lo haré con mucho gusto. ¡Pobre señorito Ralph, qué pálido está!

—Bien, señora, hasta luego; pero recuerde que no debe tocar nada hasta que venga la Policía. Sólo atenderle a él si recobrara el conocimiento.

Tomó el sombrero, y en un taxi se dirigió a la redacción.

El primer turno de trabajo ya estaba en sus puestos, y la noticia era del dominio público, pues los ordenanzas la habían divulgado.

Dos docenas de muchachas rodearon a Warren, preguntando a coro:

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué le ha sucedido al niño mimado de la casa?

—¿Cómo está el pobre?

—Encantado de no veros ni oíros. Teclead tranquilas, que aún os quedará tiempo de rifároslo.

—Pero ¿qué le ha sucedido?

—Nada, muchachas. Un pequeño tropiezo. Se le cayó encima un jarrón de bronce y resultó más duro que su cabeza, cosa que yo jamás hubiese creído.

Y apartándolas, pasó al despacho de Carrie.

Ésta había pasado una noche fatal, rabiosa por la nueva burla de Ralph. Se había prometido no mirarle nunca más a la cara, por informal y grosero.

Sólo cuando llegó al periódico y le informaron de la situación del reportero, sus sentimientos variaron. Aunque siempre se resistió a confesárselo a sí misma, estaba enamorada de él, pero su informalidad y frivolidad para con las mujeres siempre había sido un valladar que le impidió hacerle caso cuando la piropeaba.

Pero rabiosa de ver como se lo disputaban las demás y como algunas habían conseguido salir con él alguna vez, decidió no ser menos y aceptar su invitación, sin sospechar que por circunstancias especiales ella iba a quedar rebajada con relación a las otras al sufrir dos plantones consecutivos.

Pero aquella vez la cosa variaba. No había sido culpa de él, sino de la fatalidad, y sentía la angustia de no saber con certeza qué le había sucedido.

Por ello, cuando vio aparecer a Warren, le cortó el paso, preguntando:

—Por favor, señor Warren, ¿qué le ha sucedido a Ralph?

El redactor jefe tenía a Carrie por una muchacha sensata y formal, incapaz de servir de diversión al audaz reportero, e ignorante del compromiso que tenía adquirido con él, repuso:

—Algo que pudo ser grave, Carrie. Asaltaron su casa, anoche, cuatro pistoleros, y le causaron una herida tan profunda en la cabeza que por poco le mandan al infierno, vestido como un *dandy* y con una bonita flor en el ojal de la solapa.

Ella, sin poder evitarlo, estalló en un sollozo, y Warren mirándola asombrado, inquirió:

—Pero, Carrie..., ¿qué le sucede?

—¡Oh, nada, perdón!... Yo..., yo... estaba citada anoche con él para ir a cenar, y... creí... que me había dado plantón.

—¡Cómo! ¿Usted también...?

—No pude rechazarle.

—Vamos, Carrie, olvide eso. No ha sido nada, pero mi consejo es que no haga caso a ése, bala perdida. Jamás habrá mujer que haga carrera de él.

—¿Por qué no? Alguna tiene que ser la elegida.

—La elegida de los dioses, querrá decir.

—Dígame, por favor, ¿qué sucedió?

—Nada, un accidente...

—Usted me engaña...

—Se le disparó a uno la pistola, y...

—¿Por qué? ¿Quiénes eran?

—Ya lo sabrá. De momento se trata de un secreto.

—Yo sé guardar un secreto, señor Warren.

—Sí, pero yo he leído algo sobre eso. Dicen que las mujeres son capaces de guardar un secreto tan bien como un hombre, pero se necesita mayor número de ellas para guardarlo.

Y dejándola con la boca abierta por la contestación, empujó la puerta del despacho del director.

Éste esperaba impaciente. Había sido informado de una manera superficial, y anhelaba saber lo ocurrido.

Warren le dio cuenta de su conversación por teléfono con el reportero, y de lo que había visto, Como Ralph estaba inconsciente, nada pudo averiguar.

—Bien; comunique a Mahaffey lo que sucede para que él tome cartas en el asunto, y ocúpese de que Ralph esté atendido como debe. Los gastos, a cargo del periódico. Ruegue al capitán que cuando sepa algo, me llame por teléfono.

Warren tomó éste, y llamó al Departamento de Investigación para notificar a Mahaffey lo acontecido.

El capitán de Policía, apenas tuvo conocimiento del suceso, se apresuró a visitar a Ralph. Cuando llegó, éste estaba recobrando el conocimiento de nuevo.

Al ver al capitán sonrió con una mueca, y se llevó la mano a la cabeza.

—Una bonita caricia; ¿no le parece, capitán?

—No puedo juzgarla más que a través del vendaje. Si he de juzgar por la cantidad, han debido abrirle hasta la espina dorsal.

—También me duele, capitán. Fue un precioso golpe, del que me quedará recuerdo para tiempo.

—Y gracias que lo puede contar. ¿Qué sucedió?

El reportero le dio cuenta detallada de lo sucedido. El capitán, tenso, comentó:

—Esto hace variar nuestras creencias. Ya no se trata de un criminal o dos solamente, sino de una cuadrilla. Es indudable que esos tipos fueron contratados para rescatar ese libro al que tanto valor le dan. Tenemos que dividir en dos categorías a los asesinos; los que ejecutan las órdenes, como meros instrumentos, y los que dirigen. Dígame: ¿qué contiene ese libro que aún no he visto?

—El diablo que lo sepa, capitán. Es un tratado químico sobre aplicación de sustancias en las enfermedades mentales, sin duda muy útil para el invento de Engel. Debe ser la clave de la fórmula, puesto que lo buscan con tanto ahínco.

—Lo cual da a entender que no han encontrado lo que deseaban.

—O que lo que han encontrado no es suficiente para sus necesidades.

—Celebraría que así fuese, porque esto nos permitiría trabajar con menos preocupación y más tranquilidad. En tanto no tengan la fórmula completa, nosotros la habremos perdido, mas ellos no la disfrutarán. Del mal, el menos. ¿No conoce a ninguno de aquellos tipos?

—No; pero puedo jurar que pertenecen a algún *gang*. Su tipo inconfundible de pistoleros no se me despintó.

—Habrá que hacer una razia por ahí pero... quién sabe, acaso hayan dejado huellas, y...

—No se molesten. Saben trabajar, y precisamente todos calzaban guantes. Despídase de eso.

—Es una pena.

—No se preocupe, que alguno caerá. Fueron unos estúpidos presentándose a cara descubierta. Mañana, cuando me levante, pasará por el Departamento, y usted me mostrará todas las fotos

que guarda en su archivo. Quizá pueda reconocer alguno.

—Muy bien, eso sería interesante. Ahora lo que necesito es ese libro para echarle un vistazo.

—Bien; pero preferiría que no saliese de la caja fuerte del despacho de mi director. Si cayese en sus manos...

—¿Cómo?

—Podían atacarle como me atacaron a mí, o de otra manera. Para gente de esa naturaleza no hay barreras.

—No se preocupe. Iré con un coche y varios agentes a recogerlo. ¿Ha encontrado algo en él?

—Sí, unas triples cifras agrupadas en algunos márgenes del libro. Es un galimatías difícil.

—Las estudiaremos, y, si es preciso, acudiremos a algún técnico en claves. Hay que descifrar eso como sea pues a lo mejor tenemos la solución en nuestras manos.

—Bien, no quiero ponerle obstáculos, ya que hemos decidido trabajar juntos. Cuando quiera, vaya por el libro.

—Más tarde iré en su busca.

—¿Y usted no tiene nada que decirme?

—Muy poco. Mis agentes han localizado la imprenta donde se imprimieron las tarjetas de ese Salomón Steele. Se trata de, un pequeño establecimiento de la parte vieja de la ciudad. Reconocieron haberlas impreso allí, y las señas que dieron del que las encargó, coinciden con las que usted me facilitó.

—No es mucho, salvo que un día el dueño pueda reconocer en rueda de presos o por fotos al que las encargó... Oiga: ¿se enteró si dio el nombre para ellas de palabra, o presentó aquél escrito para reproducirlo?

—No, no me han dicho nada...

—Sería interesante averiguarlo, pues si lo dio escrito y conservan el papel, puede ser un testimonio por el tipo de letra.

—¡Condenación, es cierto! Cuando yo digo que la Policía se ha perdido en usted un magnífico agente. Voy a mandar a que reclamen ese original.

Luego se levantó, diciendo:

—Ahora vendrá una enfermera a atenderle. Yo me voy, porque tengo mucho que hacer, pero llamaré más tarde.

—No ha debido molestarse. Mañana me levantaré, de todos

modos.

—Y mandaré también un agente que custodie la casa y le acompañe donde vaya.

—No, no. No me gustan las niñeras con barba.

—A mí, sí, sobre todo cuando alguien puede ofrecerle el biberón en el cañón de una Star. Hasta luego, y que se alivie.

—Gracias. Oiga: ¿quiere hacerme un favor?

—¡Cómo no! Dígame qué es.

—Cuando vaya al periódico, dígle a la señorita Carrie, la secretaria del director, que lamento la mala noche que la hice pasar esperándome, pero que no fue culpa mía. Añada que pienso mucho en ella, y que queda en pie la invitación. Esto la confortará.

—Cumpliré su encargo, si eso puede aliviarle. Me temo que está usted bordeando ciertas redes donde le van a coger como a un pez novato.

—Oh, no; nada de eso. Pero Carrie es una buena muchacha, y la aprecio. Mis anhelos amorosos necesitan de un campo de aterrizaje en el que quepan muchos aviones en forma de corazón. Buena suerte, capitán.

Éste se despidió del reportero, y regresó al Departamento. Desde allí envió un agente a custodiar la morada del periodista, y más tarde, despachado lo más urgente, se dispuso a ir a la redacción del «New York Times» en busca del tratado de química, pero tuvo que desistir. En aquel momento era llamado al Departamento de Guerra, y decidió dejar para más adelante la recogida del libro. El secretario estaba impaciente por saber qué se había logrado en el esclarecimiento del crimen, y le llamaba para obtener informes personalmente.

CAPÍTULO IX

EL VALOR DE UN LIBRO DE QUIMICA

Al siguiente día, como prometiera, Ralph se levantó de la cama. El médico había vuelto a curarle quitándole el vendaje y colocándole un ancho esparadrapo que disimulaba bastante la herida. Como ésta nacía en la parte alta de la frente, con el sombrero podía ocultarla a los ojos de la gente, en tanto no se descubriese.

Se sentía algo flojo y un poco mareado, pero se administró un baño, bebió dos buenos tragos de coñac y se notó más fortalecido.

El incidente había sido soslayado, y no pensaba dar cuenta de él en el periódico. En su día, cuando se hiciese una información detallada de todo, saldrían a relucir muchas cosas que de momento merecían ser silenciadas.

Como era más de media tarde, se dirigió directamente al Departamento de Investigación, a ver a Mahaffey. Suponía que éste tendría alguna noticia que darle.

—Es usted fuerte, Ralph —comentó el policía—. Otro hubiese tenido cama para Quince, días.

—Y yo; pero no quiero perder tiempo. Cuando termine este maldito asunto, tomaré mis vacaciones y marcharé a disfrutarlas y a descansar. ¿Qué tiene que decirme?

—Muy poco. Se han realizado averiguaciones en su casa para encontrar alguna pista. El portero no vio subir a los pistoleros, porque estaba en el sótano a esa hora. Por ahí falló toda información.

—Dígame, antes que se me olvide: ¿encontraron huellas útiles en el segundo registro de la finca de Engel?

—Algo. Hemos encontrado las mismas huellas que el primer día, y otras nuevas, éstas identificables. Corresponden a un sujeto llamado Eddie Libman que perteneció a la célebre cuadrilla de Moran en Chicago. Le acusaron de asesinato y robo, no pudiendo probarle más que esto último. Fue condenado a siete años de prisión en San Quintín, pero se fugó hace seis meses y no se volvió a saber una palabra de él. Ha debido refugiarse aquí con algún nombre falso y nadie sabe cómo se ha mezclado en este asunto.

—Eso ya es algo. Lo peor que han podido hacer es recurrir a gente conocida, porque, tarde o temprano, ésta es descubierta.

—Sí; habrá que buscar a fondo para localizar a ese tipo, suponiendo que esté en Nueva York.

—¿Tiene usted el retrato?

—Sí; ahora lo verá. Por último, le diré que hemos encontrado el facsímil de la imprenta de ese misterioso Solomon Steele. Por casualidad, en la imprenta lo guardaban entre otros originales, y lo iban a tirar. Aquí está.

Le mostró un trozo de papel blanco, con el nombre y apellido escritos a mano. El autor demostraba poseer una excelente cultura, porque la letra era clara, elegante, enérgica y precisa.

—Ya vamos reuniendo algo —afirmó Ralph—. Me afianzo en la idea de que esto pertenece a la cabeza visible del ataque, y que se trata de alguien nada vulgar. Será tonto pretender localizarle por él mismo, y en cambio, si cogemos a alguno de sus satélites, la cosa variará. Ahora, haga el favor de llevarme a su archivo, donde yo pueda examinar su preciosa galería de indeseables. Quizá en ella encuentre alguna cara conocida.

El capitán le llevó al archivo, donde enormes montones de fotos de un tamaño 25 por 16 formaban un voluminoso «stock» bien clasificado.

El joven, pacientemente, fue tomando las carpetas y repasando los rostros de los fotografiados. Todos ellos, hombres relativamente jóvenes, de rasgos duros, de miradas agresivas algunos, mal afeitados, y muchos con el clásico uniforme de los presidiarios.

Conforme los iba revisando, comentaba:

—Un hermoso racimo digno de la silla eléctrica, capitán. Por ejemplo, aquí veo a Tom Maxwell, dos veces condenado a muerte e indultado no sé por qué misterios del Universo; aquí está Bing

Taylor, que asaltó el Banco de Chicago y se cargó a dos empleados: éste es Tony «El Bizco», del gang de Al, uno de los pistoleros más hábiles de todo Chicago, y escurridizo como una serpiente. Éste es...

Apartó la foto, y miró el nombre del margen.

—Éste es... uno de los que me visitaron anoche. Le desconocía por completo.

—Procede de Filadelfia. Enviaron su ficha para que le tuviésemos presente, por si dábamos con él.

Siguió repasando fotos, y volvió a separar una.

—Éste —dijo— fue el que me encañonó, y al que tumbé de un puñetazo. Fue el que me tiró el jarrón a la cabeza. No le había visto en mi vida.

—Es un bicho de cuidado, Ralph. Lo más tirado del hampa, y lo más hábil con una pistola en la mano. Guárdese bien de él, que no le perdonará lo que le hizo. Ha sido matón de garitos en varios Estados, y tiene a su cargo unas cuantas muertes. Dos veces le atraparon, y las dos se fugó; una, matando a dos policías. Nunca hemos podido saber dónde se esconde.

—Entonces, ¿cómo tienen su foto?

—Es antigua. Se le tomó la primera vez que fue detenido por una riña en un garito. No pudo evitar que se le fichase, pero de esto hace cinco años.

—¿Cómo se llama?

—Reinhard Ickes.

—Bien. Creo que de momento no hay más que hacer. ¿Qué va a intentar?

—Mandaré sacar copias de estas fotos y las repartiré entre mis hombres para que investiguen todos los lugares más sospechosos, a ver si los descubren. Si cazamos a alguno, él nos llevará a la cabeza visible.

—De acuerdo. Que tengan cuidado con ellos, no se malogre el asunto. Son las únicas pistas posibles que tenemos a mano.

—Enviaré lo mejor de mi gente a realizar el servicio.

—Bueno; ahora voy al periódico. No he visto aún a mi director, a quien debo dar detalles del suceso.

—Espere, que le acompaño. Ayer no pude ir en busca del libro y... por ello no me fue posible cumplir su encargo.

—¿Cuál?

—El de tranquilizar a su beldad.

—¡Ah! Supongo que ya lo habrá hecho Warren.

Mahaffey dio orden de que preparasen su auto, y en unión de Ralph, el conductor y otro agente, abandonaron el Departamento para dirigirse al periódico.

El auto era un turismo cerrado de seis plazas y de un buen rodar.

Llegaron al «New York Times» sin novedad alguna, y el director les recibió cariñosamente.

El paso de Ralph por la gran sala de trabajo fue como el desfile del héroe de la Independencia. Todas las muchachas abandonaban sus puestos para formar corro ante él, interesándose por su estado.

Mahaffey comentó:

—Diablo, Ralph, es usted el niño mimado de la redacción... ¿Cuántos corazones va tirando por la escalera cuando baja? No podrá con todos en el bolsillo.

—Guapo que es uno, Mahaffey. Cuando usted pueda presumir de físico como yo, podrá hacerme la competencia.

—Me temo que ya es tarde para eso. Si acaso, cuando vuelva a nacer.

—Tampoco podrá. Usted no ignora que nuestra segunda encarnación será en el cuerpo de un animal.

—Entonces pediré encarnar en una mariposa. Siempre me tratarán con más mimo que si encarno en un pollino.

—Pues ahora no le tratan tan mal —repuso con ironía el reportero.

Carrie recibió al joven con nerviosismo, y su primer cuidado fue quitarle el sombrero para ver qué le habían hecho. Se estremeció al observar la extensión de la herida.

—¡Qué salvajes! —comentó.

—Sí, querida. Querían dejar una viuda antes de tiempo. En fin, monada, olvidemos eso. Conste que mantengo mi promesa.

—Pero no enseguida, Ralph. No está para andar de noche por la calle de ese modo. Aparte de que tengo miedo de que vuelvan a atentar contra usted.

—Gracias, cariño. Si necesitas llorar por mí, te daré mi pañuelo. Es bastante más amplio que el tuyo.

—No gaste bromas. Me moriría de dolor si por mi causa...

—No te preocupes. Tengo los huesos muy duros. Bueno, encanto, perdona, que tenemos que ver al señor Chapman. Ya nos pondremos de acuerdo sobre esa cena. Las flores corren de mi cuenta.

Y empujó la puerta del despacho.

Después de cambiar impresiones con el director, el capitán mostró interés en ver el libro, y allí mismo estuvieron comentando las acotaciones de los márgenes.

Ninguno acertó a dar un significado viable a las cifras. Estaban de acuerdo en que se trataba de una clave, pero no encontraban la manera de descifrarla.

—Me lo llevaré —dijo Mahaffey— y lo encerraré en mi caja, nadie será capaz de ir a buscarlo allí. De momento es desorientador lo que contiene, pero en los ratos que no tenga mucho trabajo, me dedicaré a examinarlo con más calma.

—Y yo le ayudaré. Tenemos que poner a contribución nuestro ingenio.

El policía tomó el libro, y, poniéndoselo debajo del brazo, se despidió.

—Me marchó. ¿Se queda usted, Ralph, o quiere que le lleve a algún sitio?

—Sí. Lléveme a la «General Post». Tengo que echar unas cartas al correo.

Salieron a la calle. Un poco más arriba, junto a la puerta del «Cine Hipódromo», esperaba el auto. La pareja cruzó la Broadway y subió al vehículo. Éste descendió por Times Square a la Séptima Avenida, y al alcanzar la esquina de la Estación de Penslyvania, entró por la Calle Treinta y Tres, para ganar la Octava Avenida, donde se hallaba el edificio de la Central de Correos.

Cuando cruzaban la citada calle, Ralph volvió la cabeza y echó un vistazo hacia atrás por el recuadro de cristal de la trasera del coche. De un modo impreciso se fijó en un auto negro que, a gran velocidad, avanzaba a cincuenta yardas del de la Policía, y que forzaba la marcha para alcanzarlos.

Siguió mirándole, distraído en su avance, observando que se ponía al lado derecho de la calle para pasar junto al automóvil que ocupaban, y de repente, cuando se les echaba encima, observó

como algo lanzaba unos reflejos metálicos al herir el sol la ventanilla.

Y rápido como una centella, al adivinar que se trataba de los cañones de dos pistolas ametralladoras, se lanzó sobre Mahaffey, tirándole bruscamente con él al piso del coche, gritando:

—¡Cuidado!... ¡Los *gangsters*!

De modo inmediato, el coche negro pasó rozando el suyo como una exhalación, y vibró el sordo y metálico tableteo de las pistolas ametralladoras, clavándose las balas en el hueco de la portezuela y en la parte trasera del coche.

Los tiros retumbaron como el redoble alocado de varios tambores al horadar la carrocería del coche, mientras el vehículo agresor, al rebasarles, continuaba su alocada carrera por la Calle Treinta y Tres hacia el oeste. Por suerte, tanto el conductor del auto, un policía sin nervios, ya avezado a tales avatares, y el agente que con él ocupaba el «baquet», se habían dado cuenta del peligro al oír el grito del reportero; el primero, con serenidad y de un modo temerario, había hecho girar el volante presentando casi el coche de espaldas cuando la rociada de balas le buscaba en el volante, y su compañero, echando mano al revólver, había descargado todo el contenido del arma contra el costado y la trasera del misterioso vehículo, sin más satisfacción que haber clavado sus proyectiles en la carrocería, pero sin conseguir detenerle.

Cuando, pasado el peligro, el conductor enderezó el rumbo y se lanzó en persecución del agresor, ya éste llevaba una gran delantera, y torcía hacia la Octava Avenida en dirección sur.

Mahaffey, pálido pero entero, se irguió en el interior del auto, diciendo:

—Gracias, Ralph. Le debo la vida... ¿Está bien?

—Por fortuna, ileso.

—¿Y ustedes? —preguntó a los dos policías.

—Bien, jefe. Walter tuvo mucha serenidad virando, cuando podían cosernos a balazos.

—¿Les alcanzaremos?

—No lo creo, jefe —repuso el conductor—. Nos lleva una buena ventaja y es un turismo muy potente. Pero trataré de alcanzarle.

—Abra la estación —ordenó Mahaffey, serenamente—. Vamos a ver si conseguimos acorralarle.

Con toda tranquilidad empezó a lanzar órdenes por radio.

—¡Atención!... ¡Atención todos los coches policiales que patrullan en el sector oeste, desde la Calle Treinta y Tres a Riverside y hacia el sur! ¡Atención! Detengan como sea precioso coche «Studebaker», negro, turismo, matrícula Nueva York; no pudimos ver el número... Deténganle, teniendo en cuenta que lleva pistoleros armados de ametralladoras. De ser posible, necesito vivo a alguno de sus ocupantes. Aquí, el coche del capitán Mahaffey. ¡Atención!

Cerró la emisión, y se mantuvo atento al altavoz.

Entretanto, su coche, desatendiendo las señales del tráfico, y haciendo sonar estridentemente el claxon para reclamar paso libre, volaba materialmente sobre el asfalto, tratando de localizar el auto fugitivo.

Cuando ellos alcanzaban la esquina de la calle, y salían a la Octava Avenida, ya el otro coche entraba en la Calle Veintinueve, pero con dirección al centro. A sus ocupantes no les interesaba dirigirse hacia el río, donde podían ser acorralados más fácilmente.

Los altavoces empezaron a funcionar:

«Aquí, coche

A-29,

de patrulla en la Octava Avenida. Coche señalado acaba de cruzar por la Calle Veintinueve, con dirección a Broadway; imposible alcanzarle».

«Aquí, coche 51, a la altura del “New York Hotel”. “Studebaker” descendió como un rayo hacia el sur, por la Calle Veinticinco hacia la Avenida del Parque. Hemos disparado sobre él, sin poderle detener. Le seguimos, pero su marcha es demasiado veloz».

El auto de Mahaffey ya había perdido de vista al perseguido, y aunque seguían rodando a buena velocidad, sólo lo hacían guiándose por las indicaciones de los coches de servicio puestos en persecución del fugitivo.

Así, con aquella información continuada, fueron sabiendo que sus enemigos habían subido por la Avenida del Parque; pero antes de alcanzar la Estación Central terminal, habían torcido a la derecha, hacia el Este, como si buscasen los sitios ya menos frecuentados, y les interesase alcanzar los pueblos del otro lado de Manhattan.

En un alarde de audacia, velocidad y desesperación, habían ido

burlando la persecución y desorientando a los coches policiales que maniobraban alocados tratando de no perder su ruta, hasta que, tras media hora de emocionante caza, Mahaffey captó un nuevo aviso:

«Aquí, coche de la Policía N-83-B. En Cuenboro, a la altura de la Calle Cincuenta y Nueve Este. Hemos localizado el coche negro abandonado a la entrada del puente de hierro. En su interior hay un cadáver. Esperamos órdenes».

El capitán, con un gesto de disgusto, abrió la comunicación:

—Esperen ahí. Llego dentro de unos minutos. Al habla el capitán Mahaffey.

Dio orden de dirigirse al puente, y comentó:

—Han sido demasiado audaces, y han tenido mucha suerte. Al parecer han podido escapar, aunque dejando parte de su presa. Tengo curiosidad por saber quién es el muerto.

Cuando llegaron al lugar donde el auto se hallaba detenido, saltaron a tierra, y un agente con graduación de sargento, salió a su encuentro, disculpándose:

—Volaban como demonios, jefe. Les hemos perseguido algún tiempo, pero nos burlaron. Cuando descubrimos el coche estaba aquí parado, y no vimos nadie por los alrededores.

—Bien, sargento; no les culpo de nada. También a mí se me escapó, después de pretender mandarme al infierno.

Al avanzar, observó que la parte trasera del coche había encajado cuatro impactos, quizá los dirigidos por su agente cuando fueron atacados. Tiró con fuerza de la portezuela y metió la cabeza.

Un bulto yacía tirado en el suelo. El asiento trasero y el fondo del coche estaban manchados de sangre...

Dio la vuelta al cadáver, y le miró. Volviéndose hacia Ralph, dijo:

—Vea. Ahí tiene usted a uno de sus amigos.

El periodista lo examinó, comentando:

—Jacques Block.

—El mismo. Le alcanzó una bala en la cabeza y no tuvo salvación. No les importó dejarle abandonado, suponiendo que su cadáver nada nos diría. Me pregunto quién es esa gente de tanto nervio.

—Ya le dije que la consideraba peligrosa. La lucha se endurece, y no sé cómo va a terminar. Me gustaría saber contra quién de los

dos iría dirigido el tiroteo y por qué.

—Por el libro, Ralph. Temen que descubramos la clave, y, si no lo podían rescatar, al menos nos privaban de traducirla. Me pregunto si le acecharían a usted, y, al verme a mí con él bajo el brazo, intentaron evitar que me lo llevase.

—Es muy posible que ésa sea la causa. Creo que por ello se impone descubrir esa estúpida clave. No sé por qué Engel apelaría a ese truco.

—Quizá porque, siendo un hombre leal, temía que le atacasen y se la robasen. No olvide los atentados y traiciones anteriores.

—En efecto. A veces me digo que una depuración rígida entre el personal de laboratorios sería muy útil. No concibo cómo hombres sabios y amantes de la libertad son capaces de vender esos secretos robados a su patria, en beneficio de naciones de tipo dictatorial.

—El dinero es codiciable, y el que lo recibe se ríe de las democracias, viviendo en ellas con dinero de las dictaduras.

Dio orden de poner el coche en marcha y llevarlo al Departamento de Investigación para su examen, así como del cadáver. No esperaba sacar mucho de ello, pero no debía descuidar detalle alguno.

—Haga buscar al propietario del auto —indicó Ralph—. Eso es interesante.

—Será robado o algo así. No son tan tontos como para facilitarnos una pista tan valiosa.

Ya en el Departamento, los expertos buscaron toda clase de huellas, y el auto fue sometido a una inspección rigurosa, así como el cadáver del pistolero. Éste guardaba en su bolsillo quinientos dólares en billetes de diez, todos nuevos.

No se le encontró documentación alguna, pero bastaba su ficha para la identificación.

Más tarde, le fue comunicado al capitán que las huellas localizadas eran tan débiles y borrosas que no servían para nada.

Como ya no restaba nada que hacer, Ralph se despidió de Mahaffey, diciendo:

—Le dejo. Necesito ir al periódico, para redactar el reportaje de esta sabrosa aventura. El hecho de haber figurado como protagonista me da un valor extraordinario para fantasear a mi gusto. No, no me mire así. No diré nada que comprometa las

indagaciones futuras.

—¿Cómo va a justificar el tiroteo?

—Me excluiré modestamente diciendo que le acompañaba por casualidad y que el atentado obedece a ciertas indagaciones que estaba usted realizando para limpiar de indeseables la ciudad.

—Me parece bien. Esos tipos están al cabo de la calle de lo que hacemos; pero, por si acaso, pasaremos a sus ojos por más tontos de lo que somos. Que piensen lo que quieran y que sigan cometiendo locuras, que en alguna caerán. Han perdido un poco el control de sus nervios, y esto es mala cosa.

—Sí; pero con tal de que no destrocen los nuestros a tiros, todo marchará bien... Hasta mañana.

—No; espere. No puedo dejarle salir a cuerpo descubierto. Un coche blindado le llevará al periódico y doblaré la guardia que le vigila. Me temo que no le dejen hacer las digestiones muy tranquilo.

—Pudiera suceder, pero conste que yo necesito moverme sin trabas. Compadezco al que tenga que seguir mis pasos.

Estrechó la mano del policía, y se encaminó al periódico. Allí habían llegado noticias de una persecución de película por las calles de Nueva York, pero se ignoraba lo sucedido y contra quién iba la redada.

Por ello, apenas entró en el periódico, Warren le dijo:

—Corra. El director quiere verle.

Chapman, excitado, apenas vio entrar a Ralph, exclamó:

—¿Se ha enterado de un tiroteo espectacular contra un auto?

—Sí, me he enterado.

—¿Y qué hace aquí, que no está en busca de la información?

—Ya se la traigo.

—¡No me diga! Si no ha tenido tiempo...

—Estoy mejor enterado que nadie de ese asunto. Los modestos actores del drama hemos sido el capitán Mahaffey y yo.

—¿Qué me dice?

—Que nos han perseguido a tiros de ametralladora al salir de aquí, y por un milagro lo contamos. Mejor testigo del drama, no puedo encontrarle.

Y relató toda la odisea de una hora antes.

—¡Magnífico! —comentó el director—. Así el reportaje será algo formidable. Vamos, Ralph, ¿qué hace ahí parado? Corra a escribirlo.

—Está bien jefe. Pero conste que aumentará la gratificación y los días de vacaciones. Eso de que yo figure entre los protagonistas del suceso no se ha contratado.

—Usted llegue al final de este asunto con todo éxito, y yo sabré cómo proceder.

Y le empujó fuera del despacho, para que se apresurase a ponerse ante la máquina de escribir.

CAPÍTULO X

LOS ACONTECIMIENTOS SE PRECIPITAN

La información del día siguiente publicada por el New York Times fue ávidamente leída por todos los aficionados a los relatos espectaculares. Ralph, muy hábil manejando la prosa periodística, dio amenidad y emoción al relato, y su papel como reportero subió cien grados; pero, en definitiva, nada dijo que alterase lo que todos sabían respecto al asesinato del profesor Engel.

Luego, transcurrieron cuatro días en completa calma. Parecía que la emoción de los primeros momentos se iba desvaneciendo, y el propio Ralph empezó a confiarse respecto a los peligros que podían acecharle.

En aquellos días intentó convencer a Carrie de que fuesen a cenar y a bailar, pero ella, asustada, se negó. En tanto los asesinos y pistoleros no fuesen apresados, no quería que el joven se expusiese a un serio peligro.

Ralph pareció interesarse más que nunca por ella, y, a falta de algo mejor, todos los días salía en, su compañía —siempre seguido por los dos policías—, a almorzar en un restaurante automático; por las tardes, al abandonar el trabajo, también la acompañaba a su casa. Parecían dos novios muy acaramelados, y en realidad, el periodista se iba interesando por ella más que por ninguna otra.

Al quinto día recibió un aviso de Mahaffey para que fuese a verle a su despacho. El joven acudió, intrigado.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—No sé —dijo, febril, el policía—. Le llamo respecto al libro. He pasado dos noches casi en vela estudiándolo, y creo que he

encontrado al menos un punto de apoyo para deducciones futuras. Veamos.

Abrió el libro, y señalando algunas cifras de las apuntadas, preguntó:

—¿Se ha fijado usted en que el número central es siempre el 1 o el 2?

—Pues... sí, aunque no di mucha importancia a ese detalle...

—Yo, sí; y he hecho una deducción. Yo creo que esto es un criptograma, que se refiere a las páginas de un libro.

—¿Por qué?

—Porque, aunque por regla general están compuestos a una columna, algunos presentan dos, que es el caso de éste.

—Espere. Entonces, eso podía indicar que algunas palabras a buscar deben ser encontradas en un libro, en la columna primera o segunda de ciertas páginas.

—Ésa es mi sospecha.

—Espere; en tal caso... ¡Ya está! El número primero debe referirse a la página; el segundo, a la columna, y el tercero...

—El tercero, a la línea de dicha columna.

—Sí; pero... la pista queda rota.

—¿Por qué?

—Porque cada línea tiene varias palabras, y haría falta una nueva cifra para indicar qué palabra de la línea es la que hay que entresacar.

—Diablo, es cierto. Ya no cuadra, y, sin embargo, apostaría a que la clave está aquí.

—Probemos, aunque perdamos el tiempo. ¿Por dónde empieza?

—La primera cifra es

6-1-17.

—Veamos... Página 6, columna primera, línea diecisiete... Aquí está, y dice; «Por estudios profundos verificados en...». Cinco palabras en la línea. ¿Cuál escogemos?

—Pues no lo sé... ¡Qué pena!

Ralph, se quedó contemplando la hoja fijamente y luego, para mejor examinarla, tomó una lupa que había sobre la mesa. Al hacerlo, observó, debajo de una de las palabras un minúsculo agujero muy disimulado, algo como una perforación efectuada con la punta de un alfiler. Nervioso, indicó:

—Veamos la página siguiente cuál es.

—Aquí está:

9-2-15.

Volvió a utilizar la lupa, aplicándola a la línea quince de dicha hoja, y otra vez descubrió el mismo imperceptible pinchazo. Febril, afirmó:

—Ya está, capitán. Tome una pluma y vaya apuntando las palabras que yo le diga.

Empezó en la página 6, para luego seguir correlativamente las indicaciones según iban apareciendo marcadas, y dictó:

—«Por... dos... veces... he... observado... que... alguien... en... el... laboratorio... ha... manipulado... mis... notas...».

Se detuvo, sudoroso, preguntando:

—¿Tiene sentido lo dictado?

—Claro que lo tiene; véalo. ¿Cómo lo ha descubierto?

—Porque las palabras clave están señaladas con pinchazos de alfiler, muy leves para que pasen inadvertidos. Continuemos, que tenemos la clave en nuestras manos.

Media hora más tarde, sin dificultad alguna, el mensaje había sido traducido. Cuando se acabaron las notas marginales, el capitán, tomando el papel, indicó:

—Escuche el mensaje completo. Dice así:

«Por dos veces he observado que alguien en el laboratorio ha manipulado mis notas sobre el cultivo de unos bacilos que pueden provocar la locura en grandes masas humanas. Concluido el trabajo, y en ensayo la fórmula, no quiero exponerme a que consigan su objeto, y he decidido tomar precauciones.

»Quien sea capaz de traducir las notas de este libro, encontrará la fórmula escondida en la doble tapa primera del libro Trastornos de los órganos cerebrales, de este autor. Bastará despegarla con cuidado para encontrarla. Sólo deseo que, si me sucede algo, caiga en manos de quien tenga más razón para aprovecharla».

Los dos se miraron con ansia, y Mahaffey comentó:

—Resulta poco concreto.

—Sí; pero tenga en cuenta que tuvo que atenerse a palabras escritas en el libro, y no podía escoger las contundentes que él hubiese necesitado. ¿No es bastante?

—Creo que sí, y, por fortuna, ése fue uno de los libros que recogí la noche del asalto. Vamos a ver si no nos sentimos defraudados al final.

Buscó el montón de libros que guardaba en un clasificador, y los puso sobre la mesa. Ávidamente buscó el tomo aludido, y ambos lo examinaron.

Era un libro encuadernado con tapas muy gruesas de cartón, forradas con tela. Se precisaba desencuadernarlo y separar las tapas para manipular en ellas.

Lo hicieron con sumo cuidado, y más tarde las sumergieron en agua templada, para reblandecer la goma que pegaba la tela a los cartones.

Cuando por fin ésta se ablandó y pudo ser arrancada, la tapa se convirtió en dos cartones unidos, y al separarlos, prensado por ellos, apareció al mismo tamaño un trozo de papel impermeable, esmeradamente doblado.

Lo desdoblaron con sumo cuidado, y un grito de triunfo salió de sus gargantas. Allí, en papel biblia muy fino y en muchos dobles, aparecía la fórmula, plagada de cifras, datos y signos para ellos ilegibles.

El capitán, abrazando al periodista, exclamó:

—¡Hurra, Ralph! Hemos triunfado, gracias a su ayuda.

—Y a la suya, candan. Usted encontró una pista y yo la completé. ¡Qué información más fantástica para los lectores de mi diario, cuando se pueda publicar!

—En efecto, cuando se pueda publicar. Aun no es hora.

—Bien, ¿qué piensa hacer ahora?

—Muchas cosas, Ralph. Libre de la pesadilla que suponía pensar que esto se hallase en manos enemigas, podremos trabajar con tranquilidad y desahogo. Ahora ya no tengo agobios ni miedo. Lo primero que haré será llevar la fórmula al Departamento de Guerra, para que se hagan cargo de ella, y después... hay que encauzar los trabajos por otros derroteros. Nos hemos obsesionado con esos

gangsters que sólo son instrumentos, y hemos descuidado buscar las fuentes principales. El muerto, al parecer, nos facilita una pista más segura. Si sospecha que en el laboratorio donde trabajaba alguien seguía con interés sus trabajos, cabe suponer que en él hay traidores interesados en robar el invento, y esto abre nuevos horizontes. Tendremos que fijar nuestras sospechas en el personal técnico y someterle a una rigurosa vigilancia.

—Tiene usted razón. Pero ahora, muerto Engel, es difícil averiguar nada. El asunto salió ya del laboratorio y entró en un terreno distinto. Dudo que sea tiempo de investigar allí.

—Quizá, pero no se puede desperdiciar ninguna posibilidad.

—De acuerdo, aunque creo que habría que inventar algo más práctico y disimulado para cazar a los autores del crimen, porque, aunque se haya descubierto la fórmula, no por eso se va a renunciar a cazar al criminal y desenmascararle.

—Claro que no.

—Entonces, vamos a estudiar algún cebo positivo. Esa gente no renuncia a poseer este libro, que es la clave para llegar a la fórmula. De algún modo que no sospechamos tienen noticias de él y lo ansían. Explotemos éste ansia de posesión a modo de trampa.

—¿Cómo?

—No sé... Habría que estudiarlo. De momento, guarde todo eso como está, y vamos a estrujarnos la cabeza en busca de un buen cebo. Ni usted ni yo somos tontos, y podemos encontrarlo.

—De acuerdo; pero ahora no es momento. Estamos muy nerviosos para razonar con serenidad.

—Opino lo mismo. En fin, hemos salvado un escollo de los más difíciles, y debemos sentirnos satisfechos de momento. Estudiemos cada cual una fórmula, y después las examinaremos fríamente. La mejor, será la elegida.

Se despidió del capitán, y se encaminó a la redacción.

Por un momento sintió tentaciones de dar cuenta a Chapman del descubrimiento, pero, temiendo las impacencias de éste por dar noticias sensacionales, optó por callárselo. Tanta o más impaciencia sentía él, y se la aguantaba para no malograr el éxito de la empresa.

Chapman le preguntó cómo iban las cosas. Se quejaba de que había decaído el interés sobre aquel asunto, y no había nada sensacional que lo reemplazase.

—Tenga calma —contestó Ralph—. Estamos trabajando como fieras, y esperamos, no tardando mucho, resolver este endiablado asunto. Usted sabe que nadie nos pisará esa información, porque me pertenece por derecho propio.

Al salir, se detuvo en el antedespacho. Carrie trabajaba ávidamente.

—Oye, ricura —dijo el joven—; creo que ha llegado el momento de que cumpla ese bonito programa que nos han estropeado por dos veces. A la tercera va la vencida, y va a ser esta noche.

—No, Ralph; estás aún en peligro, y no quiero que por mi causa...

—No seas tonta. Escucha; tengo dos policías que me guardan con más celo que al Presidente de la Nación. Esto es una garantía.

—Sí; pero a pesar de eso...

—No seas miedosa. Quiero que cenemos juntos esta noche, para contarte algo que ni el director sabe. Estamos a punto de resolver el misterio, y hemos descubierto cosas sorprendentes.

—¿De verdad? ¿Qué es ello?

—Esta noche te lo diré. Es un secreto que no me pertenece y que sólo tú lo sabrás.

—No te creo.

—Me creerás, porque ya sabes el axioma: «La gente se lo cree todo, con tal de que se lo cuenten en secreto».

—No seas estúpido. No creo que irás a contarme un embuste pensando engañarme porque me lo dices en secreto...

—A ti no, desde luego. ¿Quedamos en eso?

—Bueno; si te empeñas... Pero oye, no vayas a buscarme a mi casa, Está retirado aquello, y temo que pueda sucederte algo. Quedemos citados en un sitio céntrico, donde podamos reunirnos sin que nadie se atreva a atentar contra ti.

—Está bien, muñeca. ¿Dónde te parece bien?

—Pues... en la Avenida Madison, esquina a la calle Cuarenta y Dos, junto a la puerta del «Hotel Lincoln».

—De acuerdo. A las nueve, allí. Ponte guapa, que, quiero que se mueran de envidia todas las mujeres que te rodeen esta noche.

—¿A dónde iremos?

—Lo iré pensando. A un sitio donde luzcas como mereces. Bien, ricura, ahora me voy.

Ralph se retiró a su domicilio, donde se sabía seguro a causa de los dos agentes que vigilaban la finca, y allí se entregó a proyectar las más disparatadas trampas para cazar a los asesinos de Engel, pero ninguna le satisfacía.

A las ocho, con la cabeza pesada, tomó una buena ducha y empezó a acicalarse. Buscó un terno nuevo color humo, que aún no había estrenado, y se arregló con exquisito cuidado. Poco a poco, la seriedad y el encanto de Carrie se estaban apoderando de él, y empezaba a tomar en serio una posible relación formal con la muchacha.

Eran las nueve menos veinte cuando se sintió satisfecho de sí mismo y descendió a la calzada. Detuvo un taxi y le dio orden de dirigirse al lugar de la cita, donde llegaba a las nueve menos cinco, seguido de cerca en otro coche por los dos agentes.

Ralph se apeó, y, situándose a la entrada del concurrido hotel, paseó displicente contemplando el movimiento que afloraba en torno a él. Era la hora de las luces detonantes de los comercios, los cines, las fachadas y los anuncios luminosos. Una orgía mareante de luces policromadas, cambiaban a cada segundo la tonalidad de la calle, y tan pronto recibía los reflejos rojos como los verdes, azules o amarillos, sobre sus ropas, dándole la sensación de hallarse en el tablado de un teatro, bajo la luz cambiante de los reflectores.

Y el tiempo empezó a transcurrir, sin que Carrie apareciese.

A las nueve y media, concediendo un margen prudencial de retraso a la muchacha por ser mujer, empezó a impacientarse, a las diez se sentía nervioso y a las diez y media desorientado. No era posible que ella se hubiese retrasado tanto, ni que olvidase el lugar de la cita.

Acuciado por un extraño presentimiento, cruzó a la otra acera, y buscó la farmacia más próxima, llamando por teléfono a la casa de la joven. Su madre acudió al aparato.

—¿Quién llama? —preguntó.

—Oiga, señora: ¿está la señorita Carrie?

—No, señor. Salió a las nueve menos cuarto, porque estaba invitada a cenar en casa de una amiga. ¿Deseaba algo?

—No, perdone. Le llamo desde la redacción para preguntarle un dato que nos hacía falta ahora. ¿Dice que salió a las nueve menos cuarto?

—Sí, a esa hora justamente.

—¿No sabe a dónde iba?

—No. Me dijo que cenaba en compañía de una amiga.

—Gracias.

Ralph, perdiendo el control de sus nervios, no supo qué hacer. No quiso dar cuenta a la madre de Carrie de que nada se sabía de la muchacha, y aun siguió esperando, aunque sin esperanzas. Algo le había sucedido a Carrie, y no acertaba a suponer el qué.

A las doce marchó a la redacción del periódico, y desde allí, usando el teléfono durante una hora, estuvo llamando a los puestos de socorro y a las comisarías, por si se sabía de algún accidente. Nadie le dio razón de nada que pudiese interesarle, y desesperado, sudando como un condenado, se dejó caer sobre un sofá, preguntándose a qué obedecería la desaparición de la joven.

Ya no era hora de llamar a Mahaffey para darle cuenta de sus angustias, y, destrozado de los nervios, continuó allí llamando cada hora a los mismos lugares, sin descubrir nada nuevo.

Cuando amaneció parecía un desenterrado. Estaba lívido y desencajado, y la lengua reseca parecía un estropajo en su boca.

Tomó un vaso de *whisky* en el bar privado del New York Times y empezó a contar los minutos que faltaban para poder ver a Mahaffey, pero a las siete y media llamaron por teléfono.

Era la madre de Carrie. Angustiada, preguntaba si allí sabían algo de su hija, que no había regresado a su casa en toda la noche.

Fue un tormento para Ralph tener que decirle que ignoraba su paradero, aunque le prometió que inmediatamente empezarían a hacer gestiones para saber de ella.

A las nueve decidió marchar al Departamento de Investigación. Cuando salía, como loco, un ordenanza que recogía la correspondencia del buzón de entrada, le llamó:

—Señor Tyndale, aquí hay una carta para usted.

La tomó con avidez, creyendo que podría ser de Carrie, pero al rasgar el sobre y buscar la firma vio que carecía de ella.

La iba a guardar en el bolsillo, cuando algo llamó su atención, y se detuvo para leerla. Un rugido de rabia y desesperación brotó de su garganta al leer el anónimo contenido...

La misiva decía, escuetamente:

«Mr. Tyndale:

»Se ha entrometido usted demasiado en un asunto que no le incumbía, y ya es hora de demostrárselo crudamente.

»El otro día se negó a devolver el libro que se llevó de la biblioteca de Engel y recibió una caricia a modo de aviso. No le mataron en el acto porque ese libro le protegía; pero si se obstina en retenerlo, no le salvará nadie.

»Para convencerle de que debe devolverlo, y ya que está tan bien guardado que nada se puede intentar contra usted, hemos decidido apelar a otros procedimientos. Anoche hemos raptado a su novia, y la tenemos en nuestro poder, como rehén. Su vida vale por la devolución de ese libro, y usted ha de decidir si debe morir o no.

»Por lo tanto, nuestro ultimátum es éste. Si está dispuesto a devolvernos ese libro, le prometemos que, una vez en nuestro poder, la joven será libertada; pero, si se niega, cuente que un día aparecerá flotando su cadáver en el río.

»Mañana, viernes, publicará en su periódico un anuncio firmado con sus iniciales, en el que dirá: "Conforme. Espero instrucciones". Si así lo hace, las recibirá para la entrega del libro, y podrá volver a ver a su adorada. Si el anuncio no aparece o es negativo, no vivirá al anochecer».

«Piénselo bien, y decida».

Ralph respiró con alivio al leer el anónimo. Carrie vivía, aunque su vida corría un serio peligro. Tenía que decidir, y decidiría. Sin pérdida de tiempo tomó un taxi y se dirigió al despacho de Mahaffey, a darle cuenta del dramático incidente.

CAPÍTULO XI

EL PRINCIPIO DEL FIN

Mahaffey le escuchó asombrado, y estudió el anónimo, sin sacar nada en limpio de él. Luego, mirando intensamente al joven, preguntó:

—Bien, ¿qué quiere usted que haga?

—Devolverme el libro.

—No hay inconveniente. Ya carece de valor, y con él podemos tender una trampa a esos buitres.

—Si nos dejan. Supondrán que he de dar parte del asunto, y habrán tomado sus medidas para evitar caer en ella. No quisiera que se hiciese eso, porque, siendo la muchacha un rehén, si se logra cazar a alguno, la matarán.

—Pero piense que es la ocasión única de...

—Escuche, tengo un plan. Ayer no podía coordinarlo, pero este incidente me ha dado la clave. Voy a devolver el libro como me piden, lealmente y sin trampas. La vida de Carrie, lo primero.

—Muy bien. ¿Y después?

—Cuando esté libre, mi plan es el siguiente: Si consiguen descifrar el sentido de las cifras, sabrán por él que el libro que buscan no es ése precisamente, sino el otro, y necesitarán buscarlo. Esta vez supondrán lógicamente que el libro definitivo está en la biblioteca de Engel. Para conseguirlo no tienen otro remedio que entrar en la finca y desvalijarla de nuevo. Ése es un asunto que le compete a usted evitar sea como sea.

—Sí, eso es lógico; ¿y si no lo intentan, por miedo?

—Para ese caso reservo una bonita trampa. De momento,

dejemos el asunto así, a ver qué intentan. Usted haga encuadernar de nuevo ese libro, y, con los otros, llévelo a la biblioteca de Engel. En lo demás, usted sabrá cómo obrar.

—No tendré más remedio que hacerlo así, por la vida de Carrie, pero es un contratiempo.

Tomó el libro clave, y se lo entregó, diciendo:

—Tome, aquí lo tiene.

—Gracias. Prométame que no hará nada que pueda ocasionar la muerte de Carrie.

—Se lo prometo.

Ralph guardó el libro debajo de su chaqueta, y abandonó el Departamento para regresar a la redacción, donde dejó el texto del anuncio que debía ser publicado al día siguiente.

Fueron para él horas de angustia que no se calmaban de ningún modo. En la sede del New York Times se había producido un gran revuelo al saber la desaparición de la joven, y el director quería publicar una información a toda página, pero Ralph le suplicó que no lo hiciera. Le aseguró que antes de que transcurrieran muchas horas Carrie se encontraría de nuevo libre y en condiciones de trabajar.

A la mañana siguiente, después de aparecer el anuncio, recibió otra carta por medio del buzón del periódico. En ella se le decía, escuetamente:

«Se encerrará usted en su habitación toda la tarde, y a las siete en punto la abandonará con el libro, y se dirigirá a Columbus Circle. En algún lugar del trayecto le pedirán el libro, que deberá entregar sin decir palabra.

»Tenga en cuenta que esa persona que lo reciba no sabe nada, y, aunque la capturen, poco puede decir.

»En cambio, si a determinada hora no se le ve donde se le ha citado, la joven prisionera habrá dejado de existir. Por lo tanto, renuncie a todo intento de trampa, porque nuestras medidas están bien tomadas».

Ralph cumplió lo ordenado, y aquella tarde se recluyó en su casa

con el libro, y a las siete en punto abrió la puerta y descendió por la escalera.

En el piso inferior se cruzó con un hombrecillo de aspecto vulgar, quien le detuvo, diciendo:

—Un momento: ¿es usted el señor Tyndale?

—Sí. ¿Qué deseaba?

—Deme el libro y vuelva a su habitación. Durante cinco minutos no se moverá de ella si aprecia la vida de su novia. Pasado ese plazo, queda en libertad de obrar como quiera. Tome, para que lo lea después de ese tiempo.

Le entregó una carta lacrada, y descendió mientras le seguía con la vista hasta verle desaparecer en el interior de su departamento.

Ralph, con el corazón angustiado, rompió los lacres y buscó el contenido. El pliego, decía:

«Calle Ochenta y Cuatro, Oeste, 654, sótano».

Angustiado, esperó más de los minutos que le habían señalado, y, luego, llamó a Mahaffey, dándole cuenta de lo sucedido.

—Muy hábil —fomentó el policía—, abordándole antes de salir a la calle. Aunque lo hubiésemos seguido, nada habríamos descubierto. Bien; ¿qué supone que es esa nota?

—El lugar donde tienen encerrada a Carrie.

—En ese caso, venga a buscarme en un taxi. Iremos a ver si es cierto.

Diez minutos después, Ralph, el capitán y dos policías salían en un auto policial camino de la calle Ochenta y Cuatro.

Se trataba de una casa de mediano aspecto, en cuyo interior, en un patio, había varios sótanos alquilados para almacenar cajones y mercancías.

Hubo necesidad de registrar varios de aquellos oscuros y sucios locales hasta descubrir en uno a Carrie, tirada en un rincón entre paja, sólidamente amarrada y amordazada para que no gritase.

Cuando la joven vio llegar a Ralph, sintió una alegría salvaje, y apenas fue librada de sus ligaduras y de la mordaza cayó en los brazos del reportero, gimiendo, atacada de una crisis de nervios.

Cuando por fin se calmó, pudo dar algún detalle de lo que le había sucedido. Al salir de su casa, un taxista se le había ofrecido a llevarla donde quisiera. Al montar en el coche sintió como alguien

se ponía a su espalda y le aplicaba un revólver al costado. Entró con ella en el auto, bajó las cortinillas y echaron a rodar sin poder ver adonde la llevaban.

El intruso le dijo que si se mostraba razonable nada malo le iba a suceder. Serviría de rehén para obligar a su novio a entregar algo que no le pertenecía, y, si así lo hacía, le devolverían la libertad.

Fue llevada a un lugar descampado, donde había un cobertizo, y la encerraron en él, con un vigilante bien armado.

Más tarde la invitaron a tomar un poco de café. Ella lo aceptó porque sentía frío, y, apenas lo hubo ingerido, quedó dormida sin saber más. Cuando despertó se hallaba en aquel sótano, fuertemente amarrada e imposibilitada de gritar.

Durante horas y horas sufrió la angustia de que Ralph no hubiese accedido a entregar lo que le pedían. Le habían amenazado con matarla si así era, y a cada minuto temía que lo cumpliesen.

Ralph, muy emocionado, le acariciaba el sucio cabello y secaba sus lágrimas pidiéndole que se calmase pues ya todo había pasado y nada más le sucedería.

Ralph se volvió al capitán, diciendo:

—Se me había olvidado preguntarle algo, y ahora lo hago al pensar en el medio que han usado para traer aquí a Carrie. ¿Qué descubrió usted sobre el «Studebaker»?

—Que la matrícula de Nueva York era falsa. Lo habían adquirido en Chicago, de segunda mano, y se desconocía al comprador.

—Y ahora, ¿cómo habrán podido hacerse con el auto?

—Eso es fácil. Lo habrán robado, en algún descuido del conductor. Ya verá como alguien da parte de ello.

—Es de suponer, capitán. ¿Quiere prestarme su auto para llevar a Carrie a su casa? De esta manera no puede salir a la calle.

—Que la lleven allí, y vuelva a buscarme. Mientras, voy a realizar algunas indagaciones.

El reportero hizo subir a la joven al auto y emprendieron el camino de su casa.

Cuando el periodista regresó después de haber calmado la angustia de la madre de la muchacha y dejar a la joven tranquila, regresó en busca del capitán. Las gestiones que éste había realizado no le dieron mucha luz.

El sótano había sido alquilado una semana antes para almacenar

mosaicos para una obra. El contrato se había firmado a nombre de un tal Wells, nombre que debía ser falso, y, una vez pagado el alquiler adelantado, recogieron las llaves, y sólo habían estado una vez portando un gran cajón, cajón en el que debieron trasladar a Carrie después de haberla narcotizado en algún barracón abandonado de las orillas del río.

Mahaffey, que ya había tomado medida a sus enemigos y sabía que no eran gentes necias que hacían las cosas a tontas y a locas, dijo al periodista, cuando regresaban al Departamento de Investigación:

—Sospecho que de esto no sacaremos nada en limpio. Lo único que pudo habernos, ayudado fue sorprender al que recibió el libro, y... ahora...

—Ahora vamos a esperar a ver cuál es su reacción. Supongo que no descuidará reforzar la guardia dentro de la finca de Engel, por si la asaltan. Son capaces de intentar un golpe a estilo *gángster*.

—Ya he pensado en eso, y voy a mantener escondidos media docena de hombres duros, armados con pistolas ametralladoras. Yo sé bailar al son que me tocan, pero si no intentan nada... no sé qué podré hacer para forzarles a salir del anónimo.

—Yo se lo diré. Quizá no resolvamos nada, pero puede ser un buen truco para hacerles picar en el anzuelo.

—Dígame qué se le ha ocurrido.

—Esto. Si pasada una semana no intentaran un golpe espectacular, pondrá usted un anuncio en los periódicos advirtiéndole que, por falta de herederos legales, se pone a subasta la biblioteca del profesor Engel. Recalque que se subastará entre los libreros y en bloque, no fragmentariamente.

—¿Por qué así?

—Muy sencillo; porque convocando a los libreros, quien sea, adquirirá toda la biblioteca y se la llevará. De no ser así, esos sapos celarían algo y no se presentarían a comprar nada por temor a hacerse sospechosos. De esta manera los adquiere un librero y se los lleva, poniéndolos a la venta a particulares, y entonces, cualquiera, como un simple cliente, puede llegar allí, revolver estanterías, escoger libros y comprar lo que quiera sin llamar la atención.

—Ya..., y nosotros colocamos gente que vigile a los presuntos compradores, y cualquiera que muestre interés por el libro que

contenía la fórmula es detenido. Me agrada la idea, Ralph, porque demuestra que tiene usted mucho ingenio.

—Un poco nada más, capitán. Ahora estoy más interesado que nadie en capturar a esos buitres. No puedo perdonarles el trato que han dado a Carrie, ni el mal rato que me hicieron pasar a mí por su causa.

—Bien. Entonces esperaremos unos días, y, si no sucede nada, procederemos a subastar la biblioteca.



—Es el mismo que me golpeó en la cabeza—dijo Ralph,
reconociendo al temible Rinhard.

Ralph se despidió de él, para volver al lado de Carrie.
La joven necesitaba de sus consuelos para olvidar.

* * *

Transcurrieron varios días, sin que se produjese ningún nuevo suceso. Carrie, después de dos días de reposo, se reintegró a su

puesto, siendo objeto de la curiosidad de sus compañeras, que la asediaban a preguntas. La muchacha se vio obligada a saciar aquél afán morboso de sensacionalismo, dando pelos y señales de su rapto.

A los ojos de todos, la pareja se convirtió en un par de héroes, y como las asiduidades de Ralph para con ella se habían acentuado, las demás se vieron obligadas a resignarse, cediendo el paso a la rival afortunada.

El joven tuvo que luchar mucho con su director para conseguir que no diese publicidad al asunto del rapto. Estaban cimentando el edificio de su seguro éxito, y podían malograrlo con narraciones inoportunas.

Ralph se esforzó en hacer comprender a la muchacha que el peligro para ellos dos había pasado. Devuelto el libro, ambos se alejaban del suceso, y todo quedaba reducido a un duelo entre la policía y los asesinos.

Tanto insistió, que terminó por convencerla para que repitiesen la cita tantas veces truncada, cenando, juntos una noche. Ya era maleficio que por tres veces se les estropease el plan, y Ralph estaba decidido a quebrar la *jettatura*.

Por fin logró convencerla. Iría él en su busca con un auto, y la devolverla a su casa del mismo modo.

Carrie terminó por ceder, y dos noches después, a las nueve, Ralph se presentaba en el domicilio de la joven en un auto cogido al azar en el camino, para evitar caer en una nueva trampa, aunque no lo temía ya.

Por el camino, Carrie preguntó:

—¿A dónde me llevas, Ralph?

A un lugar muy típico, al «Restaurante Moneta», en Mulberry Street; es un restaurante italiano muy concurrido y muy bien puesto. Tiene un enorme comedor, con palmeras discretas y luces indirectas. Algo muy original.

Cuando llegaron, un camarero italiano, que hablaba un desastroso inglés, les cortó el paso con zalemas, preguntando qué lugar preferían. Ralph, poniéndole cinco dólares en la mano, dijo:

—Un rincón discreto, palmeras que perfumen, una luz color de rosa en el centro y flores naturales.

—¡Oh, señor! Claro, claro; comprendo. Un lugar..., ¿cómo diré?,

un lugar donde se puedan tirar los besos con las puntas de los dedos sin llamar la atención.

Carrie se ruborizó, pero Ralph, enérgico, contestó:

—Nada de eso, *mio caro*; la gente que tira los besos con la punta de los dedos es una perezosa estúpida, y yo... soy un trabajador incansable.

Y, arrastrando a la joven, siguió al camarero, quien, atravesando por entre las filas de mesas, les llevó a un rincón delicioso al fondo del salón.

Las exigencias del joven fueron satisfechas. Una enorme palmera de abiertas hojas, les ocultaba casi a la vista de los clientes, y la luz suave de un portátil pequeñito iluminaba en rosa los manteles y la vajilla.

—¿Ves qué bien? —comentó él—. Aquí nadie diría que estamos nosotros.

Después de escoger platos, empezaron a cenar con buen apetito. El local se fue llenando, y cuando estaban terminando su feliz cena, penetró un grupo de cinco hombres jóvenes, de unos treinta a treinta y cinco años, vestidos con elegancia, pero de tal forma que parecían figurines *standard* de algún modisto neoyorquino.

Había pocas mesas desocupadas, por lo que se vieron obligados a sentarse ante una, casi en el centro del salón. Hablaban y reían ruidosamente, y llevaban en sus abultados labios sendos puros encendidos.

Carrie tomó su copa para beber, y al levantarla y tender la mirada al frente, por entre las hojas de la palmera, se estremeció, y, casi derramando el líquido, dejó la copa sobre el manchado mantel.

Ralph, extrañado de aquella actitud, exclamó:

—¡Carrie! ¿Qué te sucede? ¿Te has mareado?

Ella, temblorosa y a media voz, suplicó:

—Por favor, Ralph, que no nos vean aquellos tipos que acaban de sentarse en la mesa del centro. Aquel que está casi de frente... fue... fue... el que me raptó la otra noche.

El reportero apartó discretamente las hojas y echó un vistazo a la mesa. Al hacerlo, sintió que sus músculos se contraían, pues el hombre que ella señalaba como su raptor era el temible Reinhard Ickes, el mismo que a él le había lanzado el jarrón.

Pero Ralph no perdió la serenidad. Con acento enérgico, aunque

en voz baja, dijo:

—Escucha, Carrie: no te muevas y estate tranquila. Yo también le conozco, pues es el mismo que me golpeó en la cabeza. Es un *gángster* de cuidado, y los que le acompañan son de su misma condición.

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

—Tú, estarte quieta y dejarme a mí. Este asunto no seremos nosotros quienes lo resolvamos, sino Mahaffey.

—Pero...

—Sigue como estás, que no pueden verte, y déjame hacer. No temas, que no te comprometeré.

Echó un vistazo discreto. A su izquierda, había una puerta que ignoraba a dónde conducía. Cuando cruzó cerca el camarero, le detuvo, preguntando:

—¿Dónde está el teléfono?

—Por esa puerta, señor. A la izquierda hay dos cabinas.

—¿Y el W. C. de señoras?

—Al fondo del pasillo.

—Gracias.

Dejó transcurrir unos minutos. El quinteto había empezado a cenar y parecía distraído. Ralph se levantó, se volvió de espaldas y ganó la puerta.

Ya en la cabina del teléfono, llamó al Departamento de Investigación. Mahaffey no estaba, pero habló con el inspector de servicio, dándose a conocer.

—Necesito localizar sin pérdida de tiempo al capitán. El asunto es urgentísimo.

—Pues apunte este teléfono, por si está en su casa.

Se lo dio, y Ralph estableció la comunicación. El capitán estaba trabajando en su despacho.

—Aquí, Ralph. Mahaffey: ¿puede venir al «Restaurante Moneta», en Mulberry Street? Tengo una gran caza para usted.

—¿De quién se trata?

—De Reinhard Ickes. Está cenando aquí, con otros cuatro.

—¡Rayos del infierno! ¿De verdad?

—Sí, y es el mismo que raptó a Carrie.

—Bien. ¿Habrá tiempo si tardo veinte minutos?

—De sobra.

—Pues espere, que tardaré ese tiempo.

—Escuche, pongámonos de acuerdo. Tengo aquí a Carrie y quiero sacarla del local. Dígame en punto la hora en que llegará.

—Pues... son las once menos cuatro. A las once y cuarto en punto entraremos ahí.

—De acuerdo; yo les esperaré.

Volvió junto a Carrie, y trató de distraerla diciendo que cuando aquella gente saliese la detendrían, pero dos minutos antes de las once y cuarto ordenó:

—Carrie, levántate y vete al lavabo. No salgas hasta que yo te avise.

—Pero...

—Date prisa. Mahaffey va a entrar con sus agentes, y esto no será apto para señoras. Allí estarás segura.

—¿Y tú?

—Cuando le vea entrar y le señale quiénes son, te seguiré. Vamos, no te entretengas.

La muchacha, asustada, obedeció, y salió por la pequeña puerta. Apenas había desaparecido penetraron en el salón media docena de individuos de paisano, y, al frente, el capitán Mahaffey.

Ralph, al verle, se levantó y extrajo el revólver que llevaba en el bolsillo del pantalón, ocultándose tras la palmera.

Mahaffey avanzó seguido de sus hombres, pero el grupo, que debía estar prevenido contra contingencias de aquella índole, apenas les vieron entrar los reconocieron, porque Ickes, poniéndose en pie y llevando la mano al bolsillo, gritó:

—¡Cuidado! ¡La «bofia»!

Fue Ickes el primero en pretender usar la pistola. El ladrido del arma atronó el salón, sembrando la alarma entre los concurrentes, y Mahaffey, a quien le pasó rozando el primer proyectil, no anduvo remiso en la contestación. Su pistola vibró metálica, seguida por las de los policías y por las de los *gangsters*, que, tratando de parapetarse tras la mesa, disparaban buscando a sus enemigos, quienes, conociendo la terrible puntería de los sin ley, habían tomado sus precauciones, agachándose y buscando protección en mesas y sillas.

El revuelo fue espantoso; las mujeres gritaban, histéricas, y caían desmayadas; algunos hombres corrían a buscar amparo en los

rincones del salón, y otros se pegaban al suelo, asustados y lívidos, tratando de ofrecer el menor blanco a las armas que ladraban ferozmente en medio del pandemónium más espantoso.

Ralph, parapetado tras la palmera y de espaldas al grupo, echó un vistazo al campo de batalla. Quería intervenir por sorpresa, pero con eficacia, y así, cuando vio como Ickes le daba la espalda y disparaba por debajo de la mesa buscando a Mahaffey, tomó como blanco al peligroso *gángster* y disparó.

El primer proyectil se le clavó en la espina dorsal, haciéndole saltar como un muelle. El dolor le obligó a ponerse en pie, pero apenas había asomado la cabeza por el reborde de la mesa, una ráfaga de disparos le alcanzó, segándole materialmente. El bandido se desplomó, quedando en el *parquet* encogido como un grotesco pelele.

Uno de sus compañeros, al darse cuenta de que alguien inopinadamente había disparado sobre ellos por la espalda, se volvió con violencia, buscando a su agresor. Ralph, al enfrentarse con él, le reconoció como el llamado Eddie Libman y, sin darle tiempo a disparar sobre él, repitió el tiro. La bala alcanzó en un brazo al *gángster*, quien, rabioso, movió el brazo izquierdo, cambiando el arma de mano para continuar la lucha.

Pero el periodista, nada dispuesto a recibir de nuevo plomo en su cuerpo, no vaciló en seguir disparando sobre él, y dos balas más le abatían antes de darle tiempo a usar la pistola con la mano contraria.

Ya otro de los pistoleros se retorció trágicamente en el suelo, alcanzado en el estómago, y uno de los policías había caído atravesado de un balazo. Sólo dos malhechores se defendían desesperadamente, dispuestos a no rendirse.

Mahaffey, escondido tras la mesa, gritó:

—¡Rendíos! ¡No podréis escapar!

La contestación fue una rociada de proyectiles, buscándole. Se intensificó el tiroteo, y Ralph, dispuesto a ayudar al capitán, se arrastró desde su escondite y abrió fuego sobre los supervivientes, después de haber recargado el revólver.

Uno recibió un tiro en un muslo y rodó por el suelo sin soltar el arma. Furioso la volvió contra el periodista, pero en aquel momento un policía le encañonaba a través de una mesa, clavándole dos

proyectiles que le inutilizaron por completo.

El único que se había salvado hasta aquel momento, al verse solo, dudó un momento; pero temiendo sin duda entregarse, pues se sabía perdido de modo irremisible, saltó como un gamo y echó a correr hacia la puerta del fondo, tratando de escapar si era posible.

Fue un acto de audacia no esperado. Ralph disparó sobre él, sin acertarle, pero cuando parecía que iba a ganar la puerta, Mahaffey, que se había puesto en pie, disparó siguiendo su trayectoria.

El bandido emitió un gemido angustioso y se detuvo, echando hacia atrás el busto. Luego giró como una peonza y lentamente fue perdiendo fuerzas, hasta caer en la misma puerta, donde quedó atravesado.

El tiroteo cesó como por encanto. Un silencio angustioso siguió al cese de los disparos, y luego un clamor como si aquello se hubiese convertido en una casa de locos.

Los camareros, venciendo el miedo, se apresuraron a intentar poner orden en el mobiliario derrumbado. Las vajillas aparecían rotas o diseminadas por el suelo, los manteles pisoteados, las flores esparcidas y los clientes, unos huían aún, presa del pánico, y otros, más enteros, se apresuraban a auxiliar a las mujeres, algunas desmayadas y otras víctimas de ataques de nervios.

Mahaffey, pálido pero enérgico, gritó, tratando de imponer orden y lamentándose de lo ocurrido, pero la Ley era la Ley, y antes que dejar escapar a aquellos indeseables peligrosos, acusados de muchos crímenes, no pudo dudar en aceptar la batalla.

Ralph se acercó a él. El capitán, tendiéndole su mano, dijo:

—Gracias, Tyndale, no sólo por su aviso, sino por su ayuda. Se ha portado usted admirablemente, y se ha cargado con limpieza a los dos pistoleros más peligrosos de nuestro archivo.

—Tenía que cobrarme lo del jarrón.

—Veamos qué ha quedado de este saldo de carroñas. Me temo que muy poco aprovechable.

Uno de sus hombres atendía al policía herido, al que llevaron de allí a un reservado para curarle, mientras el resto ayudaba a Mahaffey y a Ralph a revisar los caídos.

Los tres más destacados, Ickes, Libman y otro, habían muerto de modo fulminante; el último, al pretender escapar por la puerta, acababa de expirar, y sólo quedaba con vida uno de ellos, aunque

gravemente herido.

Restablecido un poco el orden, Mahaffey pidió la presencia de las ambulancias, y en una aparte fue depositado el cuerpo del herido para llevarle a una clínica de urgencia, mientras en otra se llevaban los cadáveres.

Mahaffey invitó a Ralph a seguirle, pero el joven se excusó de momento. Debía recoger a Carrie, que estaría asustadísima, y llevarla a su casa, pero prometía reunirse con él en cuanto la dejase.

—En ese caso, búsqume en el Departamento. Cuando tome declaración a ese sapo, iré allí. Adiós, Ralph, y gracias.

El reportero estrechó su mano y se dirigió al tocador de señoras en busca de la atribulada Carrie, que debía estar muerta de pánico ante el tiroteo.

CAPÍTULO XII

LA CELADA

Cuando Ralph llegó al Departamento, Mahaffey acababa de entrar en el despacho. Parecía desalentado.

—¿Qué pasó?

—Nada. Está muy grave y no pudo hablar.

—Ha sido una pena. Entre cinco no poder sacar nada útil de ninguno.

—Quizá no hubiesen dicho nada. Ya me figuré que algunos, como Ickes y Libman, no se entregarían. Sabían lo que les aguardaba, y prefirieron caer matando, si podían.

—¿Sabe quiénes son los otros?

—Aún no. Cuando tomen las huellas, pero es igual. Todos eran lobos de la misma camada.

—Sí, y presiento que tendremos que seguir hasta el final. ¿Hay tranquilidad en el hotel de Engel?

—Completa. Nadie se ha atrevido a intentar el asalto.

—Habrá que esperar, y, si no, apelar al truco que le indiqué, a ver qué resultado da. En fin, es tarde, y no quiero que mi periódico salga mañana sin esta información. Voy a redactar el reportaje.

—Tenga cuidado con lo que dice. Si se da mucho bombo es fácil que alguno de la cuadrilla de esos tipos le busque y le dé lo suyo.

—Renunciaré al papel de héroe y me convertiré en un mero espectador. Hasta mañana.

Y se dirigió a la redacción para realizar su trabajo.

Al día siguiente, tanto el New York Times como todos los diarios, dedicaban extensa información al suceso. Había sido una de

las batallas campales más duras contra, los *gangsters*, y el nombre de Mahaffey aparecía aureolado, por la gloria del éxito.

Se daba como muertos a los cinco en el tiroteo. Esto fue algo que el capitán recalcó, pues figurando como muertos en la lucha, los que se habían valido de ellos no se alarmarían y continuarían creyéndose impunes.

Transcurrieron tres días más, sin que nada alarmante se produjese. El hotel de Engel continuaba, al parecer, solitario, pero bien guardado; nadie se había atrevido a asaltarlo.

Mahaffey, desesperado, decidió forzar la situación. Puesto que nadie iba a la montaña, la montaña iría hacia ellos, y se decidió a publicar el anuncio.

Éste apareció en los más importantes diarios, en lugares bien visibles. Se hacía un llamamiento a todos los libreros para que examinasen la biblioteca en un día determinado, y al siguiente a las doce de la mañana, se procedería en subasta pública a la adjudicación.

Como Ralph había advertido, los libros no se darían sueltos. Quien se los llevase habría de aceptar el lote completo, y después que hiciese con ellos lo que mejor le pareciese.

El capitán rogó al reportero que no apareciese por el hotel durante la subasta, por si su presencia resultaba sospechosa. Había figurado demasiado en el asunto, y le conocían lo bastante para sospechar una celada si acudía.

La mañana del examen, una docena de policías, algunos disfrazados de curiosos, estuvieron en el despacho, mientras casi dos docenas de conocidos libreros revolvían el contenido de la amplia biblioteca y calculaban el valor científico de los libros.

Mahaffey estuvo presente durante el examen, pero no descubrió nada de particular entre los visitantes. Muchas caras le eran conocidas, y todo parecía que se deslizaba como sobre ruedas.

A las dos se dio por terminado el examen, y al día siguiente, a las doce, un subastador oficial acudió a proceder a la adjudicación con todos los requisitos que la Ley ordenaba.

Al grupo de libreros se habían sumado algunos curiosos, a quienes debían interesar algunos de los libros a subastar. Sabiendo quién era el librero que se quedaba con el lote, podían acudir a su establecimiento a adquirir los que desearan.

La primera oferta fue de ochenta dólares, mejorada de modo inmediato a cien. Luego fueron aumentando lentamente las pujas, hasta que media hora más tarde, había un postor que daba doscientos diez dólares.

Como nadie mejoró la oferta, a él le fue adjudicado el lote.

El postor era un gran librero de la *Madison Avenue*, tan conocido en la ciudad que el capitán no tuvo que hacer pregunta alguna sobre él.

Pero cuando el librero llegó a su tienda, se encontró con una nota del Departamento de Investigación en la que se le advertía:

«Si alguien le pide alguno de los libros que acaba de adquirir en la subasta del hotel de Engel, no despache ninguno. Alegue que está catalogándolos, y hasta mañana no los pondrá a la venta. Esta noche espere en su casa la visita del capitán Mahaffey, quien le informará».

En efecto, aquella noche el capitán visitaba al librero. Éste, extrañado, preguntó:

—¿Qué significa esta nota, capitán?

—Significa que puede ser el cebo para atrapar al asesino del profesor Engel. Alguien le mató para apoderarse de uno de esos libros. Voy a indicarle concretamente cuál es. Se titula *Trastornos de los órganos cerebrales*.

—¿Qué contiene ese libro?

—Ya nada, pero contenía algo muy interesante. El criminal lo anhela, y lo seguro es que venga en su busca.

—Bien, ¿y qué debo hacer?

—Nada más que una cosa. Mañana aparecerán en su mostrador dos nuevos dependientes, encargados de despachar los libros del profesor Engel. Cualquier pedido sobre el lote habrá de ser traspasado a ellos para su despacho. Usted marque los precios, y no se preocupe de más.

—Muy bien; pero me temo que eso pueda producir algún escándalo, si no es algo más, en mi establecimiento.

—Trataremos de evitarlo, pero si es preciso la Ley está por

encima de todo. Entre los clientes que se pasarán las horas pidiéndole libros para examinar habrá dos policías más de espectadores para acudir en auxilio de sus fingidos dependientes. Espero que entre los cuatro no les sea difícil atrapar y reducir al que buscamos.

—Está bien, capitán; como no puedo oponerme, nada le digo; pero, de haber sabido que esto podía acarrear complicaciones, no hubiese acudido a la subasta.

—Un buen ciudadano no puede decir eso.

—Pero un buen comerciante, sí.

—¡Pero si esto le puede servir de reclamo! El público es sensacionalista, y la morbosa curiosidad le hará venir a su librería para reconstruir mentalmente la escena de la detención.

—Aun así. Tengo bastante clientela para no necesitar de esos reclamos.

Vencida la resistencia del librero, aquella noche le visitaron los dos policías que debían actuar como falsos dependientes, y fueron citados al día siguiente a las nueve para tomar posesión de sus eventuales empleos.

Los libros habían sido colocados aquella tarde en una estantería única, y el librero les señaló el lugar donde se hallaba el codiciado tomo.

Los dos policías, en previsión de tenérselas que haber con gente decidida, colocaron dos pistolas debajo de la tabla del mostrador para tenerlas a mano, aparte de otras dos que llevaban en los bolsillos.

Apenas abrieron, entre el público que acudió a solicitar libros aparecieron los dos falsos clientes que no debían separarse del mostrador durante el tiempo que el establecimiento permaneciese abierto, y el capitán Mahaffey y Ralph tomaron posiciones en una cafetería fronteriza, desde la que no perdían de vista el establecimiento, y en la que debían esperar el resultado de su estratagema.

El capitán se mostraba nervioso. Se daba cuenta de lo que significaba el fracaso si fallaba el truco, y, sin poder contenerse, apuntó:

—Me temó que no sean tan necios que piquen en este anzuelo.

—¿Por qué no?

—No sé. Me parece un poco infantil.

—No diga simplezas. Lo parece porque, inventado por nosotros, pierde virtualidad a nuestros ojos; pero, en la realidad, ¿qué tiene de sospechoso? Se salda el lote, lo adquiere un comerciante de prestigio, y se queda con él, como es lógico. Al día siguiente lo pone a la venta, y el primero que llegue se lleva lo que le interese, y en paz.

—Claro, muy claro; pero dígame: ¿qué pasaría si ahora alguien se presentase, pidiese ese libro y le detuviésemos, y luego resultase un honrado ciudadano, estudiante de Medicina, profesor o cualquier otra cosa?

—Diablo, en eso no habíamos pensado. Sería algo lamentable que echaría por tierra todos nuestros cálculos.

—Pues hay que pensar en ello.

—Bueno; hasta cierto punto. Nadie conoce los libros que Engel tenía en su biblioteca, y sería mucha casualidad que ése precisamente, que también se vende en otras librerías, fuese solicitado en ésta por un desconocido. Yo no me siento tan pesimista.

—Porque no tiene mi responsabilidad. En fin, pidamos que la suerte se incline del que más razón tiene.

Y encendió nervioso su pipa, sin perder de vista la entrada a la librería.

Eran las diez de la mañana cuando entraron dos clientes. Uno de ellos, alto, muy rubio, con los ojos grises y el mentón muy pronunciado y otro bajito y regordete, de cara ancha y ojos malignos. Los dos empezaron a mirar los estantes laterales, donde el público podía escoger los libros alineados y examinarlos.

Pasaron un buen rato manoseando tomos, de los que escogieron tres, que dejaron sobre el mostrador. Luego, acercándose a un dependiente, el individuo alto y rubio preguntó:

—¿Tiene catálogo de obras de Química y Física?

—Sí, señor; aquí tiene usted.

Le entregaron el catálogo, que fue examinado sin prisa y recorrido de punta a punta.

—Deme la Química razonada, de Hendel —pidió.

El libro le fue servido. El cliente, después de abarcar con la mirada los surtidos estantes, preguntó:

—¿No tiene más obras fuera de catálogo, que traten de esta materia?

—Pues sí, hay algunas, pero aún no hubo tiempo de imprimir los suplementos.

—Es que me gustaría adquirir las obras completas del profesor alemán Guillermo Burgrave...

—¿De Burgrave? No sé, pregunte en aquella sección.

Y le señaló uno de los policías.

—Dígame, señor: ¿qué deseaba?

—Obras de Química. Ya he escogido algunas, pero quería completar mi colección de obras del profesor alemán Burgrave. Hoy es el mejor técnico en cuestión de química aplicada a las enfermedades nerviosas, y...

—Tenemos varias sí, señor. Casualmente ayer nuestro patrón adquirió una biblioteca de un profesor de Química, y ya ponemos a la venta algunos tomos de ese autor. ¿Deseaba alguna determinada?

—Pues sí. Tengo bastantes, y me faltan dos o tres tomos. Entre ellos Química cerebral y Trastornos de los órganos cerebrales.

—Bien; veremos si están esas obras.

Tocó a su compañero con el codo, y se volvió buscando el lote apartado. Ambas obras fueron sacadas del estante y colocadas sobre el mostrador.

El cliente desdeñó la primera para examinar la segunda. La contemplaba bajo todos los ángulos y parecía muy interesado en la encuadernación.

Pero ésta se hallaba impecable. Un buen artista había vuelto a encuadernarla con esmero, y nadie podía adivinar que las tapas habían sido separadas.

Apartó los dos tomos, diciendo:

—Envuélvamelos con esos otros que he separado, y dígame qué le debo.

Él hombrecillo pequeño y grueso que entró con el cliente se había puesto a su lado, como si se tratase de un simple acompañante, pero su cabeza no dejaba de moverse mirando hacia la entrada. Parecía como si temiese que en aquel crítico instante alguien pudiese aparecer, dispuesto a intervenir en la compra.

Los dos falsos clientes que repasaban libros se habían corrido discretamente uno a cada lado, aguardando el momento de actuar.

No esperaban que los enemigos pudiesen ser dos, pero puesto que se habían duplicado, cada cual se haría cargo de uno de ellos.

El falso dependiente envolvió los libros, diciendo:

—Vaya a la caja, por favor. Son treinta y siete dólares.

El cliente rubio llevóse la mano a la cartera. En aquel momento, dos cañones de pistola se apoyaron en los costados de los dos compradores, y dos voces enérgicas ordenaron:

—¡No se muevan!... ¡Arriba las manos!

El rubio quedó como sorprendido, sin saber qué hacer, pero su compañero, rápido como una ardilla, sacó la mano que escondía en el bolsillo de la chaqueta y apareció con un agudo estilete, aferrado fieramente.

Con un golpe rápido y seco trató de librarse del policía que le había caído en desgracia, pero el agente, que permanecía con sus cinco sentidos alerta, saltó de costado, evitando el golpe fatal, y su mano descendió brutal con el arma empuñada, alcanzando a su agresor en la frente.

El golpe fue tan decisivo que el hombrecillo se encogió, rebotó en el mostrador y cayó fulminado cuando ya su compañero se revolvía iracundo, y con un golpe de esgrima apartaba la mano que le amenazaba con la pistola, y con la otra golpeaba el rostro del policía.

Pero los dos falsos dependientes habían saltado el mostrador con la velocidad de dos monos, y habían caído sobre el sospechoso, acorralándole y privándole de todo movimiento para que pudiese extraer un arma.

Por un momento se formó un amasijo de cuerpos y de brazos accionando violentamente. El hombre rubio, aunque delgado, era fuerte, fibroso, y debía haber cultivado el boxeo y la esgrima de brazos, porque se defendía fieramente, aplicando sendos puñetazos y terribles patadas, en tanto que sus agresores, sin atreverse a usar la pistola. —Mahaffey lo había prohibido, porque necesitaba vivo al hombre—, luchaban contra él como podían y le devolvían los golpes, sin conseguir dominarle por completo.

La batalla era terrible. En una movilidad dramática se corrían de un lado para otro, golpeándose fieramente, y algunas veces caían al suelo, revolviéndose en confuso montón, para volver a levantarse siempre enzarzados como gatos rabiosos.

La pelea no podía pasar desapercibida para los transeúntes que cruzaban en grupos compactos por la populosa vía, y pronto se formó un remolino de curiosos, que, desde la acera, se agolpaban ávidamente para presenciar la brutal pelea.

Fue aquel grupo el que advirtió a Mahaffey y a Ralph que algo inusitado se había producido en la librería, y el periodista, adivinando que el pez había picado en el anzuelo, saltó del asiento, gritando:

—¡Adelante, capitán; ya cayó!

Ambos cruzaron como dos gamos la ancha calzada, y, apartando con violencia a los curiosos, penetraron en la librería, cuando ya los cuatro policías habían conseguido aplastar materialmente al irascible cliente y le tenían en el suelo, sentados sobre él.

Mahaffey avanzó, ordenando:

—¡Quietos, así! Ralph, ayúdeme.

El detenido se hallaba boca abajo con el peso de tres fornidos hombres encima, sin poder librarse de aquella presión asfixiante. Tenía los brazos extendidos y el rostro contraído por una mueca de furor salvaje.

El capitán extrajo de su bolsillo unas esposas, y pidió al reportero:

—Júntele los brazos.

Lo consiguió en un recio forcejeo, y cuando los tuvo unidos, Mahaffey le colocó las esposas. Luego solicitó una recia cuerda, y le sujetó los pies.

—Bien. Levántese. Ya nada puede hacer.

El preso, apenas se vio libre de la presión, se levantó, intentando atacar a Mahaffey aun con las manos manilladas, pero el capitán le asestó un terrible directo a la mandíbula que le mandó al suelo como un muñeco.

—Hecho —dijo—. Walter, busque el auto, que está en la próxima esquina, y tráigalo para llevarnos a este par de tipos. Muchas gracias por su colaboración, señor Ster, pues nos ha sido muy útil.

El librero, que sudaba copiosamente, contestó:

—No hay de qué. Menos mal que todo se ha resuelto sin tiros ni sangre, pero no creí que lo consiguiesen.

Los cuerpos de los dos vencidos fueron tomados por los policías

y trasladados al coche, Ralph tomó asiento junto al capitán, y el coche arrancó veloz. Los dos iban henchidos de satisfacción por el éxito logrado, que iba a aclarar el misterio de la muerte del profesor Engel.

CAPÍTULO ÚLTIMO

UN TRAIOR SE HACE JUSTICIA

Ya en el Departamento de Investigación, se encaminaron al despacho del policía, dando orden de que trasladasen allí a los dos detenidos. El hombrecillo gordo aún no había vuelto en sí, y el capitán mandó que le llevasen a la ducha y le tuviesen bajo ella hasta que recobrase el conocimiento.

Su compañero, el tipo rubio y delgado, presentaba un aspecto lamentable. Tenía las ropas destrozadas, el cuello de la camisa saltado y la corbata desgarrada. En el rostro acusaba las huellas de los feroces puñetazos que había recibido, en rosetones violáceos o en hilos de sangre que fluían por boca y nariz.

Mahaffey, contemplándole con asco, comentó:

—Muy bien, amigo Solomon Steele; se ha considerado usted muy listó en este asunto, pero habrá comprendido que la policía ha sido más lista aún. Siempre termina por serlo, aunque ustedes creen lo contrario. Ahora que ya no tiene salvación, espero que hable y diga todo lo que tiene que decir.

—No hablaré para nada. Sépalo.

—Bueno, eso lo veremos. Yo poseo procedimientos para hacer hablar a las piedras.

Llamó a un agente para que le registrase y pusiese sobre la mesa cuanto guardaba en los bolsillos.

El agente le registró hasta en los calcetines.

Cuando todo estuvo reunido, Mahaffey tomó la cartera del detenido y la abrió, extrayendo su contenido. Lo primero que encontró fueron varias tarjetas con el nombre de Solomon Steele.

Se las mostró a Ralph, comentando:

—Vea esto. No le engañó su buen olfato al señalar a este pájaro como el autor de la muerte de Engel.

—¡Yo no le maté! —bramó el preso.

—Eso lo aclararemos más tarde. Veamos qué más hay aquí.

Empezó a revolver papeles, y por ellos y un pasaporte que había sobre la mesa descubrió que el detenido era de nacionalidad turca y se llamaba Refik Seyman.

—¿Conque turco? —exclamó, asombrado, Mahaffey—. ¿Dónde aprendió a hablar el inglés con tanta perfección y para qué potencia trabajaba? No supongo que fuera para su país.

El preso se mordió los labios. El capitán se adelantó:

—¿Quiere hablar?

—Le he dicho que no hablaré, aunque me piquen.

—Bien, ya lo veremos. ¿Dónde habita?

—No lo sé.

—Ya lo descubriré, no se preocupe. Ahora mismo voy a dar órdenes para que localicen su domicilio.

En aquel momento entraban al compañero de Refik. Estaba lívido, y tenía el rostro amoratado y la frente hinchada del golpe.

—Registren a ése también, a ver qué esconde.

Uno de los agentes depositó sobre la mesa el estilete que le arrebatara en la librería, y luego procedió a registrarle. De los documentos que le encontraron se desprendió que era griego y su nombre el de Slacoglu.

—¡Vaya! —comentó Mahaffey—. Esto parece una conjura internacional. ¿Para quién trabajabas tú, monada?

El griego miró a su compañero. Éste rechinó los dientes, y el interrogado repuso:

—No hablaré.

—Bien. Tengo los minutos contados. Antes de que se sepa vuestra detención y los que estén aliados con vosotros tengan tiempo de escapar, quiero resolver esto. Austin, llévase a esta pareja adonde quiera, pero dentro de una hora los necesito suaves como un guante y dispuestos a soltar por la boca cuanto guarden en el estómago.

—Descuide, jefe que así se hará.

Los sacaron de allí, y el capitán, con Ralph, se dedicaron a

comentar el éxito de la estratagema.

—Tuvo usted una gran inspiración, Ralph, lo reconozco. Por un momento llegué a dudar del truco, pero ha sido magnífico. ¡Qué información para su diario!

—¡Oh! Estoy deseando completarla para escribirla. Anhele ese éxito, así como terminar este duro trabajo. Me esperan quince días de vacaciones con quinientos dólares de premio. ¡Fíjese si me interesa!

—¡Caray! Quince días de asueto y quinientos dólares son algo serio para emplearlos. ¿En qué?

—Sospecho que en pasar la luna de miel en Florida.

—Si es así, añadiré quinientos a cuenta de los fondos del Departamento. Se los ha ganado usted.

—Gracias; porque, si es así, la luna de miel será una luna llena.

Siguieron bromeando, algo excitados, hasta que tres cuartos de hora después, Austin, congestionado, rascándose el hombro, que debía dolerle una enormidad, entró diciendo:

—Ya está, jefe. Los encontrará tan suaves, que podrá hacerse con su piel unos mocasines..., si les ha quedado piel para ellos.

—Tráigalos.

Cuando la pareja, empujada por dos robustos agentes, entró de nuevo en el despacho, Mahaffey, pese a su dureza, se estremeció violentamente. Ambos se dejaron caer al suelo, retorciéndose en dolores y mostrando al desnudo sus espaldas, que eran una masa roja y agrietada por la flagelación que habían sufrido.

El capitán, con severidad, observó:

—Os advertí, y no quisisteis hacerme caso. Esto os lo podíais haber evitado; ahora, hablad.

El turco, débilmente, exclamó:

—¡Mátame de una vez, pero no me haga sufrir más!

—Habla, y ordenaré que te curen.

—Tengo poco que decir. Trabajo por cuenta de un agente soviético llamado Alexis Nicolaievitch, que tiene una tienda de flores en el 673 de la calle Catares y es dueño de un restaurante en la Diecisiete. Ése fue quien nos contrató, en nombre de un individuo llamado Ives Hanley, que pertenece a los Laboratorios de Investigaciones Químicas de la ciudad.

—¡Rayos del Averno! —bramó el capitán— ¡Ives Hanley! Me

parece que tengo algo sobre él en mi mesa. Sigue.

—Nos ofrecieron veinte mil dólares si conseguíamos apoderarnos de un libro de Química que poseía el profesor Engel en su biblioteca, y, para estudiar la finca, yo me fingí corredor de libros científicos y le visité. Conociendo ya el interior de la casa, enviamos a la criada una entrada para el cine, y, aprovechando su ausencia, escalamos la tapia y entramos en el hotel. Engel dormía, y le hicimos salir de la cama para obligarle a que nos entregase el libro. Se negó a ello, y tuvimos que apelar a ciertas presiones. Por fin, nos señaló uno, diciendo:

«—Ése es, pero la persona que os ha mandado en su busca se acordará de esto.

»Entonces Slacoglu, que no había intervenido en nada y sólo me acompañaba por si necesitaba su ayuda, le clavó su estilete, diciendo:

«—Si crees que puedes denunciarle para que nos cojan a nosotros, te equivocas.

»Yo me asusté, pero nada podía hacer. En aquel momento oímos voces en el jardín, y por el balcón saltamos con el libro que nos había indicado, que estaba sobre su mesa. Huimos por la tapia sin que nos vieran, y entregamos el libro.

»Pero; al parecer, no era aquél, y nos obligaron a volver a recogerlo. Nos habían amenazado con matarnos si no conseguíamos apropiárnoslo, y tuvimos que volver. Fue una tarea peligrosa porque hubo que sorprender al guardián cuando abría y liquidarle. Yo le di con un rompecabezas, y más tarde, cuando nos disponíamos a registrar la biblioteca, apareció la criada, y mi compañero la despachó también con el mismo instrumento.

»Pero aquellas muertes fueron inútiles, porque el libro ya no estaba allí. Tuvimos que salir sin él, y dar cuenta de su desaparición.

»Después, hemos permanecido al margen de todo el asunto, mientras otros se ocupaban de buscar el libro.

»Hasta que ayer nos comisionaron para ir a la librería a adquirir varios volúmenes, entre ellos uno determinado, sin el cual no debíamos volver. Sabían que estaba allí, y costase lo, que costase había que adquirirlo.

»Nos aseguraron que nada sucedería, aunque debíamos estar

atentos por si surgía alguna complicación.

»Esto es lo que puedo decirle. En cuanto a mi compañero, no creo que pueda dar más amplios detalles.

Mahaffey se volvió para interrogar al griego, pero éste se había desmayado. El capitán consultó su reloj, y dijo:

—No hay tiempo que perder. Me interesan esos dos pájaros, que son los que aún no tienen jaula.

Tocó un timbre y empezó a dar órdenes. Debían llevarse a los presos y curarlos, y un teniente fue el comisionado para ir en busca del ruso.

Cuando quedaron solos, el capitán dijo:

—Ahora vamos a ocuparnos de Ives Hanley. Es un buitre demasiado listo.

—¿Por qué?

—Pues porque hace varios meses presentó una denuncia sobre un asalto en su domicilio, cuando estaba ausente. Nos hizo andar de cabeza, sin descubrir más que su despacho revuelto. Aseguraba que habían desaparecido algunas notas sobre trabajos químicos; era ayudante del profesor Engel.

»Esto sólo era una estratagema para desviar la atención de él, cuando en realidad le tocaba a su maestro recibir el verdadero golpe.

»Ahora iremos a los laboratorios, en su busca; espero darle una agradable sorpresa cuando le visite.

Pidió un auto, y con dos agentes y el reportero se dirigió a los laboratorios, instalados en Queen.

Pero cuando llegaron y preguntaron por él, les contestaron que había enviado aviso de que se encontraba enfermo y no podría asistir aquella mañana al laboratorio.

Mahaffey, inquieto, bramó:

—¿Se nos habrá escapado?

Como loco, volvió al auto, ordenando:

—¡A Brooklyn, al final de la Fulton Street! Una «villa» de ladrillo rojo.

El auto se dirigió al popular distrito, recorriendo la enorme vía de diez kilómetros de largo. Al final, cerca de un parque se alzaba, aislada, una casita roja.

El auto se detuvo, y el capitán, ocultando el revólver, empujó la

puerta de la verja, que se abrió.

En el jardín, una vieja arreglaba las plantas. Mahaffey la interrogó, pero la vieja era sorda como una tapia. Por fin consiguió saber que Ives había salido aquella mañana temprano y que había regresado hacía dos horas.

—¿Dónde está?

—Arriba, en su gabinete de trabajo.

Ganaron la escalera quedamente, empuñando las armas, y llegaron al gabinete de trabajo, cuya puerta estaba entreabierta. El capitán la empujó con el pie, y, presentando el revólver, ordenó:

—¡No se mueva, Ives! ¡Arriba...!

Se detuvo en seco, mirando al suelo. Sus compañeros adelantaron la cabeza, para descubrir el cuerpo del químico en el suelo, en medio de un charco de sangre.

—¡Muerto! —murmuró, acercándose al caído.

El químico agarrotaba con su diestra el revólver con el que se había quitado la vida. Su cuerpo aún conservaba restos de calor.

Sobre su mesa se destacaba la albura de una carta. El policía se acercó y la tomó entre sus dedos, echándole un vistazo. Luego, dijo:

—Escuche, Ralph. Creo que aquí está la solución completa.

Y leyó en voz alta:

«Capitán Mahaffey:

»De hombres es saber perder, y yo he perdido cuando estaba seguro de que tenía todos los triunfos en mi mano. Me he dejado llevar del optimismo, y las confianzas se pagan... al precio que merecen.

»Esto era para mí una partida de ruleta, en la que había puesto todo a un pleno. De salirme bien, hubiese colmado mis ambiciones, y de fallar... La solución sólo era una. Ya no me importa decir todo cuanto guarda.

»Como ya la justicia de los hombres nada podrá contra mí, nada tengo que ocultar.

»Quien debe juzgarme, en definitiva, lo sabe todo, y Él decidirá en su día.

»Quiero confesar que, ambicioso, y deseando gozar de una vida amable y fastuosa, me dejé tentar por una

proposición estimable. Medio millón de dólares por facilitar a un agente soviético la fórmula inventada por mi maestro, el profesor Engel, eran para tentar a cualquiera, y decidí apoderarme de ella.

»Pero había que obrar con cautela. Engel era desconfiado, y, aunque me apreciaba, nunca quiso revelarme el secreto de su invento, que tanto anhelaba poseer.

»Intenté captarme toda su confianza de algún modo, y, por ello, inventé un asalto a mi domicilio y un falso anónimo amenazándome de muerte. Esto le impresionó, pues llegó a temer que él fuese también víctima de las mismas presiones.

»Y un día me dijo algo muy útil para mí. Me reveló que, si sufría algún accidente, buscarse en su biblioteca entre sus libros, y en alguno encontraría instrucciones sobre su invento.

»Entonces quise forzar la situación, de acuerdo con el agente; le dije cuanto sabía, y asaltaron la finca de Engel para apropiarse de la fórmula, pretendiendo que mi maestro les indicase cuál era el libro donde se revelaba el secreto. Le torturaron, y les indicó uno que no era el que contenía la clave.

»Quiso aprovechar la distracción de los que registraban la biblioteca para intentar escapar por el balcón, y, para evitarlo, le mataron, pero con su muerte perdieron la ocasión de saber cuál era el libro. Esto, unido a que estuvieron a punto de ser sorprendidos por la policía, les obligó a huir sin llevarse libro alguno.

»Más tarde, recordé que él trabajaba mucho a base del contenido de Trastornos de los órganos cerebrales, y hubo necesidad de asaltar nuevamente la finca para buscarlo, pero, tras causar dos nuevas muertes, nada se consiguió, porque el libro ya no estaba allí.

»Lo que se ha hecho para apoderarse del libro, usted lo sabe; sólo le diré que cuando conseguí tener ese volumen en mi poder, he trabajado incansablemente para traducir el contenido de las acotaciones y llegar a saber dónde estaba escondida la fórmula.

»No sabía cómo apoderarme del nuevo libro, hasta que leí el anuncio de la subasta de la biblioteca. Creí que todo se me ponía de cara, y esperé con ansia saber quién la adquiriría.

»Cuando me enteré, creí que todo estaba solucionado, y di cuenta a los interesados del modo de adquirir ese volumen. Me pareció tan sencillo y lógico, que jamás sospeché que encerrare tal celada.

»Esta mañana me fui a las proximidades de la librería con el corazón trepante de angustia a esperar el resultado de la compra. Si lo conseguían de modo inmediato, tendría la cantidad prometida, y todos mis sueños se habrían realizado.

»Pero cuando desde la acera fronteriza observé como mis cómplices eran detenidos, supe que todo estaba perdido. Les obligarían a hablar, me denunciarían, y no habría nada ni nadie que me salvase.

»Y como todo estaba perdido, decidí poner punto final a la aventura. Sólo me resta felicitarle por su sagacidad y..., aunque no me crea, alegrarme de su éxito. En mis últimos instantes me he dado cuenta de la indignidad de mi acción, y muero arrepentido de ella. Que Dios me perdone, si quiere y puede».

Mahaffey guardó la carta en el bolsillo, diciendo:

—Vamos, Ralph; aquí ya nada tenemos que hacer. Fue un pobre diablo ambicioso, que sólo merece el desprecio.

Y del brazo abandonaron el despacho.

Ralph, tras tres horas de intenso trabajo ante la máquina de escribir, haciendo el relato minucioso de toda la odisea que rodeó al crimen, abandonó el despacho del director, radiante de gozo. No sólo había merecido la más entusiasta felicitación del señor Chapman, sino que éste le había dado un cheque por mil dólares y tres semanas de vacaciones.

Al salir, se sentó en el borde de la mesa de Carrie, y, tomándole la barbilla con la mano, la miró a los ojos. Luego, preguntó:

—¿Qué tal te sienta lo blanco, Carrie?

—Muy bien, Ralph. Algún día lo verás.

—Creo que sí. ¿Y una corona de azahar en la frente?

—¿Qué quieres decir, Ralph?

—Lo que te he preguntado.

—No te puedo contestar, porque... nunca me la puse.

—Pues vete preparando el vestido blanco, que la corona de azahar es cosa mía. Carrie, tengo tres semanas de vacaciones y mil dólares extra, más quinientos que me regala el Departamento de Investigación. Dentro de una semana justa emprendemos el viaje de novios.

—¿Es posible, Ralph?

—¿Vas a decir que no te gustaría?

—Sí, pero... me cuesta trabajo creer que hablas en serio.

—Ya lo verás... Ah, y esta noche iremos a cenar a «Cyrus»... Espero que esta noche sea la definitiva que nos dejen cenar a gusto y sin sobresaltos.

—Toca hierro por si acaso, Ralph... Puede ocurrir...

—¡Aunque se hunda el mundo, querida! Esta noche o nunca.

Y la dio un beso, al que ella correspondió con emoción.

**CREYO SUFRIR UNA ALUCINANTE
PESADILLA**

cuando se vió con vida después de haber sido
ajusticiado. Un poderoso elixir que le sumi-
nistró.

El Doctor Borgia

Contrarrestó el poder aniquilador de la descarga
eléctrica, y aquel hombre, a quien se había
condenado injustamente, pudo demostrar su
inocencia después de ser considerado legalmente
muerto.

Este es el original y fantástico tema que el
gran autor

PETER DEBRY

ha escogido para una de sus más apasionantes
novelas, que aparecerá en el próximo número
de la Colección

SERVICIO SECRETO

El interés de esta obra excepcional de

PETER DEBRY

aumenta progresivamente a medida que se su-
ceden sus páginas, manteniendo viva y cons-
tante la tensión del lector.

No deje de leer:

El Doctor Borgia

¡Una novela que jamás olvidará!

Últimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



**COLECCION
PIMPINELA**

- Núm. 238 - Mercedes Montó.
RETORNO AL PASADO
Núm. 239 - E. Aguilar de Rócker.
¡HUNDIDA EN EL OLVIDO!
Núm. 240 - Josemarí.
EL RAPTO DE MADAME
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
ROSAURA**

- Núm. 76 - M.^a Adela Durango.
UNA FIESTA EN BLANCO
Núm. 79 - Trini de Figueroa.
LA REPLICA DE SADIE
Núm. 80 - Lía Ramos.
EN LA CE REAL
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
MADREPERLA**

- Núm. 134 - Sergio Duval.
EL AMERICANO
Núm. 135 - Corín Tellado.
BENDITA SEASI
Núm. 136 - María Lar.
LA SEÑORA MARABER
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
BISONTE**

- Núm. 179 - Raf. Segram.
LA TROCHA MALDITA
Núm. 180 - Joe Bennett.
LOS GIGANTES DE OKLAHOMA
Núm. 181 - Raf. Segram.
EL SABUESO DE TEXAS
APARICION SEMANAL. PRECIO 4 PTS.



**COLECCION
SERVICIO SECRETO**

- Núm. 42 - Kent Miller.
LLAMADA AL AMANECER
Núm. 43 - F. P. Duke.
El secreto del tratado de Química
Núm. 44 - Peter Debry.
DOCTOR BORGIA
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



**COLECCION
AUTORES FAMOSOS**

- Núm. 14 - Zane Grey.
TODOS PARA UNO...
Núm. 15 - Zane Grey.
UNA MUJER INDOMABLE
Núm. 16 - Zane Grey.
FRENTE A SU DESTINO
APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 PTS.

Últimos volúmenes aparecidos.

Volúmenes de próxima aparición



precio: 5 pts.



Fidel Prado Duque. Nació en Madrid el 14 de marzo de 1891 y falleció el 17 de agosto de 1970. Fue muy conocido también por su seudónimo F.

P. Duke

con el que firmó su colaboración en la colección Servicio Secreto.

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión. Fue periodista y tenía una columna en El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas y escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».